

Parnaso

Francisco de Quevedo

- V -

**A la estatua de bronce del Santo Rey Don Felipe III, que está en la casa
del campo de Madrid, traída de Florencia**

¡Oh cuánta majestad! ¡Oh cuánto numen,
en el tercer Filipo, invicto y santo,
presume el bronce que le imita! ¡Oh cuánto
estos semblantes en su luz presumen!
Los siglos reverencian, no consumen,
bulto que igual adoración y espanto
mereció amigo y enemigo, en tanto
que de su vida dilató el volumen.

Osó imitar artífice toscano
al que a Dios imitó de tal manera,
que es, por rey y por santo, soberano.
El bronce, por su imagen verdadera,
se introduce en reliquia, y éste, llano,
en majestad augusta reverbera.

- VI a -

A la misma estatua

Más de bronce será que tu figura
quien la mira en el bronce, si no llora,
cuando ya el sentimiento, que te adora,
hará blando al metal la forma dura.

Quiere de tu caballo la herradura
pisar líquidas sendas, que la aurora
a su paso perfuma, donde Flora

ostenta varia y fértil hermosura.
Dura vida con mano lisonjera
te dio en Florencia artífice ingenioso,
y reinas en las almas y en la esfera.
El bronce, que te imita, es virtuoso.
¡Oh cuánta de los hados gloria fuera,
si en años le imitaras numeroso!

- VI b -

A Roma, sepultada en ruinas

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son la que ostentó medallas,
y tumba de sí propio el Aventino.
Yace donde reinaba el Palatino;
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades que blasón latino.
Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya, sepultura,
la llora con funesto son doliente.
¡Oh, Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

- VII a -

Inscripción de la estatua augusta del César Carlos V en Aranjuez

Las selvas hizo navegar, y el viento
al cáñamo en sus velas respetaba,
cuando, cortés, anhélito tasaba
con la necesidad del movimiento.
Dilató su victoria el vencimiento
por las riberas que el Danubio lava;
cayó África ardiente; gimió esclava
la falsa religión en fin sangriento.
Vio Roma en la desorden de su gente,
si no piadosa, alegre valentía,
y de España el rumor sosegó ausente.
Retiró a Solimán, temor de Hungría,
y por ser retirada más valiente,
se retiró a sí misma el postrer día.

- VII b -

A un retrato de Don Pedro Girón, Duque de Osuna, que hizo Guido Boloñés, armado, y grabadas de oro las armas

Vulcano las forjó, tocolas Midas,
armas en que otra vez a Marte cierra,
rígidas con el precio de la sierra,
y en el rubio metal descoloridas.
Al ademán, siguieron las heridas
cuando su brazo estremeció la tierra;
no las prestó el pincel: diolas la guerra;
Flandes las vio sangrientas y temidas.
Por lo que tienen del Girón de Osuna
saben ser apacibles los horrores,
y en ellas es carmín la tracia luna.

Fulminan sus semblantes vencedores;
asistió al arte en Guido la Fortuna,
y el lienzo es belicoso en los colores.

- VIII a -

A la fiesta de los toros y cañas en el buen Retiro, en día de grande nieve

Llueven calladas aguas en vellones
blancos las nubes mudas; pasa el día,
más no sin majestad, en sombra fría,
y mira el sol, que esconde, en los balcones.

No admiten el invierno corazones
asistidos de ardiente valentía:
que influye la española monarquía
fuerza igualmente en toros y rejonos.

El blasón de Jarama, humedecida,
y ardiendo, la ancha frente en torva saña,
en sangre vierte la purpúrea vida.

Y lisonjera al grande rey de España,
la tempestad, en nieve oscurecida,
aplaudió al brazo, al fresno y a la caña.

- VIII b -

Al Duque de Maqueda en ocasión de no perder la silla en los grandes corcovos de su caballo, habiendo hecho buena suerte en el toro

Descortésmente y cauteloso el hado,
vuestro valor, ¡oh Duque esclarecido!,
solicito envidioso y, atrevido,

logró apenas lo mal intencionado.
Por derribaros, de soberbia armado,
diligencia en que estrellas han perdido
la silla, el animal enfurecido
más alabanza os dio que os dio cuidado.
Poca le pareció su valentía
al toro, presunción de la ribera,
para desalentar vuestra osadía.
Vuestro caballo os duplicó la fiera;
mas en vos vencen arte y valentía,
juntas a la que os lleva y os espera.

- IX -

Túmulo a Scévola

Tú que, hasta en las desgracias envidiado,
con brazo, Mucio, en ascuas encendido,
más miedo diste a Júpiter temido
que el osado Jayán con ciento armado;
tú, cuya diestra con imperio ha estado
reinando entre las llamas; tú, que has sido
el que con sólo un brazo que has perdido
las alas de la fama has conquistado;
tú, cuya diestra fuerte, si no errara,
hiciera menos, porque no venciera
un ejército solo cara a cara,
de esas cenizas, fénix nueva espera,
y de ese fuego, luz de gloria clara,
y de esa luz, un sol que nunca muera.

- X a -

Exhortación a la Majestad del Rey Nuestro Señor Felipe IV para el castigo de los rebeldes

Escondido debajo de tu armada
gime el Ponto, la vela llama al viento,
y a las lunas de Tracia con sangriento
eclipse ya rubrica tu jornada.

En las venas sajónicas tu espada
el acero calienta, y, macilento,
te atiende el belga, habitador violento
de poca tierra, al mar y a ti robada.
Pues tus vasallos son el Etna ardiente
y todos los incendios que a Vulcano
hacen el metal rígido obediente,
arma de rayos la invencible mano:
caiga roto y deshecho el insolente
belga, el francés, el sueco y el germano.

- X b -

Al retrato del Rey Nuestro Señor hecho de rasgos y lazos, con pluma, por Pedro Morante

Bien con argucia rara y generosa
de rasgos, vence el único Morante
los pinceles de Apeles y Timante;
bien vuela así su pluma victoriosa.

Vive en imitación maravillosa,
grande Filipo, augusto tu semblante,

y, laberinto mudo, si elegante,
la tinta anima en semejanza hermosa.

Propiamente retratan tu belleza
lazos, pues que son lazos tus facciones
a Venus, como a Marte tu grandeza.

Tus ejércitos, naves y legiones
lazos son de tu inmensa fortaleza,
en que cierran los mares y naciones.

- XI -

Al toro a quien con bala dio muerte el Rey Nuestro Señor

En el bruto, que fue bajel viviente
donde Jove embarcó su monarquía,
y la esfera del fuego donde ardía
cuando su rayo navegó tridente,
yace vivo el león que, humildemente,
coronó por vivir su cobardía,
y vive muerta fénix valentía,
que de glorioso fuego nace ardiente.

Cada grano de pólvora le aumenta
de primer magnitud estrella pura,
pues la primera magnitud le alienta.

Entrará con respeto en su figura
el sol, y los caballos que violenta,
con temor de la sien áspera y dura.

- XII a -

Al mismo toro y al propio tiro

En dar al robador de Europa muerte,
de quien eres señor, monarca ibero,
al ladrón te mostraste justiciero
y al traidor a su rey castigo fuerte.
Sepa aquel animal que tuvo suerte
de ser disfraz a Júpiter severo,
que es el León de España el verdadero,
pues de África el cobarde se lo advierte.
No castigó tu diestra la victoria,
ni dio satisfacción al vencimiento:
diste al uno consuelo, al otro gloria.
escribirá con luz el firmamento
duplicada señal, para memoria,
en los dos, de tu acierto y su escarmiento.

- XII b -

**Memoria inmortal de Don Pedro Girón, Duque de Osuna, muerto en la
prisión**

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la Fortuna.
Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campanas,
y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;

el llanto militar creció en diluvio.
Diole el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

- XIII -

Al Duque de Lerma, Maese de campo, General en Flandes

Tú, en cuyas venas caben cinco grandes,
a quien hace mayores tu cuchilla,
eres Adelantado de Castilla,
y, en el pliego, adelantado en Flandes.
Aguarda la Victoria que la mandes:
que tu ejemplo sin voz sabe rejilla;
y pues desprecias miedos de la orilla,
nadando es justo que en elogios andes.
No de otra suerte Cesar, animoso,
del Rubicón los rápidos raudales
penetró con denuedo generoso.
Fueron, sí, las acciones desiguales;
pues en el corazón suyo, ambicioso,
eran traidoras, como en ti leales.

- XIV a -

**A la huerta del Duque de Lerma, favorecida y ocupada muchas veces del
Señor Rey Don Felipe III, y olvidada hoy de igual concurso**

Yo vi la grande y alta jerarquía
del magno, invicto y santo Rey Tercero

en esta casa, y conocí lucero
al que en sagradas púrpuras ardía.
Hoy desierta de tanta monarquía,
y del nieto, magnánimo heredero,
yace; pero arde en glorias de su acero,
como la pompa en que ostentar solía.
Menos envidia teme aventurado
que venturoso; el mérito procura;
los premios aborrece escarmentado.
¡Oh, amable, si desierta arquitectura,
más hoy al que te ve desengañado,
que cuando frecuentada en tu ventura!

- XIV b -

Es de sentencia alegórica todo este soneto

Pequeños jornaleros de la tierra,
abejas, lises ricas de colores,
los picos y las alas con las flores
saben hacer panales, mas no guerra.
Lis suena flor, y Lis el pleito cierra
que revuelve en Italia los humores;
si, vos, no vobis, sois revolvedores,
pues el León y el Águila os afierra.
Son para las Abejas las venganzas
mortales, y la guerra rigurosa
no codicia agujones, sino lanzas.
Hace punta la Águila gloriosa;
hace presa el León sin acechanzas;

el Delfín nada en onda cautelosa.

- XV a -

Al Cardenal de Ruceli, movedor de las armas francesas, con alusión al nombre «ruceli», que es «arroyo» en significación italiana, por estar escrito en esa lengua

Dove, Ruceli, andate col pie presto?
Dove sangre, non púrpura conviene;
per tributari el fiume, il mar vi tiene;
y Ruceli nel mar han fin funesto.
Et hor Ruceli, onde procede questo,
che senza il Rosignuolo il Gallo vene,
et rauco grida, et vol bater le pene
nel nido, che gli a stato mai infesto?
Credo che il Ciel ad ambi dui abassi,
che vi attende la mente di Scipione,
e gli occhi msi nelle vigilie lassi,
un'Ocha, se riguardi ai tempi buoni,
scacciò y galli de y tarpei Sassi,
hor che faranno l'Aquile e y Leoni.

- XV b -

Figurada contraposición de dos valimentos

Sabe, ¡oh rey tres cristiano!, la festiva
púrpura, sediciosa por tus alas,
deshojarse las lises con las balas,
pues cuanto te aventura, tanto priva.
Sabe, ¡oh humana deidad!, también tu oliva

armar con su Minerva a Marte y Palas,
y, laurel, coronar prudentes galas,
y, prósida, ilustrar paz vengativa.
Saber poner tu púrpura en tus manos,
decimotercio rey, con prisión grave,
tu esclarecida madre y tus hermanos.
Tu oliva, ¡oh gran monarca!, poner sabe
en tu pecho los tuyos soberanos,
con la unidad que en los imperios cabe.

- XVI -

**Al Rey Don Felipe, en ocasión de haber salido en un día muy lluvioso a
jugar cañas, y haberse serenado luego el cielo**

Aquella frente augusta que corona
cuanto el mar cerca, cuanto el sol abriga
(pues lo que no gobierna lo castiga
Dios con no sujetarlo a su persona),
pudo, vistiendo a Flora y a Pomona,
mandar que el tiempo sus colores siga,
haciendo que el invierno se desdiga
de los yelos y nieves que blasona.
Pudo al sol que a diciembre volvió mayo
volverle, de envidioso, al Occidente,
la luz con ceño, el oro con desmayo.
Correr galán y fulminar valiente
pudo; la caña en él, ser flecha y rayo;
pudo Lope cantarle solamente.

- XVII a -

Parenética alegoría

Decimotercio rey, esa eminencia
que tu alteza a sus pies tiene postrada
querrá ver la ascendencia coronada,
pues osó coronar la descendencia.
Casamiento llamó la inteligencia,
y en él sólo de ha visto colorada
la desvergüenza. Díselo a tu espada,
y dale al cuarto mandamiento audiencia.
Si te derriba quien a ti se arrima,
su fábrica en tus ruinas adelanta,
y en cuanto te aconseja, te lastima.
¡Oh muy cristiano rey!, en gloria tanta,
ya el azote de Dios tienes encima:
mira que el Cardenal se te levanta.

- XVII b -

**A Don Luis Carrillo, hijo de Don Fernando Carrillo, Presidente de Indias,
Cuatralbo de las galeras de España y Poeta**

Ansí, sagrado mar, nunca te oprima
menos ilustre peso; ansí no veas
entre los altos montes que rodeas
exenta de tu imperio alguna cima;
ni, ofendida, tu blanca espuma gima
agravios de haya humilde, y siempre seas,
como de arenas, rico de preseas,
del que la luna más que el sol estima.

Ansí tu mudo pueblo esté seguro
de la gula solícita, que ampires
de Thetis al amante, al hijo nuevo:
pues en su verde reino y golfo oscuro,
don Luis la sirve, honrando largos mares,
ya de Aquiles, valiente, ya de Febo.

- XVIII b -

Al Rey Nuestro Señor saliendo a jugar cañas

Amagos generosos de la guerra
en esa mano diestra esclarecidos
militan, y estremecen referidos,
y el ademán ejércitos encierra.
El pino, que fue greña de la sierra
y copete de cerros atrevidos,
fulminando con hierros sacudidos,
rígida era amenaza de la tierra.
La caña descansó el temor al día
en que tu lanza aseguró campañas
que ardor disimulado prometía;
figurando, en la entrada de estas cañas,
cortés y religiosa profecía,
la de Jerusalén a tus hazañas.

- XIX -

Al Rey Católico, Nuestro Señor Don Felipe IV, infestado de guerras

No siempre tienen paz las siempre hermosas

estrellas en el coro azul ardiente;
y, si es posible, Jove omnipotente
publican que temió guerras furiosas.
Cuando armó las cien manos belicosas
Tifeo con cien montes, insolente,
víboras de la greña de su frente
atónitas lamieron a las Osas.
Si habitan en el cielo mal seguras
las estrellas, y en él teme el Tonante,
¿qué extrañas guerras, tú, qué paz procuras?
Vibre tu mano el rayo fulminante:
castigarás soberbias y locuras,
y, si militas, volverás triunfante.

- XXX -

**Desterrado Scipión a una rústica casería suya, recuerda consigo la gloria
de sus hechos y de su posteridad**

Faltar pudo a Scipión Roma opulenta;
mas a Roma Scipión faltar no pudo;
sea blasón de su envidia, que mi escudo,
que del mundo triunfó, cede a su afrenta.
Si el mérito africano la amedrenta,
de hazañas y laureles me desnudo;
muera en destierro en este baño rudo,
y Roma de mi ultraje esté contenta.
Que no escarmiente alguno en mí, quisiera,
viendo la ofensa que me da por pago,
porque no falte quien servirla quiera.
Nadie llore mi ruina ni mi estrago,

pues será a mi ceniza cuando muera,
epitafio Aníbal, urna Cartago.

- LIX -

Muestra con ilustres ejemplos cuán ciegamente desean los hombres

Próvida dio Campania al gran Pompeo
piadosas, si molestas, calenturas;
la salud le abundó de desventuras
y le usurpó a sus glorias el trofeo.
¿Quién podrá disculpar nuestro deseo
si en el cerco del sol camina a oscuras?
Sobránle en Campania sepulturas;
fáltanle de su muerte en el rodeo.
Si Mario la alma espléndida exhalara,
opima con los triunfos de la guerra,
lagos, destierro y cárcel ignorara.
Mucha tiniebla y grande noche cierra
cuanto destina el hombre, y todo para
en pretendida muerte y poca tierra.

- L a -

Enseña cómo es rico el que tiene mucho caudal

Quitar codicia, no añadir dinero,
hace ricos los hombres, Casimiro:
puedes arder en púrpura de Tiro
y no alcanzar descanso verdadero.
Señor te llamas; yo te considero,

cuando el hombre interior que vives miro,
esclavo de las ansias y el suspiro,
y de tus propias culpas prisionero.
Al asiento del alma suba el oro;
no al sepulcro del oro l'alme baje,
ni le compita a Dios su precio al lodo.
Descifra las mentiras del tesoro;
pues falta (y es del cielo este lenguaje)
al pobre, mucho; y al avaro, todo.

- L b -

Séneca vuelve a Nerón la riqueza que le había dado

Esta miseria, gran señor, honrosa,
de la humana ambición alma dorada;
esta pobreza ilustre acreditada,
fatiga dulce y inquietud preciosa;
este metal de la color medrosa
y de la fuerza contra todo osada
te vuelvo: que alta dádiva envidiada
enferma la fortuna más dichosa.
Recíbelo, Nerón; que, en docta historia,
más será recibirlo que fue darlo,
y más seguridad en mí el volverlo:
pues juzgarán, y te será más gloria,
que diste oro a quien supo despreciarlo
para mostrar que supo merecerlo.

- L I a -

Respuesta de Nerón a Séneca, no admitiéndole lo que le volvía

Séneca, el responder hoy de repente
a tu razonamiento prevenido,
gloria es de tu enseñanza que ha podido
formar mi lengua contra ti elocuente.
A lo que yo te debo aún no es decente
eso que de mi mano has recibido;
y, para lo que a mí me debo, ha sido
empezar a premiarte escasamente.
Quieres, a costa de la fama mía,
que alaben tu modestia y tu templanza,
y que acusen mi avara hidropesía.
El premio, pues, debido a mi enseñanza
goza, porque el volvérmelo este día
y no admitirle yo, no sea alabanza.

- LI b -

Un delito igual se reputa desigual si son diferentes los sujetos que le cometen, y aun los delitos, desiguales

Si de un delito propio es precio Lido
la horca, y en Menandro la dilema,
¿quién pretendes, ¡oh Júpiter!, que tema
el rayo a las maldades prometido?
Cuando fueras un pobre endurecido,
y no del cielo majestad suprema,
gritaras, tronco, a la injusticia extrema,
y, dios de mármol, dieras un gemido.
Sacrilegios pequeños se castigan;

los grandes en los triunfos se coronan,
y tienen por blasón que se los digan.
Lido robó una choza, y le aprisionan;
Menandro un reino, y su maldad obligan
con nuevas dignidades que le abonan.

- LII a -

El pecar intercede por los premios, prefiriéndose a la virtud

Si gobernar provincias y legiones
ambicioso pretendes, ¡oh Licino!,
procura que el favor que desatino
aseguren de infames tus acciones.
No merezca ninguno las prisiones
mejor que tú, pues cuanto más vecino
al suplicio te vieres, el destino
más te apresurará las elecciones.
Felices son y ricos los pecados:
ellos dan los palacios suntuosos,
llueve el oro, adquieren los estados.
Alábense los hombres virtuosos;
mas, para los que viven alabados,
quien los alaba elige los viciosos.

- LII b -

Qué desengaños son la verdadera riqueza

¿Cuándo seré feliz con mi gemido?
¿Cuándo sin el ajeno afortunado?

El desprecio me sigue desdeñado;
la envidia, en dignidad constituido.
U del bien u del mal vivo ofendido;
y es ya tan insolente mi pecado,
que, por no confesarme castigado,
acusa a Dios con llanto inadvertido.
Temo la muerte, que mi miedo afea;
amo la vida, con saber es muerte:
tan ciega noche el seso me rodea.
Si el hombre es flaco y la ambición es fuerte,
caudal que en desengaños no se emplea,
cuanto se aumenta, Caridón, se vierte.

- LIII a -

Por más poderoso que sea el que agravia, deja armas para la venganza

Tú, ya, ¡oh ministro!, afirma tu cuidado
en no injuriar al mísero y al fuerte;
cuando le quites oro y plata, advierte
que le dejas el hierro acicalado.
Dejas espada y lanza al desdichado,
y poder y razón para vencerte;
no sabe pueblo ayuno temer muerte;
armas quedan al pueblo despojado.
Quien ve su perdición cierta, aborrece,
más que su perdición, la causa de ella;
y ésta, no aquélla, es más quien le enfurece.
Arma su desnudez y su querella
con desesperación, cuando le ofrece

venganza del rigor quien le atropella.

- LIII b -

Persuade a la justicia que arroje el peso, pues usa sólo de la espada

Arroja las balanzas, sacra Astrea,
pues que tiene tu mano embarazada;
y si se mueven, tiemblan de tu espada:
que el peso y la igualdad no las menea.

No estás justificada, sino fea;
y, en vez de estar igual, estás armada;
feroz te ve la gente, no ajustada:
¿quieres que el tribunal batalla sea?
Ya militan las leyes y el derecho,
y te sirven de textos las heridas
que escribe nuestra sangre en nuestro pecho.

La Parca eres, fatal, para las vidas:
pues lo que hilaron otras has deshecho
y has vuelto las balanzas homicidas.

- LIV a -

Manifiesta un ardid grande del perverso pretendiente, cuando desea que todos sean buenos, con intento malo

¿Cuando, Licino, di, contento viste
hombre con un pecado solamente,
si quien merece pena es suficiente,
y el inculpable, inútil yace triste?
¿Quién al mayor delito se resiste?

¿Qué cortesano habrá que no se afrente
de que le exceda en vida delincuente
el que a los ojos, que pretende, asiste?
¡Oh ingenio del pecado escandaloso!
Pues Licas (habitado de serenos
áspides el espíritu ambicioso)
todos los malos quieren que sean buenos,
para que a su maldad el poderoso,
por sola, comunique sus venenos.

- LIV b -

Describe el apetito exquisito de pegar

No agradan a Polycles los pecados
con el uso plebeyo repetidos,
ni delitos por otro introducidos:
sí los mayores, y por sí inventados.
Cual si fueran virtud, los moderados
vivos Polycles tiene aborrecidos,
y los templadamente distraídos
yacen de su privanza desterrados.
De puro pecador, le son ingratos
los pecados tal vez, pues al pequeño,
o desprecia, o le admite con recatos.
De vicios hace escrupuloso empeño;
ni los quiere ordinarios ni baratos:
si tú le imitas, tú serás su dueño.

- LV a -

A la violenta e injusta prosperidad

Ya llena de sí solo la litera
Matón, que apenas anteayer hacía
(flaco y magro malsín) sombra, y cabía,
sobrado sitio, en una ratonera.
Hoy, mal introducido con la esfera
su casa, al sol los pasos le desvía,
y es tropezón de estrellas; y algún día,
si fuera más capaz, pocilga fuera.
Cuando a todos pidió, le conocimos;
no nos conoce cuando a todos toma;
y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.
Sóbrale tanto cuanto falta a Roma;
y no nos puede ver, porque le vimos:
lo que fue esconde; lo que usurpa asoma.

- LV b -

Advierte que aunque se tarda la venganza del cielo, contra el pecado, en efecto, llega

Porque el azufre sacro no te queme,
y toque el robre, sin haber pecado,
¿será razón que digas, obstinado,
cuando Jove te sufre, que te teme?
¿Qué tu boca sacrílega blasfeme
porque no eres bidéntal evitado?
¿Qué en lugar de enmendarte, perdonado,
tu obstinación contra el perdón se extreme?
¿Por eso Jove te dará algún día

la barba tonta y las dormidas cejas,
para que las repele tu osadía?
A dios, ¿con qué le compras las orejas?
Que parece asquerosa mercancía
intestinos de toros y de ovejas.

- LVI a -

Advierte el llanto fingido y el verdadero con el efecto de la codicia

Lágrimas alquiladas del contento
lloran difunto al padre y al marido;
y el perdido caudal ha merecido
solamente verdad en el lamento.
Codicia, no razón ni entendimiento,
gobierna los efectos del sentido:
quien pierde hacienda dice que ha perdido;
no el que convierte en logro el monumento.
Los sacrosantos bultos adorados
ven sus muslos raídos, por el oro;
sus barbas y cabellos, arrancados.
Y el ser los dioses masa de tesoro,
los tiene al fuego y cuño condenados,
y al Tonante, fundido en cisne y toro.

- LVI b -

Al ambicioso valimento que siempre anhela subir más

Descansa, mal perdido en alta cumbre,
donde a tantas alturas te prefieres;

si no es que acocear las nubes quieres,
y en la región del fuego beber lumbre.

Ya te padece, grave pesadumbre,
tu ambición propia; peso y carga eres
de la Fortuna, en que viviendo mueres:
¡y esperas que podrá mudar costumbre!

El vuelo de las águilas que miras
debajo de las alas con que vuelas,
en tu caída cebarán tus iras.

Harto crédito has dado a las cautelas.
¿Cómo puedes lograr a lo que aspiras,
si, al tiempo de expirar, soberbio anhelas?

- LVII a -

Peligro del que sube muy alto, y más si es por la caída de otro

Para, si subes; si has llegado, baja;
que ascender a rodar es desatino;
mas si subiste, logra tu camino,
pues quien desciende de la cumbre, ataja.

Detener de Fortuna la rodaja,
a pocos concedió poder divino;
y si la cumbre desvanece el tino,
también, tal vez, la cumbre se desgaja.

El que puede caer, si él se derriba,
ya que no se conserva, se previene
contra el semblante de la suerte esquiva.

Y pues nadie que llega se detiene,
tema más quien se mira más arriba;

y el que subió, por quien rodando viene.

- LVII b -

Más se han perdido en la prosperidad confiados, que en la adversidad prevenidos

Más escarmientos dan al Ponto fiero
(si atiendes) la bonanza y el olvido,
que el peligro y naufragio prevenido
y el enojo del Euro más severo.

Ansí, cuando, cortés y lisonjero,
Noto tus velas nueva adormecido,
y sirva, por tus gavias extendido,
de líquido y sonoro marinero,
entonces, ¡oh Mirtilo!, desvelados
en la milicia de la calma ociosa,
tus sentidos irán y tus cuidados.

Menos dulce es la paz que peligrosa;
no salgas, no, a recibir los hados;
tarda, con advertencia peligrosa.

- LVIII -

Moralidad útil contra los que hacen adorno propio de la ajena desnudez

Desabrigan en los altos monumentos
cenizas generosas, por crecerte,
y altas ruinas de que te haces fuerte,
más te son amenaza que cimientos.

De venganzas del tiempo, de escarmientos,

de olvidos y desprecios de la muerte,
de túmulo funesto, osas hacerte
arbitro de los mares y los vientos.
Recuerdos y no alcázares fabricas;
otro vendrá después que de sus torres
alce en tus huesos fábricas más ricas.
De ajenas desnudeces te socorres,
y procesos de mármol multiplicas:
temo que con tu llanto el suyo borres.

- LIX -

**Advierte la doctrina segura: que castigos de la providencia divina, fuera
del uso común, avisa la enmienda de pecados**

Si son nuestros corsarios nuestros puertos;
si usurpa primavera belicosa
al invierno, estación facinerosa
con cielo armado y con escollos yertos;
si caudal sumergidos y hombres muertos,
la voz que gime el Ponto procelosa,
no acuerdan la conciencia perezosa,
más estamos difuntos que despiertos.
Tú, Señor, ligas en tu diestra mano
tempestades sonoras, ondas frías,
fabricando en azote el Océano.
Por cobradores tuyos nos envías
hoy la borrasca, ayer el luterano,
y ejecutores son horas y días.

- LX b -

A un amigo que retirado de la corte pasó su edad

Dichoso tú, que, alegre en tu cabaña,
mozo y viejo espiraste la aura pura,
y te sirven de cuna y sepultura
de paja el techo, el suelo de espadaña.

En esa soledad, que, libre, baña
callado sol con lumbre más segura,
la vida al día más despacio dura,
y la hora, sin voz, te desengaña.

No cuentes por los cónsules los años;
hacen tu calendario tus cosechas;
pisas todo tu mundo sin engaños.

De todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios, ni padeces daños,
y te dilatas cuanto más te estrechas.

- LXI a -

Exclama contra el rico, hinchado y glotón

¡Cuántas manos se afanan en Oriente
examinando la mayor altura,
porque en tus dedos, breve coyuntura,
con todo patrimonio, esté luciente!

¡Cuánta descaminada ciega gente
tiene en poco del mar la saña dura,
sólo para que adorne tu locura
rubia calamidad, púrpura ardiente!

¡Cuánto pirata de Noruega, atento
ministro de tu gula, remontado,
despuebla de familia alada el viento!
¡Cuánto engaño de cáñamo anudado
tiene el golfo, inquiriendo su elemento
al pasto delicioso del pecado!

- LXI b -

Aconseja a un amigo que estaba en buena posesión de nobleza, no trate de calificarse, porque no le descubran lo que no se sabe

Solar y ejecutoria de tu abuelo
es la ignorada antigüedad sin dolo;
no escudriñes al Tiempo el protocolo,
ni corras al silencio antiguo el velo.
Estudia en el osar de este mozuelo,
descaminado escándalo del polo:
para probar que descendió de Apolo,
probó, cayendo, descender del cielo.
No revuelvas los huesos sepultados;
que hallarás más gusanos que blasones,
en testigo de nuevo examinados.
Que de multiplicar informaciones,
puedes temer multiplicar quemados,
y con las mismas pruebas, Faetones.

- LXII a -

El pobre, cuando da, pide más que cuando pide

Si lo que ofrece el pobre al poderoso,
Licas, a logro es don interesado,
pues da por recibir, menos cuidado
pedigüeño dará que dadivoso.

Yo, que mendigo soy, más no ambicioso,
apenas de mi sombra acompañado,
con lo que no te doy he disculpado
en mi necesidad lo cauteloso.

Pues que tu hacienda a mi caudal excede,
deja que el ruego tu socorro cobre,
por quien mi desnudez sola intercede.
No aguades que mañosa ofrenda obre,
pues solo con no dar al rico puede
ser con el rico liberal el pobre.

- LXII b -

**Castiga a los glotones y bebedores, que con los desórdenes suyos aceleran
la enfermedad y la vejez**

Que los años por ti vuelen tan leves,
pides a Dios, que el rostro sus pisadas
no sienta, y que a las greñas bien peinadas
no pase corva la vejez sus nieves.
Esto le pides, y, borracho, bebes
las vendimias en tazas coronadas
y para el vientre tuyo las manadas
que Apulia pasta con bocados breves.
A Dios le pides lo que tú te quitas:
la enfermedad y la vejez te tragas,
y estar de ellas exento solicitas.

Pero en rugosa piel la deuda pagas
de las embriagueces que vomitas
y en la salud que, comilón, estragas.

- LXIV a -

**Enseña el camino más seguro para la virtud, y quita el velo engañoso a la
riqueza**

A quien la buena dicha no enfurece,
ninguna desventura le quebranta;
camino, Fabio, por la senda santa,
que no en despeñaderos permanece.
Huye el camino izquierdo, que florece
con el engaño de tu propia planta;
pues cuanto en curso alegre se adelanta,
tanto en mentidas lumbres te anochece.
Huye la multitud descaminada;
deja la culpa espléndida, y, seguro,
a virtud dará el fin de la jornada.
Y si al engaño, en la opulencia oscuro,
aplicas luz, harás que te persuada
que el oro es cárcel con blasón de muro.

- LXIV b -

Reprehende la continua solicitud de los usureros

Con más vergüenza viven Euro y Noto,
Licas, que en nuestra edad los usureros:
sosiéganse tal vez los vientos fieros,

y, ocioso, el mar no gime su alboroto.
No siempre el Ponto en sus orillas roto
ejercita los rancos marineros:
ocio tienen los golfos más severos;
ocio goza el bajel, ocio el piloto.
Cesa de la borrasca la milicia:
nunca cesa el despojo ni la usura,
ni sabe estar ociosa su codicia.
No tiene paz; no sabe hallar hartura;
oso llamar a su maldad justicia;
arbitrio, al robo; a la dolencia, cura.

- LXV a -

Que al más valeroso león puede hacer daño una sabandija y beneficio otra

¿Ves la greña que viste, por muceta,
erizada, y la sima en donde embosca
armas por dientes? ¿Qué la cola enrosca,
y en cada uña alista una saeta?
¿Qué el bramido le sirve de trompeta,
y que la zarpa desanuda tosca?
Pues todo lo ocasiona aquella mosca,
y un átomo importuna le inquieta.
Por otra parte, aquel ratón, royendo,
le quita la prisión que no ha podido
quitarse, muy león y muy horrendo.
Tal sucede al poder que es más temido:
que le libra un ratón, que vive huyendo,
y del mosquito le congoja el ruido.

- LXV b -

La honesta humildad en el traje abriga al hombre y le aconseja

Sin venero serrano, en pobre lana,
que acuerda de la oveja, no de Tiro,
me abrigo, en tanto que vestida miro
las coronadas furias con la grana.

La pálida ceniza, que tirana
se guarda, y se descubre con suspiro,
no encamina la envidia a mi retiro,
ni el sueño y la conciencia me profana.

Las guijas que el Oriente por tesoro
vende a la vanidad y a la locura,
si no encienden mis dedos, no las lloro.
De balde me da el sol su lumbre pura,
plata la luna, las estrellas oro:
basta que dé la tierra sepultura.

- LXVI a -

**Burla de los que con dones quieren granjear del cielo pretensiones
injustas**

Para comprar los hados más propicios,
como si la deidad vendible fuera,
con el toro mejor de la ribera
ofreces cautelosos sacrificios.
Pides felicidades a tus vicios;
para tu nave rica y usurera,

viento tasado y onda lisonjera,
mereciéndole al golfo precipicios.
Porque exceda a la cuenta tu tesoro.
a tu ambición, no a Júpiter, engañas;
que él cargó las montañas sobre el oro.
Y cuando l'ara en sangre humosa bañas,
tú miras las entrañas de tu toro,
y Dios está mirando tus entrañas.

- LXVI b -

Contra los que quieren gobernar el mundo y viven sin gobierno

En el mundo naciste, no a enmendarle,
sino a vivirle, Clito, y padecerle;
puedes, siendo prudente, conocerle;
podrás, si fueres bueno, despreciarle.
Tú debes, como huésped, habitarle
y para el otro mundo disponerle;
enemigo de l'alma, has de temerle,
y, patria, de tu cuerpo, tolerarle.
Vives mal presumidas y ambiciosas
horas, inútil número del suelo,
atento a sus quimeras engañosas;
pues, ocupado en un mordaz desvelo,
a ti no quieres enmendarte, y osas
enmendar en el mundo tierra y cielo.

- LXVII -

Advertencia a España de que así como se ha hecho señora de muchos, así

**será de tantos enemigos envidiada y perseguida, y necesita de continua
prevención por esa causa**

Un godo, que una cueva en la montaña
guardó, pudo cobrar las dos Castillas;
del Betis y Genil las dos orillas,
los herederos de tan grande hazaña.

A Navarra te dio justicia y maña;
y un casamiento, en Aragón, las sillas
con que a Sicilia y Nápoles humillas,
y a quien Milán espléndida acompaña.

Muerte infeliz en Portugal arbola
tus castillos. Colón pasó los godos
al ignorado cerco de esta bola.

Y es más fácil, ¡oh España!, en muchos modos,
que lo que a todos le quitaste sola
te puedan a ti sola quitar todos

- LXVIII -

**Difícil, aunque le llamaron fácil, pero sólo medio verdadero de tener
riqueza y alegría en el ánimo**

Todo lo puede despreciar cualquiera;
mas nadie ha de poder tenerlo todo:
sólo, para ser rico, es fácil modo
despreciar la riqueza lisonjera.

El metal que a las luces de la esfera
por hijo primogénito acomodo,
luego que al fuego se desnuda el lodo,
espléndido tirano reverbera.

A ser peligro tan precioso viene
polvo que, en vez de enriquecer, ultraja;
que sólo a quien le tiene, honor se tiene.

La amarillez del oro esta en la paja
con más salud, y, pobre, nos previene,
desde la choza alegre, la mortaja

- LXIX a -

**Muestra por extraño e ingenioso camino que es dicha no ser poderoso, y
que siempre los que lo son suelen emplearlo mal**

No es falta de poder que yo no pueda
tener al benemérito quejoso,
ni harto de venganza al envidioso
que la bien obrar infama la vereda;
ni elegir en ministro a quien enreda
el sosiego y la paz del virtuoso,
ni ocupar en aumentos del vicioso
de la Fortuna próspera la rueda.
No es falta del poder que el poderío
me falte para ofensas, siendo miedo
al varón docto, y amenaza al pío.
Y pues sin esta potestad me quedo,
mucho le debo al poco poder mío,
pues, cuanto debo no querer, no puedo.

- LXIX b -

**Descubre el vicio de la hipocresía que afectan muchos en la disimulación
de sus maldades**

Si el sol, por tu recato diligente,
no ve, ¡oh Licas!, horribles tus locuras,
es argumento de vivir a oscuras;
pero no de que vives inocente.
Abona la ignorancia de la gente
tu astucia, sí, no tus costumbres duras,
cuando no parecer malo procuras,
y serlo, si es posible, juntamente.
No dejas la maldad, y la retiras;
eres prisión de culpas y venenos;
son tus virtudes pálidas mentiras.
Cubrir los vicios no los hace ajenos;
pocos son malos, si a testigos miras;
si a la conciencia, poco son los buenos.

- LXX -

Admirable enseñanza del pedir

El barro, que me sirve, me aconseja,
y el golpe, no el ladrón, me le arrebató;
no pudo el Potosí guardar la plata,
ni el mar, que ondoso y pródigo le aleja.
Del no guardarla yo, docto me deja
bien la ambición, a mi quietud ingrata,
cuando, con menos susto, se desata
el natural sustento en una teja.
Pues tiene el vituperio por salida
el pedir, avergüéncense en la entrada,
cuando tan poco ha menester la vida.

Mas si el pedir es fuerza no excusada,
quiero pedirme a mí que nadie pida,
primero que pedir a nadie nada.

- LXXI -

Enseña cómo los puestos en alta fortuna suelen admitir consejos

Conso, el primer consejo que nos diste
fue mandarnos bajar para logarte
a los templos de Júpiter y Marte
se sube, si se baja al que elegiste.
Al que desciende, tu deidad asiste,
y en lo humilde y lo bajo puede hallarte
Dios; que en las cumbres nunca tienes parte,
donde la vanidad se te resiste.
Mas si te admite aquel que subir quiere,
búsquete en Roma, que creció contigo,
y en ella sus aumentos considere.
Yo, que desciendo, tus altares sigo;
y quien por ti no baja, si subiere,
buscando premios, hallará castigos.

- LXXII a -

A un caballero que con perros y cazas de montería ocupaba su vida

Primero va seguida de los perros,
vana, tu edad, que de sus pies, la fiera;
deja que el corzo habite la ribera,
y los arroyos, la espadaña y berros.

Quieres en ti mostrar que los destierros
no son castigos ya de ley severa;
el ciervo, empero, sin tu envidia muera;
muera de viejo el oso por los cerros.
¿Qué afrenta has recibido del venado,
que le sigues con ansia de ofendido?
Perdona al monte al pueblo que ha criado.
El pelo de Acteón, endurecido
en su frente, te advierte tu pecado:
oye, porque no brames, su bramido.

- LXXII b -

Reprehende a la adúltera la circunstancia de su pecado

Sola en ti, Lesbia, vemos ha perdido
el adulterio la vergüenza al cielo;
pues licenciosa, libre, y tan sin velo,
ofendes la paciencia del sufrido.
Por Dios, por ti, por mí, por tu marido,
no sirvas a su ausencia de libelo;
cierra la puerta, vive con recelo:
que el pecado se precia de escondido.
No digo yo que dejes tus amigos;
mas digo que no es bien que estén notados
de los pocos que son tus enemigos.
Mira que tus vecinos, afrentados,
dicen que te deleitan los testigos
de tus pecados más que tus pecados.

- LXXIII -

Describe la vida miserable de los palacios, y las costumbres de los poderosos que en ellos favorecen

Para entrar en palacio las afrentas,
¡oh Licionio!, son grandes, y mayores
las que dentro conservan los favores
y las dichas mentidas y violentas.

Los puestos en que juzgas que te aumentas
menos gustos producen que temores,
y vendido al desdén de los señores,
pocas horas de vida y de paz cuentas.

No te queda deudor de beneficio
quien te comunicare cosa honesta;
y sólo alcanzarás puesto y oficio
de quien su iniquidad te manifiesta;
a quien, cuando quisieres, de algún vicio
pudieres acusarle sin respuesta.

- LXXV a -

Aconseja a un amigo no pretenda en su vejez

Deja la veste blanca desceñida,
pues la visten los años a tus sienes,
y los sesenta que vividos tienes
no los culpes con por cuatro seis de vida.

Dejar es prevención de la partida;
es locura inmortal el juntar bienes
y que, caduco, la ambición estrenes;
sed que se enciende y crece, socorrida.

Doy que alcanzas el puesto que deseas,
y que, escondido en polvo cortesano,
las pretendientes sumisiones creas;
pues yo sé bien que no será en tu mano
que ayune, en los aumentos que granjeas,
de tu conciencia el vengador gusano.

- LXXVI -

**Que se ha de tener dado a Dios en el ánimo todo lo que el hombre posee,
para que cuando le faltare, no parezca que se lo quitó**

Tuya es, Demetrio, voz tan animosa:
«Agravio a mi obediencia, Dios, hiciste,
cuando tu voluntad no me dijiste,
antes que la trajera hora forzosa.
»Diera lo que me llevas, pues no hay cosa
que me quites, si no es lo que me diste:
pudiste recibir, y más quisiste
ejecutar con mano rigurosa.
»Esto, que es obediencia, yo quisiera
que fuera ofrecimiento, la alma mía
y los hijos te doy del mismo modo.
»Cobra la hacienda que otro dueño espera;
no me agravie, Señor, tu cortesía;
y, pues todo lo das, cóbralo todo.»

- LXXVII -

A estas animosas palabras que decía Epicteto: «Pule, Júpiter, super me calamitates»

«Llueve, oh Dios, sobre mí persecuciones»,
mendigo, esclavo y manco, repetía
Epitecto valiente, y cada día
a Júpiter retaban sus razones.
«Vengan calamidades y aflicciones
averigua en dolor mi valentía;
con los trabajos mi paciencia expía
mi sufrimiento, en hierros y prisiones.»
¡Oh hazañoso espíritu hospedado
en edificio enfermo, que pudieras
animar cuerpo excelso y coronado!
Trabajos pides y molestia esperas,
y, con tener a Dios desafiado,
ni ofendes, ni presumes, ni te alteras.

- LXXIX b -

Pinta el engaño de los alquimistas

¿Podrá el vidrio llorar partos de Oriente
¿Cabrará su habilidad en los crisoles?
¿Será la tierra adúltera a los soles,
por concebir de un horno siempre ardiente?
¿Destilarás en baños a Occidente?
¿Podrán los mismo humo que arreboles?
¿Abreviarán por ti los españoles
el precioso naufragio de su gente?
Osas contrahacer su ingenio al día;
pretendes que le parle docta llama
los secretos de Dios a tu osadía.

Doctrina ciega, y ambiciosa fama
el oro miente en la ceniza fría,
y cuando le promete le derrama.

- LXXX a -

Conveniencias de no usar de los ojos, de los oídos y de la lengua

Oír, ver y callad remedio fuera
en tiempo que la vista y el oído
y la lengua pudiera ser sentido
y no delito que ofender pudiera.
Hoy, sordos, los remeros con la cera,
golfo navegaré que (encanecido
de huesos, no de espumas) con bramido
sepulta a quien oyó voz lisonjera.
Sin ser oído y sin oír, ociosos
ojos y orejas, viviré olvidado
del ceño de los hombres poderosos.
Si es delito saber quien ha pecado,
los vicios escudriñen los curiosos:
y viva yo ignorante y ignorado.

- LXXXI -

Retiro de quien experimenta contraria la suerte, ya profesando virtudes, y ya vicios

Quiero dar un vecino a la Sibila
y retirar mi desengaño a Cumas,
donde, en traje de nieve con espumas,

líquido fuego oculto mar destila.
El son de la tijera que se afila
oyen alegres mis desdichas sumas;
corta a su vuelo la ambición las plumas,
pues ya la Parca corta lo que hila.
Fui malo por medrar: fui castigado
de los buenos; fui bueno: fui oprimido
de los malos, y preso, y desterrado.
Contra mí solo atento el mundo ha sido,
y pues sólo fue inútil mi pecado,
cual si fuera virtud, padezca olvido.

- LXXXIII a -

Privilegios de la virtud y temores del poder violento

Desembaraza Júpiter la mano,
derrámanse las nubes sobre el suelo,
Euro se lleva el sol y borra el cielo,
y en noche y en invierno ciega el llano;
tiembla, escondido, en torres el tirano,
y es su guarda, su muro y su recelo;
y erizado temor le cuaja en yelo
cuando el rayo da música al villano.
¡Oh serena virtud! El que valiente
y animoso te sigue, en la mudanza
del desdén y el halago de la gente,
se pone más allá de donde alcanza
en vengativa luz la saña ardiente,
y no del miedo pende y la esperanza.

- LXXXIV a -

Reprehede a un amigo débil en el sentimiento de las adversidades, y exhórtale a su tolerancia

Desacredita, Lelio, el sufrimiento
blando y copioso, el llanto que derramas,
y con lágrimas fáciles infamas
el corazón, rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento
si, varón fuerte, dura virtud amas.
¿Castigo, con profana boca, llamas
el acordarse Dios de ti un momento?
Alma robusta en penas se examina,
y trabajos ansiosos y mortales
cargan, mas no derriban, nobles cuellos.
A Dios quien más padece se avecina;
El está solo fuera de los males,
y el varón que los sufre, encima de ellos.

- LXXXIV b -

Representa la mentirosa y verdadera riqueza

¿Ves, con el oro, áspero y pesado
del poderoso Licas el vestido?
¿Ves el sol por sus dedos repartido,
y en círculos su fuego encarcelado?
¿Ves de inmortales cedros fabricado
techo? ¿Ves en los jaspes de tenido

el peso del palacio, ennoblecido
con las telas que a Tiro han desangrado?
Pues no lo admires, y alta envidia guarda
para quien de lo poco, humildemente,
no deseando más, hace tesoro.
No creas fácil vanidad gallarda:
que con el resplandor y el lustre miente
pálida sed hidrópica del oro.

- LXXXV b -

Advierte de la temeridad de los que navegan

Creces, y con desprecio, disfrazada,
en yerba humilde, máquina espantosa,
que fuerza disimula poderosa,
y tiene toda el agua amenazada.
Ve, ¡oh Noto!, que, secreta y encerrada,
alimentas con caña maliciosa
tu más larga fatiga y peligrosa,
tu peregrinación más codiciada.
Con menos hojas vive que cautelas;
pues, a pesar del mar, sobre él tendidas,
juntará las orillas con sus telas.
Ahogáranse en ésta menos vidas
corrida en lazos que tejida en velas:
mortajas a volar introducidas.

- LXXXVI b -

Rey es quien reina en sus pasiones, y esclavo el rey si ellas son señoras

Lleva Mario el ejército, y a Mario
arrastra ciego la ambición de imperio;
es su anhelar al cónsul vituperio,
y su llanto a Minturnas tributario.
Padécenle los cimbro temerario;
padece en sí prisión y cautiverio;
fatigó su furor el hemisferio,
y a su discordia falleció el erario.
Y con desprecio, en África rendida,
después mendigó pan quien las legiones
desperdió de Roma esclarecida.
¿Qué sirve dominar en las naciones,
si es monarca el pecado de tu vida
y provincias del vicio tus pasiones?

- LXXXVII -

Ciertas peticiones de los hombres a Dios

«¡Oh falezcan los blancos, los postreros
años de Clito! Y ya que, ejercitado,
corvo reluzga el diente del arado,
brote el surco tesoros y dineros.
»Los que me apresuré por herederos,
parto a mi sucesión anticipado,
por deuda de la muerte y el pecado,
cóbrenlo ya los hados más severos.»
¿Por quién tienes a Dios? ¿De esa manera
previenes el postrero parasismo?

¿A Dios pides insultos, alma fiera?
Pues siendo Stayo de maldad abismo,
clamara a Dios, ¡oh Clito!, si te oyera;
y ¿no temes que Dios clame a Sí mismo?

- LXXXVIII a -

Conjetura la causa de tocarse la campana de velilla, en Aragón, después de la muerte del piadoso Rey Don Felipe III, y muestra la diferencia con que la oirán los humanos

O el viento, sabedor de lo futuro,
clamoreó por el difunto hado,
o en doctos caracteres anudado,
le repitió parlero gran conjuro.
Y puede ser que espíritu más puro,
a la advertencia humana destinado,
pronunció penitencias al pecado
en lenguaje tan breve y tan oscuro.
Profético metal, los ciudadanos
que de agüero y cometa son exentos,
a tu son bailarán por estos llanos;
en tanto que tu voz y tus acentos
oyen descoloridos los tiranos
y te atienden los reyes macilentos.

- LXXXIX -

Imagen del tirano y del adulator

Desconoces, Damocles, mi castigo,
por no culpar tu lengua en mi tormento,

y del semblante que, esforzado, miento,
con gran ostentación, eres amigo.
No ves la amarillez que dentro abrigo,
ni el corazón, que yace macilento,
ni atiendes al mortal razonamiento
del invisible y pertinaz testigo.
Pues solo me acompañas, algún día
contradígame voz tuya severa:
oiga verdades la conciencia mía.
Merezca un desengaño antes que muera:
que la contradicción es compañía,
y no seremos dos de otra manera.

- XC -

**Enseña no ser segura política reprehende acciones, aunque malas sean,
pues ellas tienen guardado su castigo**

Raer tiernas orejas con verdades
mordaces, ¡oh Licino!, no es seguro:
si desengañas, vivirás oscuro,
y escándalo serás de las ciudades.
No las hagas, ni enojas, las maldades,
ni murmures la dicha del perjuro:
que si gobierna y duerme Palinuro,
su error castigarán las tempestades.
El que, piadoso, desengaña amigos
tiene mayor peligro en su consejo
que en su venganza el que agravió enemigos.
Por esto a la maldad y al malo dejo.
Vivamos, sin ser cómplices, testigos;

advierta al mundo nuevo el mundo viejo.

- XCI -

**Muestra que algunas repúblicas se enferman con lo que imaginan
medicina**

Miedo de la virtud llamó algún día
en Atenas virtud al ostracismo,
y en Sicilia arrojaba el petalismo,
por dolencia, al valor y valentía.
Si a Scipión, que gozaba, le temía
Roma, que del postrero parasismo
la libró, y de Aníbal, siendo el mismo
aquel temor que él antes sido había,
¿cómo también con votos no apedrea
el ostraco los pérfidos tiranos
que en vicio exceden y codicia fea?
¿Por qué han de ser los malos, ciudadanos?
Que si el destierro en la virtud se emplea,
es echar la salud por quedar sanos.

- XCII a -

Ruina de Roma por consentir robos de los gobernadores de sus provincias

El sacrílego Verres ha venido
con las naves cargadas de trofeos,
de paz culpada, y con tesoros reos,
y triunfos de lo mismo que ha perdido.
¡Oh Roma!, ¿por qué culpa han merecido

grandes principios estos fines feos?
Gastas provincias en hartar deseos
y en ver a tu ladrón enriquecido.
Después que la romana, santa y pura
pobreza pereció, se han coronado
tus delitos, tu afrenta y tu locura.
De tu virtud tus vicios han vengado
a los que sujetó tu fuerza dura,
y aclaman por victoria tu pecado.

- XCII b -

**Advierte contra el adulador, que lo dulce que dice no es por deleitar al
que lo escucha, sino por interés propio suyo; y amenaza a quien le da
crédito**

Con acorde concento, o con ruidos
músicos, ensordeces al gusano,
para que los enojos del verano
no atienda, ni del cielo los bramidos.
No es piedad confundirle los sentidos;
codicia sí, guardándole tirano
para que su mortaja con su mano
hile y, en su mortaja, tus vestidos.
Nació paloma, y, en tu seno, el vuelo
perdió; gusano, arrastra despreciado,
y osas llamar tu vil cautela celo.
Tal fin tendrá cualquiera desdichado
a quien estorba oír la voz del cielo,
con músico alboroto, su pecado.

- XCIII a -

A un señor perseguido y constante en los trabajos

De amenazas del Ponto rodeado
y de enojos del viento sacudido,
tu pompa es la borrasca, y su gemido
más aplauso te da que no cuidado.
Reinas con majestad, escollo osado,
en las iras del mar enfurecido,
y, de sañas de espuma, encanecido,
te ves de tus peligros coronado.
Eres robusto escándalo a orgullosa
prora que, por peligros naufragante,
te advierte, y no te toca, escrupulosa.
Y a su envidia y al mar, siempre constante,
de advertido bajel seña piadosa
eres, norte y aviso a vela errante.

- XCIII b -

Amenaza de la inocencia perseguida, que hace el rigor de un poderoso

Ya te miro caer precipitado,
y que en tus propias ruinas te confundes;
que en ti propio te rompes y te hundes,
entre tus chapiteles sepultado.
Tanto como has crecido has enfermado
y, por mas bien que los cimientos fundes,
mientras en oro y vanidad abundes,
tu tesoro y poder son tu pecado.

Si de los que derribas te levantas
y si de los que entierras te edificas,
en amenazas propias te adelantas.
Medrosos escarmientos multiplicas;
lágrimas tristes, que ocasionas, cantas:
son tu caudal calamidades ricas.

- XCIV -

Sigue el mismo argumento hablando de Dios

A tu justicia tocan mis contrarios,
pues ha encargarte de ellos te comides,
cuando venganza para ti nos pides,
que guarda tu decreto en tus erarios.
Contigo lo han de haber los temerarios,
pues en humo y ceniza los divides;
y el blasón de sus armas y sus lides
desmentirás con escarmientos varios.
Pues Dios de las Venganzas te apellidas,
baja al tirano débil encumbrado;
hártese en él tu saña de heridas.
De mi agravio, Señor, te has encargado;
pues tus promesas, grande Dios, no olvidas,
caiga deshecho el monstruo idolatrado.

- XCV a -

**Al incendio de la Plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de
cuatro**

Cuando la Providencia es artillero,
no yerra la señal la puntería;
de cuatro lados la centella envía
al que de azufre ardiente fue minero.
El teatro, a las fiestas lisonjero,
donde el ocio alojaba su alegría,
cayó, borrando con el humo el día,
y fue el remedio al fuego compañero.
El viento que negaba julio ardiente
a la respiración, le dio a la brasa,
tal, que en diciembre pudo ser valiente.
Brasero es tanta hacienda y tanta casa;
más agua da la vista que la fuente:
logro será, si escarmentado pasa.

- XCV b -

**Toma venganza de la lascivia la penitencia de la riqueza desperdiciada, y
ahora la misma lascivia en ídolo su arrepentimiento**

Si Venus hizo de oro a Fryne bella,
porque el lascivo corazón se incline
al precio de sus culpas como a ella.
Adore sus tesoro, si los huella
el desperdicio, y tarde ya los gime:
que tal castigo y penitencia oprime
a quien abrasa femenil centella.
En pálida hermosura, enriquecidas
sus facciones, dio vida a su figura
Fidias, a quien prestó sus manos Midas.
Arde en metal precioso su blancura;

veneren, pues les cuesta seso y vidas,
los griegos su pecado y su locura.

- XCVI -

Restituye Fryne en seguridad a su patria lo que le había usurpado en inquietudes

Fryne, si el esplendor de tu riqueza
a Tebas dio muralla bien segura,
tantos padrones cuente a tu hermosura
cuantas piedras se ven en tu grandeza.
Del grande Macedón la fortaleza
desfiguró su excelsa arquitectura;
mas lo que abate fuerza armada y dura
restituye, desnuda, tu flaqueza.
Tú, que fuiste prisión de los tebanos,
eres defensa a Tebas, que yacía
cadáver lastimoso de estos llanos.
La ciudad que por ti lasciva ardía
se venga del poder de otros tiranos
con lo que le costó su tiranía.

- XCVII a -

Las causas de la ruina del Imperio romano

En el precio, el favor; y la ventura,
venal; el oro, pálido y tirano;
el erario, sacrílego y profano;
con togas, la codicia y la locura;

en delitos, patíbulo la altura;
más suficiente el más soberbio y vano;
en opresión, el sufrimiento humano;
en desprecio, la ciencia y la cordura,
promesas son, ¡oh Roma!, dolorosas
del precipicio y ruina que previenes
a tu imperio y sus fuerzas poderosas.
El laurel que te abraza las dos sienes
llama al rayo que evita, y peligrosas
y coronadas por igual las tienes.

- XCVII b -

Abundoso y feliz Licas en su palacio, sólo él es despreciable

Harta la toga del veneno tirio,
o ya en el oro pálida y regente,
cubre con los tesoros del Oriente,
mas no descansa, ¡oh Licas!, tu martirio.

Padeces un magnífico delirio
cuando felicidad tan delincuente
tu horror oscuro en esplendor te miente,
víbora en rosicler, áspid en lirio.

Competir su palacio a Jove quieres,
pues miente el oro estrellas a su modo
en el que vives sin saber que mueres.
Y en tantas glorias, tú, señor de todo,
para quien sabe examinarte, eres
lo solamente vil, el asco, el lodo.

- XCVIII a -

La templanza, adorno para la garganta, más precioso que las perlas de mayor valor

Esta concha que ves presuntuosa,
por quien blasona el mar índico y moro,
que en un bostezo concibió un tesoro
del sol y el cielo, a quien se miente esposa;
esta pequeña perla y ambiciosa,
que junta su soberbia con el oro,
es defecto del nácar, no decoro,
y mendiga maldad, aunque preciosa.
Bastaba que la gula el mar pescara,
sin que avaricia en él tendiera redes
con que la vanidad alimentara.
Floris, mejor con la templanza puedes
adornar tu garganta, que con rara
perdición rica, que del Ponto heredes.

- XCVIII b -

Comprende la obediencia del mar, y la inobediencia del codicioso en sus afectos

La voluntad de Dios por grillos tienes,
y ley de arena tu coraje humilla,
y, por besarla, llegas a la orilla,
mar obediente, a fuerza de vaivenes.
Con tu soberbia undosa te detienes
en la humildad, bastante a resistilla;
a tu saña tu cárcel maravilla,

rica, por nuestro mal, de nuestros bienes.
¿Quién dio al pobre y al l'haya atrevimiento
de nadar, selva errante deslizada,
y al lino de impedir el paso al viento?
Codicia, más que el Ponto desfrenada,
persuadió que, en el mar, el avariento
fuese inventor de muerte no esperada.

- C -

Descubre quién lleva los premios de las victorias marciales

Más vale una benigna hora del Hado
al que sigue la caja y la bandera,
que si una carta de favor le diera
Venus para Mavorte enamorado.
Heridas son lesión al desdichado,
no mérito a su fama verdadera;
servir no es merecer, sino quimera
que entretiene la vida del soldado.
De las pérdidas triunfa el venturoso;
padece sus victorias el valiente,
en mañosa calumnia del ocioso.
Druso, acomoda con la edad la mente;
guarda para la paz lo belicoso;
aprende a ser en el peligro ausente.

- CI -

**Desconsuela al poderoso, que aflige y desfavorece a alguno por vengarse,
y enseña al perseguido cómo le desprecie**

El que me niega lo que no merezco
me da advertencia, no me quita nada;
que en ambición sin méritos premiada,
más me deshonro yo que me enriquezco.
Si con las otras malas hierbas crezco,
pues se aborrece más la más medrada,
mereceré el enojo de la azada
cuando inútil los surcos empobrezco.
Quien mi pobreza y soledad aumenta,
a pesar de su intento, me asegura,
y con lo que me niega me acrecienta.
No puede estar sujeto a desventura
quien teme el beneficio por afrenta;
quien tiene la esperanza por locura.

- CII a -

Contra los hipócritas y fingida virtud de monjas y beatas, en alegoría del cohete

No digas, cuando vieres alto el vuelo
del cohete, en la pólvora animado,
que va derecho al cielo encaminado,
pues no siempre quien sube llega al cielo.
Festivo rayo que nació del suelo,
en popular aplauso confiado,
disimula el azufre aprisionado;
traza es la cuerda, y es rebozo el velo.
Si le vieres en alto radiante,
que con el firmamento y sus centellas

equivoca su sitio y su semblante,
¡oh, no le cuentes tú por una de ellas!
Mira que hay fuego artificial farsante,
que es humo y representa a las estrellas.

- CII b -

Es amenaza a la soberbia y consuelo a la humildad del estado

¿Puedes tú ser mayor? ¿Puede tu vuelo
remontarte a más alta y rica cumbre,
ni a más hermosa y clara excelsa lumbre
que la que ves arder por todo el cielo?
¿Puede mi desnudez y mi desvelo,
y el llanto que a mis ojos es costumbre,
bajarme más que al cardo y la legumbre,
que son desmedro al más inútil suelo?
Pues todo el oro fijo y el errante,
que sombras de la noche nos destierra
y son vistas del orbe centelleante,
todo el pueblo de luz que el zafir cierra,
eterno al parecer, siempre constante,
tiene donde caer; mas no la tierra.

- CII c -

Naufraga nave, que advierte y no da escarmiento

Tirano de Adria el Euro, acompañada
de invierno y noche la rugosa frente,
sañudo se arrojó y inobediente,

la cárcel rota y la prisión burlada.
Bien presumida y mal aconsejada,
pomposa nave sus enojos siente;
gime el mar ronco temerosamente,
líquida muerte bebe gente osada;
cuando en maligno escollo inadvertida,
de escarmientos la playa procelosa
infamó, en mil naufragios dividida.
Y nunca faltará vela animosa
-¡tal es la presunción de nuestra vida!-
que repita su ruina lastimosa.

- CIII a -

A un ignorante muy derecho, severo y misterioso de figura

Esa frente, ¡oh Giaro!, en remolinos
torva y rugas pálida y funesta,
antes señas de toro manifiesta
que de estudios severos y divinos.
Tus semblantes ceñudos y mohínos,
si no descifran délfica respuesta,
obligan que, de risa descompuesta,
se descalcen los propios calepinos.
No tiene por fructífera el villano
la espiga que con uso se endereza,
sino la corva, a quien derriba el grano.
Hacia la tierra inclina tu entereza,
porque lo erguido se promete vano,
y que está sin meollo la cabeza.

- CIV -

Virtud de la música honesta y devota con abominación de la lascivia

Músico rey y médica armonía,
exorcismo canoro sacrosanto,
y en angélica voz tutelar canto,
bien acompañan cetro y monarquía.

La negra Majestad con tiranía
de Saúl en las iras y en el llanto
reinaba, y fue provincia suya, en tanto
que de David a la arpa no atendía.

Decente es santo coro al Rey sagrado;

útil es el conuento religioso

al rey que de Luzbel yace habitado.

¡Oh, no embaraces, Fabio, el generoso

oído con los tonos del pecado,

porque halle el salmo tránsito espacioso!

- CV a -

Enseña a los avaros y codiciosos el más seguro modo de enriquecer mucho

Si enriquecer pretendes con la usura,
Cristo promete, ¡oh pálido avariento!,
por uno que en el pobre le des, ciento:
¿dónde hallarás ganancia más segura?

La desdicha del pobre es tu ventura;
su hambre y su miseria, tu sustento;
su desnudez, tus galas y tu aumento,

si socorres su afán y pena dura.
Fías de la codicia del tratante
y de la tierra y en alado pino
los tesoros al mar siempre inconstante,
y sólo dudas del poder divino,
pues su misma promesa no es bastante
a persuadir tu ciego desatino.

- CV b -

**Los vanos y poderosos, por defuera resplandecientes, y dentro pálidos y
tristes**

Si las mentiras de fortuna, Licas,
te desnudas, veraste reducido
a sola tu verdad, que, en alto olvido,
ni sigues, ni conoces, ni platicas.
Esas larvas espléndidas y ricas
que abultan tus gusanos, con vestido
en el veneno tirio recocado
presto vendrán a tu soberbia chicas.
¿Qué tienes, si te tienen tus cuidados?
¿Qué puedes, si no puedes conocerte?
¿Qué mandas, si obedecen tus pecados?
Furias del oro habrán de poseerte;
padecerás tesoros mal juntados;
desmentirá tu presunción la muerte.

- CVI a -

Al oro, considerándole en su origen y después en su estimación

Este metal que resplandece ardiente
y tanta envidia en poco bulto encierra,
entre las llamas renunció la tierra:
ya no conoce al risco por pariente.
Fundido, ostenta brazo omnipotente,
horror que a la ciudad prestó la sierra,
descolorida paz, preciosa guerra,
veneno de la aurora y del poniente.
Este en dineros ásperos cortado,
orbe pequeño, al hombre le compite
los blasones de ser mundo abreviado.
Pálida ley que todo lo permite,
caudal perdido cuanto más guardado;
sed que no en la abundancia se remite.

- CVI b -

Desengaño de la exterior apariencia con el examen interior y verdadero

¿Miras este gigante corpulento
que con soberbia y gravedad camina?
Pues por de dentro es trapos y fajina,
y un ganapán le sirve de cimientto.
Con su alma vive y tiene movimiento,
y adonde quiere su grandeza inclina;
mas quien su aspecto rígido examina,
desprecia su figura y ornamento.
Tales son las grandezas aparentes
de la vana ilusión de los tiranos:

fantásticas escorias eminentes.
¿Veslos arder en púrpura, y sus manos
en diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.

- CVII -

Advierte a los avaros la ocasión de faltarles muchas veces sus aumentos

Injurias dices, avariento, al cielo;
llámase de metal, porque no llueve:
dime el socorro que a tu troj le debe
en el pobre que viste sin consuelo.

De estéril osas acusar el suelo,
porque a los gritos tuyos no se mueve;
presumes, necio, de mandar la nieve,
y al invierno tasar quieres el yelo.

Si no se abre el cielo soberano,
si no dan fruto a tu labor las tierras,
imitan tus graneros y tu mano.

En cuanto al cielo le suplicas, yerras;
pues, de los bienes que te dio, tirano,
le pides que se abra, y tú le cierras.

- CVIII -

Desastre del valido que cayó aun en sus estatuas

¿Miras la faz que al orbe fue segunda
y en el metal vivió rica de honores
cómo, arrastrada, sigue los clamores,

en las maromas de la plebe inmunda?
No hay fragua que sus miembros no los funda
en calderas, sartenes y asadores;
y aquel miedo y terror de los señores
sólo de humo en la cocina abunda.
El rostro que adoraron en Seyano,
despedazado en garfios, es testigo
de la inestabilidad del precio humano.
Nadie le conoció, ni fue su amigo;
y sólo quien le infama de tirano
no acompañó el horror de su castigo.

- CIX -

Reprehesión de la gula

¿Tan grande precio pones a la escama?
Ya fuera más barato, bien mirado,
comprar el pescador, y no el pescado,
en que tanta moneda se derrama.
No el pescado que comes, mas la fama,
lo caro y lo remoto, es lopreciado,
pues de los peces de otro mar cargado
lleva tu sueño vuelcos a la cama.
Y envidia al que te vende la murena
que entre Caribdi y Scila resbalaba,
pues más su bolsa que tu vientre llena.
Das grande precio por lo que otro alaba;
más es la tuya adulación que cena,
y más tu hacienda que tu hambre acaba.

- CX -

Muestra la iniquidad que los poderosos usan con la heredad del pobre, si tienen codicia de ella hasta que se la toman en bajo precio

En la heredad del pobre, las espigas
más gruesas te parecen, más opacas,
y ni en tus trojes la codicia aplacas,
no pudiendo sufrir su mies las vigas.

Arrójanle tus ansias enemigas
con laso cuello en su quiñón tus vacas,
para que, hambrientas, las que entraron flacas
le saquen la cosecha en las barrigas.

¡Oh cuántos lloran robos dolorosos
de la envidia opulenta! ¡Oh cuántos males
ocasionan vecinos poderosos!

Hasta que, a intersección de injurias tales,
les espongan los dueños querellosos
aquella posesiones ya venales.

- CXI a -

Muestra en oportuna alegoría la seguridad del estado pobre y el riesgo del poderoso

¿Ves esa choza pobre que, en la orilla,
con bien unidas pajas, burla al Noto?

¿Ves el horrendo y líquido alboroto,
donde agoniza poderosa quilla?

¿No ves la turba ronca y amarilla
desconfiar del arte y del piloto,

a quien, si el parasismo acuerda el voto,
la muerte los semblantes amancilla?
Pues eso ves en mí, que, retirado
a la serena paz de mi cabaña,
más quiero verme pobre que anegado.
Y miro, libre, naufragar la saña
del poder cauteloso, que, engañado,
tormenta vive cuando alegre engaña.

- CXI b -

**Enseña que, aunque tarde, es mejor reconocer el engaño de las
pretensiones y retirarse a la granjería del campo**

Cuando esperando está la sepultura
por semilla mi cuerpo fatigado,
doy mi sudor al reluciente arado
y sigo la robusta agricultura.
Disculpa tiene, Fabio, mi locura,
si me quieres creer escarmentado:
probé la pretensión con mi cuidado,
y hallo que es la tierra menos dura.
Recojo en fruto lo que aquí derramo,
y derramaba allá lo que cogía:
quien se fía de Dios sirve a buen amo.
Más quiero depender del sol y el día,
y de la agua, aunque tarde, si la llamo,
que de l'áulica infiel astrología.

- CXII a -

A un juez mercadería

Las leyes con que juzgas, ¡oh Batino!,
menos bien las estudias que las vendes;
lo que te compran solamente entiendes;
más que Jasón te agrada el Vellochino.

El humano derecho y el divino,
cuando los interpretas, los ofendes,
y al compás que la encoges o la extiendes,
tu mano para el fallo se previno.

No sabes escuchar ruegos baratos,
y sólo quien te da te quita dudas;
no te gobiernan textos, sino tratos.

Pues que de intento y de interés no mudas,
o lávate las manos con Pilatos,
o, con la bolsa, ahórcate con Judas.

- CXII b -

Virtud de la presencia del señor en la agricultura y en la guerra

Más fertilizan mi heredad mis ojos
que el mayo que las lluvias no resista;
pues con el beneficio de mi vista,
en espigan reviven mis rastrojos.

Vuélvense los gañanes en gorgojos
si falta el dueño que al trabajo asista;
y quien espera grano, coge arista,
mal acondicionada con abrojos.

Lo mismo es la batalla que la tierra:

el que la viere dar tendrá victoria,
pues los ojos del rey arman la guerra.
El que manda y gobierna de memoria,
y a su defensa entrambos ojos cierra,
sin cetro y con bordón busca la gloria.

- CXIII a -

Comparación de las fábricas de la soberbia con las de la humildad

Es la soberbia artífice engañoso;
da su fábrica pompa, y no provecho:
ve, Nabuco, la estatua que te ha hecho;
advierte el edificio cauteloso.
Hizo la frente del metal precioso;
armó de plata y bronce cuello y pecho;
y por trocar con el cimientó el techo,
los pies labró de barro temeroso.
No alcanzó el oro a ver desde la altura
la guiija, que rompió con ligereza
el polvo en quien fundó rica locura.
El que pusiere el barro en la cabeza
y a los pies del metal la lumbre pura,
tendrá, si no hermosura, fortaleza.

- CXIII b -

Espántase de la advertencia quien tiene olvidada la culpa

De los misterios a los brindis llevas,
¡oh! Baltasar, los vasos más divinos,

y de los sacrificios a los vinos,
porque injurias de Dios, profano, bebas.
¡Qué a difamar los cálices te atrevas,
que vinieron del templo peregrinos,
juntando a ceremonias desatinos
y a ancianos ritos tus blasfemias nuevas!
Después de haber, sacrílego, bebido
toda la edad a Baco en urna santa,
mojado el seso y húmedo el sentido,
¿ver una mano en la pared te espanta,
habiendo tu garganta merecido,
no que escriba, que corte tu garganta?

- CXIV a -

**Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la Plaza de Madrid
en una fiesta de toros**

Verdugo fue el temor, en cuyas manos
depositó la muerte los despojos
de tanta infausta vida. Llorad, ojos,
si ya no lo dejáis por inhumanos.
¿Quién duda ser avisos soberanos,
aunque el vulgo los tenga por antojos,
con que el cielo el rigor de sus enojos
severo ostenta entre temores vanos?
Ninguno puede huir su fatal suerte;
nada pudo estorbar estos espantos;
ser de nada el rumor, ello se advierte.
Y esa nada a causado muchos llantos,
y nada fue instrumento de la muerte,

y nada vino a ser muerte de tantos.

- CXIV b -

Amenaza a un poderoso ofensivo, que la dilación de la pena que se le previene del brazo de Dios, es para aumentarla

Duro tirano de ambición armado,
en la miseria ajena presumido,
o la piedad de Dios llamas olvido,
o arguyes su paciencia de pecado.
Y puede ser que llegues obstinado
y de mordaz blasfemia persuadido,
a negarle el valor, cuando, ofendido,
crecer quiere el castigo dilatado.

No es negligencia la piedad severa;
bien puede emperezar, mas no olvidarse
la atención más hermosa de la esfera.
Estale a Dios muy bien el descuidarse
de la venganza que tomar espera:
que sabe, y puede, y debe desquitarse.

- CXV -

Gustoso el autor con la soledad y sus estudios, escribió este soneto

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,

o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh gran don Iosej! docta la emprenta.
En fuga irrevocable huye la hora;
pero aquella el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora.

- CXVI -

**Muestra lo que se indigna Dios de las peticiones execrables de los
hombres, y que sus obligaciones para alcanzarlas son graves ofensas**

Con mudo incienso y grande ofrenda, ¡Oh, Licas!,
cogiendo a Dios a solas, entre dientes,
los ruegos que recatas de las gentes,
sin voz, a sus orejas comunicas.
Las horas pides prósperas y ricas,
y que para heredar a tu parientes,
fiebres reparta el cielo pestilentes,
y de ruinas fraternas te fabricas.
(¡Oh grande error! Pues cuando de ejemplares
rayos a Dios armó la culpa, el vicio,
víctimas le temblaron los pesares.
Y hoy le ofenden así, no ya propicio,
que, vueltos sacrílegos los altares,
arma su diestra el mismo sacrificio.)

- CLI -

Funeral elogio en la muerte del bienaventurado Rey Don Felipe III

Mereciste reinar y mereciste
no acabar de reinar; y lo alcanzaste
en las almas al punto que expiraste,
como el reinar al punto en que naciste.
Rey te llamaste, cuando padre fuiste,
pues la serena frente que mostraste,
del amor de tus hijos coronaste,
cerco a quien más valor que el oro asiste.
Militó tu virtud en tus legiones;
vencieron tus ejércitos, armados
igualmente de acero y oraciones.
Por reliquia llevaron tus soldados
tu nombre y por ejemplo tus acciones,
y fueron victoriosos y premiados.

- CLII a -

Túmulo al serenísimo Infante Don Carlos

Entre las coronadas sombras mías
que guardas. ¡oh glorioso monumento!,
bien merecen lugar, bien ornamento,
las llamas antes, ya cenizas frías.
Guarda, ¡oh!, sus breves malogrados días
en religioso y alto sentimiento;
ya que en polvo atesora el escarmiento,
su gloria a las supremas monarquías.

No pase huésped por aquí que ignore
el duro caso, y que en las piedras duras,
con los ojos que el título leyere,
a don Carlos no aclame y no le llore,
si no fuere más duro que ellas duras,
cuando lo que ellas sienten no sintiere.

- CLII b -

Al mismo Señor Infante

Tu alta virtud, contar los tiempos fuerte,
tanto, don Carlos, dilató su vuelo,
que dio codicia de gozarla al cielo
y de vencerla al brazo de la muerte.
Si puede, donde estás, de alguna suerte,
entrar cuidado de piadoso celo,
mira, envidioso y lastimado, al suelo,
anegado en las lágrimas que vierte.
Si el cielo adornas, vuelto estrella hermosa,
cual ojo suyo, puedes ver el llanto
que de los nuestros es razón que esperes.
Pues, según fue tu vida, generosa,
no dudo que tu pie, en el coro santo,
pise estrellas, si estrella en él no fueres.

- CLIII a -

Inscripción al túmulo de la excelentísima Duquesa de Lerma

Si, con los mismos ojos que leyeres

las letras de este mármol, no llorares
y en lágrimas tu vista desatares,
tan mármol, huésped, como el mármol eres.
Mira, si grandes glorias ver quisieres,
estos sagrados túmulos y altares;
y es bien que en tanta majestad repares,
si llevar que contar donde vas quieres.
Guardo en silencio el nombre de su dueño;
que, si le sabes, parecerte ha poca
tan ilustre grandeza a sus despojos.
Sólo advierte que cubre en mortal sueño
al sol de Lerma enternecida roca:
y vete, que harto debes a tus ojos.

- CLIII b -

**Inscripción en el túmulo de Don Pedro Girón, Duque de Osuna, Virrey y
Capitán General de las dos Sicilias**

De la Asia fue terror, de Europa espanto,
y de la África rayo fulminante;
los golfos y los puertos de Levante
con sangre calentó, creció con llanto.
Su nombre solo fue victoria en cuanto
reina la luna en el mayor turbante;
pacificó motines en Brabante:
que su grandeza sola pudo tanto.
Divorcio fue del mar y de Venecia,
su desposorio dirimiendo el peso
de naves, que temblaron Chipre y Grecia.
¡Y a tanto vencedor venció un proceso!

De su desdicha su valor se precia:
¡murió en prisión, y muerto estuvo preso!

- CLIV a -

Compendio de las hazañas del mismo en inscripción sepulcral

Diez galeras tomó, treinta bajeles,
ochenta bergantines, dos mahonas;
aprisionole al Turco dos coronas
y los corsarios suyos más crueles.
Sacó del remo más de dos mil fieles,
y turcos puso al remo mil personas.
¡Y tú, bella Parténope, aprisionas
la frente que agotaba los laureles!
Sus llamas vio en su puerto la Goleta;
Chicheri y la Calivia, saqueados,
lloraron su bastón y su jineta.
Pálido vio el Danubio sus soldados,
y a la Mosa y al Rhin dio su trompeta
ley, y murió temido de los hados.

- CLIV b -

Epitafio del Duque de Osuna, con sus armas habla el mármol

Memoria soy del más glorioso pecho
que España en su defensa vio triunfante;
en mí podrás, amigo caminante,
un rato descansar del largo trecho.
Lágrimas de soldados han deshecho

en mí las resistencias de diamante;
yo cierro al que el ocaso y el levante
a su victoria dio círculo estrecho.
Estas armas, viudas de su dueño,
que visten de funesta valentía
este, si humilde, venturoso leño,
del grande Osuna son; él las vestía,
hasta que, apresurado el postrer sueño,
le ennegreció con noche el blanco día.

- CLV a -

Túmulo funeral de Federico, hermano del Marqués Espinola

Blandamente descansan, caminante,
debajo de estos mármoles helados,
los huesos, en cenizas desatados,
del Marte genovés, siempre triunfante.

No los pises, no pases adelante,
que es profanar despojos respetados,
cuando no de la muerte, de los hados,
que obligan a la fama que los cante.

El rayo artificioso de la guerra,
émula de virtud la diestra airada,
en esta piedra a Federico cierra.
Que la muerte, en el plomo disfrazada,
no se la pudo dar en mar ni tierra,
sin favor de su mano y de su espada.

- CLV b -

Túmulo de Don Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma y Cardenal de Roma

Columnas fueron los que miras huesos
en que estribó la ibera monarquía,
cuando vivieron fábrica, y regía
ánima generosa sus progresos.
De los dos mundos congojosos pesos
descansó la que ves ceniza fría;
el seso que esta cavidad vivía
calificaron prósperos sucesos.
De Filipe Tercero fue valido,
y murió de su gracia retirado,
porque en su falta fuese conocido.
Dejó de ser dichoso, mas no amado;
mucho más fue no siendo que había sido:
esto al duque de Lerma te ha nombrado.

- CLVI a -

Inscripción al Marqués Ambrosio Spinola, que gobernó las armas católicas en Flandes

Lo que en Troya pudieron las traiciones,
Sinón y Ulises y el caballo duro,
pudo de Ostende en el soberbio muro
tu espada, acaudillando tus legiones.
Cayó, al aparecer tus escuadrones,
Frisa y Breda por tierra, y, mal seguro,
debajo de tus armas vio el perjuro
sin blasón su muralla y sus pendones.

Todo el Palatinado sujetaste
al monarca español, y tu presencia
al furor del hereje fue contraste.
En Flandes dijo tu valor tu ausencia,
en Italia tu muerte, y nos dejaste,
Spínola, dolor sin resistencia.

- CLVI b -

**Funeral discurso de Aníbal, tomando el veneno para morir, viéndose
viejo, solo y desterrado**

Quitemos al Romano este cuidado,
y un número a sus muchos prisioneros,
pues me temen, los cónsules severos,
amenaza caduca de su estado.

Impaciente a los términos del hado,
salga la alma que armó tantos guerreros:
no aprenda a servir estos postreros
años, que del afán he reservado.

Pródigo del espíritu y la vida,
desprecio dilatar vejez cansada:
venganza les daré, no triunfo y gloria.
Que es desesperación bien entendida
buscar muerte a la afrenta anticipada:
quede a guardar la vida a la memoria.

- CLVII a -

Sepulcro de Jasón al argonauta

Mi madre tuve en ásperas montañas,
si inútil con la edad soy seco leño;
mi sombra fue regalo a más de un sueño,
supliendo al jornalero las cabañas.
Del viento desprecié sonoras sañas
y al encogido invierno cano ceño,
hasta que a la segur villano dueño
dio licencia de herirme las entrañas.
Al mar di remos, a la patria fría
de los graznidos, vela; fui ligero
tránsito a la soberbia y osadía.
¡Oh amigo caminante! ¡oh pasajero!,
dile blandas palabras este día
al polvo de Jasón, mi marinero.

- CLVII b -

**Elogio funeral a Don Melchor de Bracamonte, hijo de los Condes de
Peñaranda, gran soldado, sin premio**

Siempre, Melchor, fue bienaventurada
tu vida en tantos trances en el suelo;
y es bienaventurada ya en el cielo,
en donde sólo pudo ser premiada.
Sin ti quedó la guerra desarmada
y el mérito agraviado sin consuelo,
la nobleza y valor en llanto y duelo.
y la satisfacción mal disfamada.
Cuanto no te premiaron, mereciste,
y el premio en tu valor acobardaste,
y el excederle fue lo que tuviste.

El cargo que en el mundo no alcanzaste,
es el que yace, el huérfano y el triste:
que tú de su desdén te coronaste.

- CLVIII a -

Sepulcro del buen juez Don Berenguel de Aois

Si cuna y no sepulcro pareciere,
por no sobrescribirme el «Aquí yace»,
huésped, advierte que en la tumba nace
quien, como Berenguel, a vivir muere.

El que la toga que vistió vistiere
y no le imitan en lo que juzga y hace,
con este ejemplo santo se amenace:

el que le sigue su blasón espere.

Falleció sin quejosos y dinero;
enterrole el Consejo y, enterrado,
en él guardo el consejo más severo.

Edificó viviendo amortajado;
no edificó para vivir logrero;
por él nadie lloró, y hoy es llorado.

- CLVIII b -

Elogio fúnebre al Marqués de Siete Iglesias

Tu vida fue envidiada de los ruines;
tu muerte de los buenos fue envidiada;
dejaste la desdicha acreditada
y empezaste tu dicha de tus fines.

Del metal ronco fabricó clarines
Fama, entre los pregones disfrazada,
y vida eterna y muerte desdichada
en un filo tuvieron los confines.
Nunca vio tu persona tan gallarda
con tu guarda la plaza como el día
que por tu muerte tu alabanza guarda.
Mejor guarda escogió tu valentía,
pues que hizo tu ángel con su guarda
en la gloria lugar a tu agonía.

- CLIX a -

**Túmulo de Don Francisco de la Cueva y Silva, grande jurisconsulto y
abogado**

Este, en traje de túmulo, museo,
sepulcro en academia transformado
en donde está en cenizas desatado
Jasón, Licurgo, Bártulo y Orfeo;
este polvo, que fue de tanto reo
asilo dulcemente razonado,
cadáver de las leyes consultado,
en quien, si lloro el fin, las glorias leo,
éste de don Francisco de la Cueva
fue prisión, que su vuelo nos advierte,
donde piedad y mérito le lleva.
Todas las leyes, con discurso fuerte,
venció; y así, parece cosa nueva
que le venciese, siendo ley, la muerte.

- CLIX b -

Inscripción en sepulcro de la Señora Duquesa de Nájera, Condesa de Valencia

A la naturaleza la hermosura,
y a toda la hermosura la belleza,
el blasón y la sangre a la nobleza,
al discurso el acierto y la cordura,
guarda este monumento y sepultura,
con más piedad del mármol que dureza,
del mérito vencida la grandeza,
dejada por plebeya la ventura.
Aquí descansa en paz, aquí reposa
la duquesa de Nájera, y la tierra
la guarda el sueño, leve y religiosa.
¡Oh huésped!, tú que vives siempre en guerra,
dile blandas palabras a la losa
que tan esclarecidas venas cierra.

- CLX a -

**Elogio ilustre en la muerte del Marqués de Alcalá, padre de la
excelentísima Señora Duquesa de Medinaceli**

¡Cuánto dejarás de vivir si hubieras
vivido una hora más, oh generoso
marqués, pues, ya en el reino del reposo,
ni tiempo temes, ni la muerte esperas!
Nueva lumbre contemplo en las esferas:
la piedad de tu espíritu glorioso

robole a nuestra edad hado envidioso,
a ti. clemente, en glorias verdaderas.

En vos, excelentísima señora,
cuando vuestro dolor con las querellas
en tan piadosas lágrimas le llora,
estrellas deja, y va a gozar estrellas;
éstas enluta cuando aquéllas dora,
y, para consolaros, vive en ellas.

- CLX b -

Al mismo

Ribera, hoy paraíso; Afán, hoy gloria;
que así a descanso hoy pasa el apellido,
de tantas majestades deducido,
blasón que vive en inmortal historia;
contra el tiempo y olvido la victoria
os asegura el real esclarecido
hijo, en quien ya dejáis padre y marido
al fénix que os fecunda la memoria.

Dejáis la pena, sí; pero consuelo
tan cerca, que si ya no alivia el llanto,
justo será, más descortés al cielo.

Dejaisla excelso sustituto, en tanto
que vuestra alma gloriosa deja el suelo,
y llevaisla en el alma al cielo santo.

- CLXI a -

Inscripción al túmulo del Rey de Francia Enrique IV

Su mano coronó su cuello ardiente
y el acero le dio cetro y espada;
hízose reino a sí con mano armada;
conquistó y gobernó francesa gente.

Su diestra fue su ejército valiente;
sintió su peso el mar; vio, fatigada,
el alto Pirineo, de gente osada,
la nieve, ceño cano de su frente.

Su herencia conquistó, por merecerla;
nació rey por la sangre que tenía;
por la que derramó, fue rey famoso.

A Fortuna quitó (por no deberla
sólo a la sucesión) la monarquía:
y vengo a la Fortuna un alevoso.

- CLXI b -

Otro a la muerte del mismo rey, sobre la causa que le movió al matador

No pudo haber estrella que infamase
con tal inclinación sus rayos de oro,
ni a tanta majestad perdió el decoro
hora, por maliciosa que pasase.

Ni pudo haber deidad que se enojase
y diese tan vil causa a tanto lloro;
rayos vengan la ira al alto coro:

no era bien que un traidor se la vengase.

Gusto no pudo ser matar muriendo,
y menos interés, pues no respeta

la desesperación precio ni gloria.
Envidia del infierno fue, temiendo
que el ruido ronco de la guerra inquieta
despertara de España la memoria.

- CLXII a -

A la muerte del Cuaro Enrico, Rey de Francia

No llegó a tanta envidia de los hados,
ni bastó para tanto fuerza alguna;
temió quejas del mundo la Fortuna;
vio sus atrevimientos respetados.
Y veisle: yace en mármoles helados
(así lo quiere Dios) el que ninguna
diestra temió debajo de la luna;
el que armó con su pecho sus soldados.
La cana edad le perdonó piadosa;
la flaca enfermedad le guardó vida
con que buscar pudiera honrosa muerte.
Todo lo malogró mano alevosa,
quitando al mundo el miedo en una herida,
desmintiendo promesas a su suerte.

- CLXII b -

Glorioso túmulo a la serenísima Infanta Sor Margarita de Austria

Las aves del Imperio, coronadas,
mejoraron las alas en tu vuelo,
que con el pobre y serafín al cielo

sube, y volando sigue sus pisadas.
¡Oh cuán cesáreas venas, cuán sagradas
frentes se coronaron con tu velo!
Y espléndido el sayal venció en el suelo
púrpura tiria y minas de oro hiladas.
La silla más excelsa, más gloriosa,
que perdió el serafín amotinado,
premió a Francisco la humildad; y hoy osa
la tierra, émula al cielo, en alto grado,
premiarle con la frente más preciosa
que imperiales coronas han cercado.

- CLXIII a -

**Funeral elogio al Padre Maestro Fray Hortensio Félix Paravicino y
Argeaga, Predicador de su Majestad**

El que vivo enseñó, difunto mueve,
y el silencio predica en el difunto:
en este polvo mira y llora junto
la vista cuando al púlpito le debe.
Sagrado y dulce, el coro de las nueve
enmudece en su voz el contrapunto:
faltó la admiración a todo asunto,
y el fénix que en su pluma se renueva.
Señas te dio del docto y admirable
Hortensio, tales, que callar pudiera
el nombre religioso y venerable.
La Muerte aventurara, si le oyera,
a perder el blasón de inexorable,
y si no fuera sorda le perdiera.

- CLXIII b -

Lamentable inscripción para el túmulo del Rey de Suecia Gustavo Adolfo

Rayo ardiente del mar helado y frío,
y fulminante aborto, tendí el vuelo;
incendio primogénito del yelo,
logré las amenazas de mi brío.
Fatigué de Alemania el grande río;
crecile, y calenté con sangre el suelo;
azote permitido fui del cielo
y terror del augusto señorío.
Y bala providente y vengadora,
burlado de mi arnés, defensa vana,
me trujo negro sueño y postrer hora.
Y, despojo a venganza soberana
alma y cuerpo, me llora quien me llora:
el que los pierde, ¿qué victorias gana?

- CLXIV a -

Sepulcro relación en el monumento de Wolistan

Dióle el León de España su Cordero,
y, lobo, quiso ensangrentar sus galas;
el Aguila imperial le dio sus alas,
y con sus garras se le opuso fiero.
Más soberbio y aleve que guerrero,
al reino de Bohemia puso escalas;
la elección de su cetro dio a las balas

y esperó la corona del acero.
Cayó deshecho en átomos sangrientos
el duque de Frisland, por advertidas
manos en su castigo y sus intentos.
No se ve el hombre; vense las heridas;
del cuerpo muerto nacen escarmientos:
tú los quieres crecer si los olvidas.

- CLXIV b -

Venerable túmulo de Don Fadrique de Toledo

Al bastón que le vistes en la mano
con aspecto real y floreciente,
obedeció pacífico el tridente
del verde emperador del Océano.
Fueron oprobio al belga y luterano
sus órdenes, sus armas y su gente;
y en su consejo y brazo, felizmente,
venció los hados el monarca hispano.
Lo que en otros perdió la cobardía,
cobró armado y prudente su denuedo,
que sin victorias no contó algún día.
Esto fue don Fabrique de Toledo.
Hoy nos da, desatado en sombra fría,
llanto a los ojos y al discurso miedo.

- CLXV a -

Túmulo a la señora Doña María Enríquez, Marquesa de Villamaina

¿Quién alimentará de luz al día?
¿Quién de rayos al sol? ¿Quién a la aurora
de perlas, que en tu risa y boca llora;
del coral, que en tus labios encendía?
Ya falleció del mundo la alegría;
melancólica y mustia yace Flora,
cuando el cabello de tu frente dora
en negro luto la ceniza fría.
Por sólo unirse a Dios tu alma pudo
desunirse del cuerpo, que en el suelo,
si fue cuerpo o deidad, aún hoy lo dudo.
Dichoso en tanto llanto fue su vuelo,
pues que sube tu espíritu desnudo
de un cielo, por vestirse de otro cielo.

- CLXV b -

**Túmulo a Colón: habla un pedazo de la nave en que descubrió el Nuevo
Mundo**

Imperio tuve un tiempo, pasajero,
sobre las ondas de la mar salada;
del tiempo fui movida y respetada
y senda abrí al Antártico hemisferio.
Soy con larga vejez tosco madero;
fui haya, y de mis hojas adornada,
del mismo que alas hice en mi jornada,
lenguas para cantar hice primero.
Acompaño esta tumba tristemente,
y aunque son de Colón estos despojos,
su nombre callo, venerable y santo,

de miedo que, de lástima, la gente
tanta agua ha de verter con tiernos ojos,
que al mar nos vuelva a entrambos con el llanto.

- CLXVI -

Túmulo de Aquiles cuando llegó a él Alejandro

Por más que el Tiempo en mí se ha paseado,
consumirme, Alejandro, no ha podido:
que del cuerpo que en mí tengo escondido,
fuerzas contra las suyas he sacado.
Aquiles es quien yace sepultado,
y con silencio duerme en largo olvido.
Respetar las cenizas en que ha sido
su valeroso cuerpo desatado.
Rayo fue de la guerra, a Troya espanto;
Júpiter tuvo miedo de su acero,
hasta que dejó el alma el frágil manto.
Diole la eternidad el docto Homero.
No le llores de Envidia; vierte llanto
de lástima de un hado tan severo.

- CLXXXIX -

Amante ausente del sujeto amado después de larga navegación

Fuego a quien tanto mar ha respetado
y que, en desprecio de las ondas frías,
pasó abrigado en las entrañas mías,
después de haber mis ojos navegado,

merece ser al cielo trasladado,
nuevo esfuerzo del sol y de los días;
y entre las siempre amantes jerarquías,
en el pueblo de luz, arder clavado.
Dividir y apartar puede el camino;
mas cualquier paso del perdido amante
es quilate al amor puro y divino.
Yo dejo la alma atrás; llevo adelante,
desierto y solo, el cuerpo peregrino,
ya mí no traigo cosa semejante.

- CXC a -

Compara al Etna con las propiedades de su amor

Ostentas, de prodigios coronado,
sepulcro fulminante, monte aleve,
las hazañas del fuego y de la nieve,
y el incendio en los yelos hospedado.
Arde el invierno en llamas erizado,
y el fuego lluvias, y granizos bebe;
truena, si gimes; si respiras, llueve
en cenizas tu cuerpo derramado.
Si yo no fuera a tanto mal nacido,
no tuvieras, ¡oh Etna!, semejante:
fueras hermoso monstruo sin segundo.
Mas como en alta nieve ardo encendido,
soy Encéfalo vivo y Etna amante,
y ardiente imitación de ti en el mundo.

- CXC b -

Ausente, se halla en pena más rigurosa que Tántalo

Dichoso puedes, Tántalo, llamarte,
tú, que, en los reinos vanos, cada día,
delgada sombra, desangrada y fría,
ves, de tu misma sed, martirizarte.

Bien puedes en tus penas alegrarte
(si es capaz aquel pueblo de alegría),
pues que tiene (hallarás) la pena mía
del reino de la noche mayor parte.

Que si a ti de la sed el mal eterno
te atormenta, y mirando l'agua helada,
te huye, si la llama tu suspiro;
yo, ausente, venzo en penas al infierno;
pues tú tocas y ves la prenda amada;
yo, ardiendo, ni la toco ni la miro.

- CXCI a -

Con ejemplos muestra a Flora la brevedad de la hermosura, para no malograrla

La mocedad del año, la ambiciosa
vergüenza del jardín, el encarnado
oloroso rubí, Tiro abreviado,
también del año presunción hermosa;
la ostentación lozana de la rosa,
deidad del campo, estrella del cercado;
el almendro, en su propia flor nevado,
que anticiparse a los calores osa,

reprehensiones son, ¡oh Flora!, mudas
de la hermosura y la soberbia humana,
que a las leyes de flor está sujeta.
Tu edad se pasará mientras lo dudas;
de ayer te habrás de arrepentir mañana,
y tarde y con dolor serás discreta.

- CXCI a -

Compara el discurso de su amor con el de un arroyo

Torcido, desigual, blando y sonoro,
te resbalas secreto entre la flores,
hurtando la corriente a los calores,
cano en la espuma y rubio con el oro.
En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores;
y templando por cuerdas ruiseñores,
te ríes de crecer con lo que lloro.
De vidrio, en las lisonjas, divertido,
gozoso vas al monte; y, despeñado,
espumoso encaneces con gemido.
No de otro modo el corazón cuitado,
a la prisión, al llanto se ha venido
alegre, inadvertido y confiado.

- CXCII -

**Finge dentro de sí un infierno, cuyas penas procura mitigar, como Orfeo,
con la música de su canto, pero sin provecho**

A todas partes que me vuelvo veo
las amenazas de la llama ardiente,
y en cualquier lugar tengo presente
tormento esquivo y burlador deseo.
La vida es mi prisión, y no lo creo;
y al son del hierro, que perpetuamente
pesado arrastro, y humedezco ausente,
dentro en mí propio pruebo a ser Orfeo.
Hay en mi corazón furias y penas;
en él es el amor fuego y tirano,
y yo padezco en mí la culpa mía.
¡Oh dueño sin piedad, que tal ordenas,
pues, del castigo de enemiga mano,
no es precio ni rescate l'armonía.

- CXCI -

Amante que hace lección para aprender a amar de maestros irracionales

Músico llanto, en lágrimas sonoras,
llora monte doblado en cueva fría,
y destilando líquida armonía,
hace las peñas cítaras canoras.
Ameno y escondido a todas horas,
en mucha sombra alberga poco día;
no admite su silencio compañía:
sólo a ti, solitario, cuando lloras.
Son tu nombre, color y voz doliente
señas, más que de pájaro, de amante;
puede aprender dolor de ti un ausente.

Estudia en tu lamento y tu semblante
gemidos este monte y esta fuente,
y tienes mi dolor por estudiante.

- CXCIV a -

Exageraciones de su fuego, de su llanto, de sus suspiros y de su pena

Si el abismo, en diluvios desatado,
hubiera todo el fuego consumido,
el que enjuga mis venas, mantenido
de mi sangre, le hubiera restaurado.
Si el día, por Faetón descaminado,
hubiera todo el mar y aguas bebido,
con el piadoso llanto que he vertido,
las hubiera mis ojos renovado.
Si las legiones todas de los vientos
guardar Ulises en prisión pudiera,
mis suspiros sin fin otros formarían.
Si del infierno todos los tormentos,
con su música, Orfeo suspendiera,
otros mis penas nuevos inventarían.

- CXCIV b -

**Acuérdase de su libertad cobrada, y vuelta a perder; y aunque confiesa la
felicidad de aquel estado, se reconoce así mismo sin valor para desearle**

Ya que no puedo l'alma, los dos ojos
vuelvo al dulce lugar, donde, rendida,
dejé mi antigua libertad, vestida

de mis húmedas ropas y despojos.
¡Oh, si sintiera ya los lazos flojos
en que tirano Amor la tiene asida,
o el desengaño tardo de mi vida
a su prisión burlara los cerrojos!
A ti me fuera luego, y de tu techo
las paredes vistiera, por honrarte,
con duro lazo, por mi bien, deshecho.
Mas hállome en prisión tan de su parte,
¡oh libertad!, que faltas a mi pecho
para poder sin Fili desearte.

- CXCv a -

**No se disculpa, como los necios amantes, de atreverse a amar; antes
persuade a ser superior hermosura, la que no permite resistencia para ser
amada**

¡No si no fuera yo quien solamente
tuviera libertad después de veros!
Fuerza, no atrevimiento, fue el quereros,
y presunción penar tan altamente.
Osé menos dichoso que valiente;
supe, sino obligaros, conoceros;
y ni puedo olvidaros ni ofenderos:
que nunca puro amor fue delincuente.
No desdeña gran mar fuente pequeña;
admite el sol en su familia de oro
llama delgada, pobre y temerosa;
ni humilde y baja exhalación desdeña.
Esto alegan las lágrimas que lloro;

esto mi ardiente llama generosa.

- CXCv b -

Ardor disimulado de amante

Salamandra frondosa y bien poblada
te vio la antigüedad, columna ardiente,
¡oh Vesubio, gigante el más valiente
que al cielo amenazó con diestra osada!
Después, de varias flores esmaltada,
jardín piramidal fuiste, y luciente
mariposa, en tus llamas inclemente,
y en quien toda Pomona fue abrasada.
Ya, fénix cultivada, te renuevas,
en eternos incendios repetidos,
y noche al sol y al cielo luces llevas.
¡Oh monte, emulación de mis gemidos:
pues yo en el corazón, y tú en las cuevas,
callamos los volcanes florecidos!

- CXCvI a -

**A Aminta, que teniendo un clavel en la boca, por morderle se mordió los
labios, y salió sangre**

Bastábale al clavel verse vencido
del labio en que se vio (cuando, esforzado
con su propia vergüenza, lo encarnado
a tu rubí se vio más parecido),
sin que, en tu boca hermosa, dividido

fuese de blancas perlas granizado,
pues tu enojo, con él equivocado,
el labio por clavel dejó mordido;
si no cuidado de la sangre fuese,
para que, a presumir de tiria grana,
de tu púrpura líquida aprendiese.
Sangre vertió tu boca soberana,
porque, roja victoria, amaneciese
llanto al clavel y risa a la mañana.

- CXCVI b -

Venganza en figura de consejo a la hermosura pasada

Ya, Laura, que descansa tu ventana
en sueño que otra edad tuvo despierta,
y, atentos los umbrales de tu puerta,
ya no escuchan de amante queja insana;
pues cerca de la noche, a la mañana
de tu niñez sucede tarde yerta,
mustia la primavera, la luz muerta,
despoblada la voz, la frente cana:
cuelga el espejo a Venus, donde miras
y lloras la que fuiste en la que hoy eres;
pues, suspirada entonces, hoy suspiras.
Y así, lo que no quieren ni tú quieres
ver, no verán los ojos, ni tus iras,
cuando vives vejez y niñez mueres.

- CXCVII a -

A una fénix de diamantes que Aminta traía en el cuello

Aminta, si a tu pecho y a tu cuello
esa fénix preciosa a olvidar viene
la presunción de única que tiene,
en tu rara belleza podrá hacello.
Si viene a mejorar, sin merecello
de incendio (que dichosamente estrene),
hoguera de oro crespo la previene
el piélago de luz en tu cabello.
Si varias de muerte y de elemento
quiere, y morir en nieve, la blancura
de tus manos la ofrece monumento.
Si quieres más eterna sepultura,
si ya no fuese eterno nacimiento,
con mi envidia la alcance en tu hermosura.

- CXCVII b -

A Aminta, que se cubrió los ojos con la mano

Lo que me quita en fuego, me da en nieve
la mano que tus ojos me recata;
y no es menos rigor con el que mata,
ni menos llamas su blancura mueve.
La vista frescos los incendios bebe,
y, volcán, por las venas los dilata;
con miedo atento a la blancura trata
el pecho amante, que la siente aleve.
Si de tus ojos el ardor tirano

le pasas por tu mano por templarle,
es gran piedad del corazón humano;
mas no de ti, que puede, al ocultarle,
pues es de nieve, derretir tu mano,
si ya tu mano no pretende helarle.

- CXCVIII a -

**Dificulta retratar una grande hermosura, que se lo había mandado, y
enseña el modo que solo alcanza para que fuera posible**

Si quien ha de pintaros ha de veros,
y no es posible sin cegar miraros,
¿quién será poderoso a retrataros,
sin ofender su vista y ofenderos?
En nieve y rosas quise floreceros;
mas fuera honrar las rosa y agraviaros;
dos luceros por ojos quise daros;
mas ¿cuándo lo soñaron los luceros?
Conocí el imposible en el bosquejo;
mas vuestro espejo a vuestra lumbre propia
aseguró el acierto en su reflejo.
Podraos él retratar sin luz impropia,
siendo vos de vos propia, en el espejo,
original, pintor, pincel y copia.

- CXCVIII b -

Ceniza en la frente de Aminta, el miércoles de ella

Aminta, para mí cualquiera día

es de ceniza, si merezco verte;
que la luz de tus ojos es de suerte
que aun encender podrá la nieve fría.
Arde, dichosamente, el alma mía;
y aunque amor en ceniza me convierte,
es de fénix ceniza, cuya muerte
parto es vital, y nueva fénix cría.
Puesta en mis ojos dice eficazmente
que soy mortal, y vanos mis despojos,
sombra oscura y delgada, polvo ciego.
Mas la que miro en tu espaciosa frente
advierte las hazañas de tus ojos:
pues quien los ve es ceniza, y ellos fuego.

- CXCIX a -

**A una dama que apagó una bujía, y la volvió a encender en el humo
soplando**

La lumbre, que murió de convencida
con la luz de tus ojos y, apagada
por sí en el humo, se mostró enlutada,
exequias de su llama ennegrecida,
bien pudo blasonar su corta vida,
que la venció beldad tan alentada,
que con el firmamento, en estacada,
rubrica en cada rayo una herida.
Tú, que la diste muerte, ya piadosa
de tu rigor, con ademán travieso
la restituyes vida más hermosa.
Resucitola un soplo tuyo impreso

en humo, que tu boca es milagrosa
aura, que nace con facción de beso.

- CXCIX b -

**Impugna la nobleza divina, de que presume el amor, con su orden y con
sus efectos**

Si tu país y patria son los cielos,
¡oh Amor!, y Venus, diosa de hermosura,
tu madre, y la ambrosía bebes pura
y hacen aire al ardor del sol tus vuelos;
si tu deidad blasona por abuelos
herida deshonesto, y la blancura
de la espuma del mar, y (a) tu segura
vista, humildes, gimieron Delfo y Delos,
¿por qué bebes mis venas, fiebre ardiente,
y habitas las medulas de mis huesos?
Ser dios y enfermedad ¿cómo es decente?
Deidad y cárcel de sentidos presos,
la dignidad de tu blasón desmiente,
y tu victoria infaman tus progresos.

- CC a -

Describe a Leandro fluctuante en el mar

Flota de cuantos rayos y centellas,
en puntas de oro, el ciego Amor derrama,
nada Leandro; y cuanto el Ponto brama
con olas, tanto gime por vencellas.

Maligna luz multiplicó en estrellas
y grande incendio sigue pobre llama:
en la cuna de Venus, quien bien ama,
no debió recelarse de perdellas.

Vela y remeros es, nave sedienta;
mas no le aprovechó, pues desatado,
Noto los campos líquidos violenta.

Ni volver puede, ni pasar a nado;
si llora, crece el mar y la tormenta:
que hasta poder llorar le fue vedado.

- CC b -

Encareciendo las adversidades de los troyanos, exagera más la hermosura de Aminta

Ver relucir, en llamas encendido,
el muro que a Neptuno fue cuidado;
caliente y rojo con la sangre el prado,
y el monte resonar con el gemido;
a Xanto en cuerpos y armas impedido,
y en héroes, como en peñas, quebrantado;
a Héctor en las ruedas amarrado
y, en su desprecio, a Aquiles presumido;
los robos licenciosos, los tiranos,
la máquina de engaños y armas llena,
que escuadras duras y enemigos vierte,
no llorarán, Aminta, los troyanos,
si, en lugar de la griega hermosa Helena,
París te viera, causa de su muerte.

- CCI a -

A Aminta, que para enseñar el color de su cabello llegó una vela y se quemó un rizo que estaba junto al cuello

Enriquecerse quiso, no vengarse,
la llama que encendió vuestro cabello;
que de no codiciarle, y poder vello,
ni el tesoro del sol podrá librarse.
Codicia fue, que puede mal culparse,
robarle quien no pudo merecello;
milagro fue pasar por vuestro cuello
y en tanta nieve no temer helarse.
O quiso introducir en sol su llama,
y aprender a ser día, a ser aurora,
en las ondosas minas que derrama,
o la hazaña de Eróstrato traidora
repite, y busca por delitos fama,
quemando al sol el templo que él adora.

- CCI b -

Descripción del ardor canicular, que respeta el llanto enamorado y no le enjuga

Ya la insana Canícula, ladrando
llamas, cuece las mieses, y, en hervores
de frenética luz, los labradores
ven a Proción los campos abrasando.
El piélagos encendido está exhalando
al sol humos en traje de vapores;

y, en el cuerpo, la sangre y los humores
discurren sediciosos fulminando.
Bébase sin piedad la sed del día
en las fuentes y arroyos, y en los ríos
la risa y el cristal y la armonía.
Sólo del llanto de los ojos míos
no tiene el Can Mayor hidropesía,
respetando el tributo a tus desvíos.

- CCII a -

A una dama bizca y hermosa

Si a una parte miraran solamente
vuestros ojos, ¿cuál parte no abrasaran?
Y si a diversas partes no miraran,
se helaran el ocaso o el Oriente.
El mirar zambo y zurdo es delincuente;
vuestras luces izquierdas lo declaran,
pues con mira engañosa nos disparan
facinerosa luz, dulce y ardiente.
Lo que no miran ven, y son despojos
suyos cuantos los ven, y su conquista
da a l'alma tantos premios como enojos.
¿Qué ley, pues, pudo mover al mal jurista
a que, siendo monarcas los dos ojos,
los llamase vizcondes de la vista?

- CCII b -

A una dama tuerta y muy hermosa

Para agotar sus luces la hermosura
en un ojo no más de vuestra cara,
grande ejemplar y de belleza rara
tuvo en el sol, que en una luz se apura.
Imitáis, pues, aquella arquitectura
de la vista del cielo, hermosa y clara;
que muchos ojos, y de luz avara,
sola la noche los ostenta oscura.
Si en un ojo no más, que en vos es día,
tiene cuantos le ven muerte y prisiones,
al otro le faltara monarquía.
Aun faltan a sus rayos corazones,
victorias a su ardiente valentía
y al triunfo de sus luces aun naciones.

- CCIII a -

A otra dama de igual hermosura y del todo ciega

Envidia, Antandra, fue del sol y el día,
en que también pecaron las estrellas,
el quitaros los ojos, porque en ellas
el fuego blasonase monarquía.
A poder vos mirar, la fuente fría
encendiera cristales en centellas;
viera ceniza sus espumas bellas,
tronara fulminando su armonía.
Hoy ciega juntamente y desdeñosa,
sin ver la herida ni atender al ruego,

vista cegáis al que miraros osa.
La nieve esquiva oficio hace de fuego;
y en el clavel fragante y pura rosa
vemos ciego al desdén, y al Amor ciego.

- CCIII b -

Llanto, presunción, culto y tristeza amorosa

Esforzaron mis ojos la corriente
de este, si fértil, apacible río;
y cantando frené su curso y brío:
¡tanto puede el dolor en un ausente!
Mireme incendio en esta clara fuente
antes que al prendiese yelo frío,
y vi que no es tan fiero el rostro mío
que manche, ardiendo, el oro de tu frente.
Cubrió nube de incienso tus altares,
coronelos de espigas en manojos,
sequé, crecí con llanto y fuego a Henares.
Hoy me fuerzan mi pena y tus enojos
(tal es por ti mi llanto) a ver dos mares
en un arroyo, viendo mis dos ojos.

- CCIV a -

**Persuade al río que, pues crecido va con sus lágrimas, también vaya
significando su dolor**

Frena el corriente, ¡oh Tajo retorcido!,
tú, que llegas al mar rico y dorado,

en tanto que al rigor de mi cuidado
busco (¡ay, si le hallase!) algún olvido.
No suenes lisonjero, pues perdido
ves a quien te bebió con su ganado;
viste de mi color desanimado
los cristales que al mar llevas tendido.
Pues en llantos me anegan mis enojos,
con el recién nacido sol no rías,
ni alimente tu margen sino abrojos.
Que no es razón que, si tus aguas frías
son lágrimas llovidas de mis ojos,
rían cuando las lloran ansias mías.

- CCIV b -

**A Amarili, que tenía unos pedazos de búcaro en la boca y estaba muy al
cabo de comérselos**

Amarili, en tu boca soberana
su tez el barro de carmín colora;
ya de coral mentido se mejora,
ya aprende de tus labios a ser grana.
Apenas el clavel, que a la mañana
guarda en rubí las lágrimas que llora,
se atreverá con él, cuando atesora
la sangre en sí de Venus y Diana.
Para engarzar tu púrpura rompida,
el sol quisiera repartir en lazos
tierra, por portuguesa, enternecida.
Tú de sus labios mereciste abrazos:
presume ya de aurora, el barro olvida;

pues se muere, mi bien, por tus pedazos.

- CCV -

Quiere que la hermosura consista en el movimiento

No es artífice, no, la simetría
de la hermosura que en Floralba veo;
ni será de los números trofeo
fábrica que desdeña al sol y al día.
No resulta de música armonía
(perdonen sus milagros en Orfeo),
que bien la reconoce mi deseo
oculta majestad que el cielo envía.
Puédese padecer, mas no saberse;
puedese codiciar, no averiguarse,
alma que en movimientos puede verse.
No puede en la quietud difunta hallarse
hermosura, que es fuego en el moverse,
y no puede viviendo sosegarse.

- CCVI -

Quejarse en las penas de amor debe ser permitido y no profana el secreto

Arder sin voz de estrépito doliente
no puede el tronco duro inanimado;
el roble se lamenta, y, abrasado,
el pino gime al fuego, que no siente.
¿Y ordenas, Floris, que en tu llama ardiente
quede en muda ceniza desatado

mi corazón sensible y animado,
víctima de tus aras obediente?
Concédame tu fuego lo que al pino
y al roble les concede voraz llama:
piedad cabe en incendio que es divino.
Del volcán que en mis venas se derrama,
diga su ardor el llanto que fulmino;
mas no lo sepa de mi voz la Fama.

- CCVII -

**Elige el morir amando, por no dar muerte a la amante o a la amada,
hallándose en peligro de morir alguno**

La que me quiere y aborrezco quiero
librar, porque acompañe mi ventura;
pues me aborrece en Floris la hermosura,
por quien amante y despreciado muero.
Mas ¿cómo? ¿Del amor en que ardo, espero
contra mi propia vida tal locura?
La que yo adoro pasará segura:
obligarála ver que la prefiero.
Mas si por no vivir desesperado
soy ingrato, mi propio amor desprecio,
y contra mí a consejo mi cuidado.
Si el uno por los dos ha de ser precio,
más quiero ser amante y ahogado,
que al favor o al desdén ingrato o necio.

- CCVIII a -

Amor no admite compañía de competidor, así como el reinar

No admiten, no, Floralba, compañía
Amor y Majestad; siempre triunfante
solo ha de ser el rey, solo el amante:
humos tiene el favor de monarquía.

El padre ardiente de la luz del día
no permite que muestre su semblante
estrella presumida y centelleante
en cuanto reina en la región vacía.

Amor es rey tan grande, que aprisiona
en vasallaje el cielo, el mar, la tierra,
y única y sola majestad blasona.

Todo su imperio un corazón le cierra;
la soledad es paz de su corona;
la compañía, sedición y guerra.

- CCVIII b -

A una dama de singular gracia y hermosura, que estuvo en Francia, y hablaba la lengua francesa con mucho donaire

Si en Francia, tan preciada de sus Pares,
no hallo, Manuela, par vuestra hermosura,
la ardiente rosa en vuestra nieve pura
blasones sean de España singulares.

De Orlando las hazañas militares,
si a vuestra luz probaran aventura,
mejor calificaran su locura,
cuando el vencido os dedicara altares.

Vuestra boca, riéndose, es aurora;

es francesa, si habla; y es Oriente
que con todas las Indias enamora.
Por vos la rosa castellana ardiente
en París fue gloriosa vencedora
del lirio de oro, que hoy la envidia ausente.

- CCIX a -

A unos hermosos ojos que vio al anochecer

(Soneto en toscano)

Diviso el sole partoriva il giorno,
languido nella tomba d'occidente;
risorse dal sepolchro il lume ardente
di bionde stelle coronato intorno.
Era di maestà imperiosa adorno
il mio signor, che co'l pensier cocente
la mia vita depreda egra, giacente,
per far incinerir il suo soggiorno.
La vita che dié al giorno, a me la tolse,
prodiga a lui di luce ed a me avara,
donna la amai, e riverilla dea.
Ligommi il core il biondo crin, che sciolse,
che dal suo sguardo ad esser crudo imparà,
e vedi fulminante Citherea.

- CCIX b -

**Indignación contra el amor, porque prendiendo con una hermosura una
libertad, deja libre la hermosura**

¿Tú, dios, tirano y ciego Amor? Primero
adorare por dios la sombra vana.
Hijo de aquella adúltera profana,
dudoso mayorazgo de un herrero;
viejo de tantos siglos embustero,
lampiño más allá de barba cana;
peste sabrosa de la vida humana,
pajarito de plumas de tintero.

¿Dejas libre a Floralba, y en sus manos
me prendes, donde ardiendo en nieve, enjugo
mis venas con incendios inhumanos?
Si quiere coger fruto, dios verdugo,
aprende a labrador de los villanos:
que dos novillos uncen en un yugo.

- CCX a -

Admírase de que Flora, siendo todo fuego y luz, sea todo hielo

Hermosísimo invierno de mi vida,
sin estuvo calor constante yelo,
a cuya nieve da cortés el cielo
púrpura en tiernas flores encendida;
esa esfera de luz enriquecida,
que tiene por estrella al dios de Delo,
¿cómo en la elemental guerra del suelo
reina de sus contrarios defendida?
Eres Scytia de l'alma que te adora,
cuando la vista, que te mira, inflama;
Etna, que ardientes nieves atesora.

Si lo frágil perdonas a la fama,
eres al vidrio parecida, Flora,
que siendo yelo, es hijo de la llama.

- CCXII -

**Filosofía con que intenta probar a un mismo tiempo puede un sujeto amar
a dos**

Si de cosas diversas la memoria
se acuerda, y lo presente y lo pasado
juntos la alivian y la dan cuidado,
y en ella son confines pena y gloria;
y si al entendimiento igual victoria
concede inteligible lo criado,
y a nuestra libre voluntad es dado
numerosa elección, y transitoria,
Amor, que no es potencia solamente,
sino la omnipotencia padecida
de cuanto sobre el suelo vive y siente,
¿por qué con dos incendios una vida
no podrá fulminar su luz ardiente
en dos diversos astros encendida?

- CCXIII a -

Verifica la sentencia de arriba en dos afectos suyos

Tal vez se ve la nave negra y corva
entre aquilón y el euro combatida;
y cuanto más del uno es impelida,

el otro con adverso mar la estorba.
De éste la saña de su frente torva
la embiste; aquél la calma; y, suspendida,
teme la gavia vela mal regida,
la quilla Euripo que voraz la sorba.
No de otra suerte entre Rosalba y Flora,
en naufragio amoroso distraído,
ardiente el corazón suspira y llora.
En dos afectos peno dividido;
y una hermosura espera vencedora
que dos triunfos alcance de un vencido.

- CCXIII b -

Amor que, sin detenerse en el efecto sensitivo, pasa al intelectual

Mandome, ¡ay Fabio!, que la amase Flora
y que no la quisiese; y mi cuidado,
obediente y confuso y mancillado,
sin desearla, su belleza adora.
Lo que el humano afecto siente y llora,
goza el entendimiento, amartelado
del espíritu eterno, encarcelado
en el claustro mortal que le atesora.
Amar es conocer virtud ardiente;
querer es voluntad interesada,
grosera y descortés caducamente.
El cuerpo es tierra, y lo será, y fue nada;
de Dios procede a eternidad la mente:
eterno amante soy de terna amada.

- CCXIV a -

**Es sentencia platónica que la armonía y contextura universal del mundo
con la del amor halla presunción amorosa**

Alma es del mundo Amor; Amor es mente
que vuelve en alta espléndida jornada
del sol infatigable luz sagrada,
y en varios cercos todo el coro ardiente;
espíritu fecundo y vehemente
con varonil virtud, siempre inflamada,
que en universal máquina mezclada
paterna actividad obra clemente.
Este, pues, burlador de los reparos,
que, atrevidos, se oponen a sus jaras,
artífice inmortal de afectos raros,
igualmente nos honra, si reparas;
pues si hace trono de tus ojos claros,
Flora en mi pecho tiene templo y aras.

- CCXIV b -

**Música consonancia del movimiento de unos ojos hermosos, imperceptible
al oído, como la música de los orbes celestiales**

Las luces sacras, el augusto día
que vuestros ojos abren sobre el suelo,
con el contento que se mueve el cielo,
en mi espíritu explican armonía.
No cabe en los sentidos melodía
imperceptible en el terreno velo;

mas del canoro ardor y alto consuelo
las cláusulas atienden l'alma mía.
Primeros mobles son vuestras esferas,
que arrebatan en cerco ardiente de oro
mis potencias absortas y ligeras.
Puedo perder la vida, no el decoro
a vuestras alabanzas verdaderas,
pues, religioso, alabo lo que adoro.

- CCXV a -

Majestuosa hermosura de semblante disimulado

Esa benigna llama y elegante,
que inspira amor, hermosa y elocuente,
la entiende l'alma, el corazón la siente,
aquélla docta y éste vigilante.
Los misterios del ceño y del semblante
y la voz del silencio que, prudente,
pronuncia majestad honestamente,
bien los descifra mi respeto amante.
Si supe conoceros y estimaros,
y al cielo merecí dicha de veros,
no os ofenda, señora, ya el miraros.
Yo ni os puedo olvidar ni mereceros;
pero si he de ofenderos con amaros,
no os pretendo obligar con no ofenderos.

- CCXV b -

A un caballero que se dolía del dilatarse la posesión de su amor

Quien no teme alcanzar lo que desea
da prisa a su tristeza y a su hartura:
la pretensión ilustra la hermosura,
cuanto la ingrata posesión la afea.
Por halagüeña dilación rodea
el que se dificulta su ventura,
pues es grosero el gozo y mal segura
la que en la posesión gloria se emplea.
Muéstrate siempre, Fabio, agradecido
a la buena intención de los desdenes,
y nunca te verás arrepentido.
Peor pierde los gustos y los bienes
el desprecio que sigue a lo adquirido,
que el imposible en adquirir, que tienes.

- CCXVI a -

Celebra a una dama poeta, llamada Antonia

Antes alegre andaba, agora apenas
alcanzo alivio, ardiendo aprisionado;
armas a Antandra aumento acobardado;
aire abrazo, agua aprieto, aplico arenas.
Al áspid adormido, a las amenas
ascuas acerco atrevimiento alado;
alabanzas acuerdo al aclamado
aspecto, a quien admira antigua Atenas.
Agora, amenazándome atrevido,
Amor aprieta aprisa arcos, aljaba;

aguardo al arrogante agradecido.
Apunta airado; al fin, amando, acaba
aqueste amante al árbol alto asido,
adonde alegre, ardiendo, antes amaba.

- CCXVI b -

Amante agradecido a las lisonjas mentirosas de un sueño

¡Ay, Floralba! Soñé que te... ¿Direlo?
Sí, pues que sueño fue: que te gozaba.
¿Y quién, sino un amante que soñaba,
juntara tanto infierno a tanto cielo?
Mis llamas con tu nieve y con tu yelo,
cual suele opuestas flechas de su aljaba,
mezclaba Amor, y honesto las mezclaba,
como mi adoración en su desvelo.
Y dije: «Quiera Amor, quiera mi suerte,
que nunca duerma yo, si estoy despierto,
y que si duermo que jamás despierte.»
Mas desperté del dulce desconcierto;
y vi que estuve vivo con la muerte,
y vi que con la vida estaba muerto.

- CCXVII a -

Venganza de la edad en hermosura presumida

Cuando tuvo, Floralba, tu hermosura,
cuantos ojos te vieron, en cadena,
con presunción, de honestidad ajena,

los despreció, soberbia, tu locura.
Persuadiote el espejo conjetura
de eternidades en la edad serena,
y que a su plata el oro en tu melena
nunca del tiempo trocaría la usura.
Ves que la que antes era, sepultada
yaces en la que vives; y, quejosa,
tarde te acusa vanidad burlada.
Mueres doncella, y no de virtuosa,
sino de presumida y despreciada:
esto eres vieja, esotro fuiste hermosa.

- CCXVII b -

A Flori, que tenía unos claveles entre el cabello rubio

Al oro de tu frente unos claveles
veo matizar, cruentos, con heridas;
ellos mueren de amor, y a nuestras vidas
sus amenazas les avisan fieles.
Rúbricas con piadosas y crueles,
joyas facinerosas y advertidas,
pues publicando muertes florecidas,
ensangrientan al sol rizos doseles.
Mas con tus labios quedan vergonzosos
(que no compiten flores a rubíes)
y pálidos después, de temerosos.
Y cuando con relámpagos te ríes,
de púrpura, cobardes, si ambiciosos,
marchitan sus blasones carmesíes.

- CCXVIII a -

Confusión de peligros contemplando la hermosura de quien los causa, y consuelo en el riesgo mayor

No lo entendéis, mis ojos, que ese cebo
que os alimenta es muerte disfrazada
que, de la vista de Silena airada,
con sed enferma, porfiado, bebo.
Sólo de mí os quejad, que sólo os llevo
donde la alma dejáis aprisionada,
peregrinando, ciegos, la jornada,
con más peligro cada vez que os muevo.
Si premio pretendéis, sois atrevidos;
y si no lo esperáis, desesperados;
cautivos si miráis, si lloráis tristes.
Bien os podéis contar con los perdidos;
pero podéis perderos consolados,
si la causa advertís por que os perdistes.

- CCXVIII b -

Inútil y débil victoria del amor, en el que ya es vencido amante

¡Mucho del valeroso y esforzado,
y viénoslo a mostrar en un rendido!
Bástame, Amor, haberte agradecido
penas, de que me puedo haber quejado.
¿Qué sangre de mis venas no te he dado?
¿Qué flecha de tu aljaba no he sentido?

Mira que la paciencia del sufrido
suele vencer las armas del airado.
Con otro de tu igual quisiera verte;
que yo me siento arder de tal manera,
que mayor fuera el mal de hacerme fuerte.
¿De qué sirve encender al que es hoguera,
si no es que quieres dar muerte a la Muerte,
introduciendo en mí que el muerto muera?

- CCLXV -

Que de Lisi el hermoso desdén fue la prisión de su alma libre

¿Qué importa blasonar del albedrío,
alma, de eterna y libre, tan preciada,
si va en prisión de un ceño, y, conquistada,
padece en un cabello señorío?
Nació monarca del imperio mío
la mente, en noble libertad criada;
hoy en esclavitud yace, amarrada
al semblante severo de un desvío.
Una risa, unos ojos, unas manos
todo mi corazón y mis sentidos
saquearon, hermosos y tiranos.
Y no tienen consuelo mis gemidos;
pues ni de su victoria están ufanos,
ni de mi perdición compadecidos.

- CCLXVI a -

Retrato no vulgar de Lisis

Crespas hebras, sin ley desenlazadas,
que un tiempo tuvo entre la manos Midas;
en nieve estrellas negras encendidas,
y cortésmente en paz de ella guardadas.
Rosas a abril y mayo anticipadas,
de la injuria del tiempo defendidas;
auroras en la risa amanecidas,
con avaricia del clavel guardadas.
Vivos planetas de animado cielo,
por quien a ser monarca Lisi aspira,
de libertades, que en sus luces ata.
Esfera es racional, que ilustra el suelo,
en donde reina Amor cuando ella mira,
y en donde vive Amor cuando ella mata.

- CCLXVI b -

**Padece ardiendo y llorando sin que le remedie la oposición de las
contrarias calidades**

Los que ciego me ven de haber llorado
y las lágrimas saber que he vertido,
admiran de que, en fuentes dividido
o en lluvias, ya no corra derramado.
Pero mi corazón arde admirado
(porque en tus llamas, Lisi, está encendido)
de no verme en centellas repartido,
y en humo negro y llamas desatado.
En mí no vencen largos y altos ríos
a incendios, que animosos me maltratan,

ni el llanto se defiende de sus bríos.
La agua y el fuego en mí de paces tratan;
y amigos son, por ser contrarios míos;
y los dos, por matarme, no se matan.

- CCLXVII a -

Procura cebar a la codicia en tesoros de Lisi

Tú, que la paz del mar, ¡oh navegante!,
molestas, codicioso y diligente,
por sangrarle las venas al Oriente
del más rubio metal, rico y flamante,
detente aquí; no pases adelante;
hártate de tesoros, brevemente,
en donde Lisi peina de su frente
hebras sutil en ondas fulminante.
Si buscas perlas, más descubre ufana
su risa que Colón en el mar de ellas;
si grana, a Tiro dan sus labios grana.
Si buscan flores, sus mejillas bellas
vencen la primavera y la mañana;
si cielo y luz, sus ojos son estrellas.

- CCLXVII b -

Ofrece a Lisi la primera flor que se abrió en el año

Esta, por ser, ¡oh Lisi!, la primera
flor que ha osado fiar de los calores
recién nacidas hojas y colores,

aventurando el precio a la ribera;
ésta, que estudio fue a la primavera,
y en quien se anticiparon esplendores
del sol, será primicia de las flores
y culto con que la alma te venera.

A corta vida nace destinada:
sus edades son horas; en un día
su parto y muerte el cielo ríe y llora.
Lógrese en tu cabello, respetada
del año; no mal logre lo que cría:
adquiera en larga vida eterna aurora.

- CCLXVIII a -

**Encomienda su llanto a Guadalquivir en su nacimiento, para que le lleve
a Lisi, donde va muy crecido**

Aquí, en las altas sierras de Segura,
que se mezclan zafir con el del cielo,
en cuna naces, líquida, de yelo,
y bien con majestad en tanta altura.
Naces, Guadalquivir, de fuente pura,
donde de tus cristales, leve el vuelo,
se retuerce corriente por el suelo,
después que se arrojó por peña dura.
Aquí el primer tributo en llanto envió
a tus raudales, porque a Lisi hermosa
mis lágrimas la ofrezcas con que creces;
mas temo, como a verlas llegas río,
que olvide tu corriente poderosa
el aumento que arroyo me agradeces.

- CCLXVIII b -

Comunicación de amor invisible por los ojos

Si mis párpados, Lisi, labios fueran,
besos fueran los rayos visuales
de mis ojos, que al sol miran caudales
águilas, y besaran más que vieran.
Tus bellezas, hidrópicos, bebieran,
y cristales, sedientos de cristales;
de luces y de incendios celestiales,
alimentando su morir, vivieran.
De invisible comercio mantenidos,
y desnudos de cuerpo, los favores
gozaran mis potencias y sentidos;
mudos se requebraran los ardores;
pudieran, apartados, verse unidos,
y en público, secreto, los amores.

- CCLXIX a -

**Afectos varios de su corazón, fluctuando en las ondas de los cabellos de
Lisi**

En crespa tempestad del oro undoso,
nada golfos de luz ardiente y pura
mi corazón, sediento de hermosura,
si el cabello deslaza generoso.
Leandro, en mar de fuego proceloso,
su amor ostenta, su vivir apura;

Icaro, en senda de oro mal segura,
arde sus alas por morir glorioso.
Con pretensión de fénix, encendidas
sus esperanzas, que difuntas lloro,
intenta que su muerte engendre vidas.
Avaro y rico y pobre, en el tesoro,
el castigo y la hambre imita a Midas,
Tántalo en fugitiva fuente de oro.

- CCLXIX b -

Ejemplos de otras llamas que parecen posibles. Comparadas a la suyas

Hago verdad la fénix en la ardiente
llama, en que renaciendo me renuevo;
y la virilidad del fuego pruebo,
y que es padre, y que tiene descendiente.
La salamandra fría, que desmiente
noticia docta, a defender me atrevo,
cuando en incendios, que sediento bebo,
mi corazón habita y no los siente.
Y porque un brazo sólo dio a la llama
Scévola, su valor y valentía
ocupa los autores y la fama.
Ventura es suya y desventura es mía:
pues ninguno me escribe ni me aclama,
teniendo en fuego la alma noche y día.

- CCLXX a -

Peligros de hablar y de callar, y lenguaje en el silencio

¿Cómo es tan largo en mí dolor tan fuerte,
Lisis? Si hablo y digo el mal que siento,
¿qué disculpa tendrá mi atrevimiento?
Si callo, ¿quién podrá excusar mi muerte?
Pues ¿cómo, sin hablarte podrá verte
mi vista y mi semblante macilento?
Voz tiene en el silencio el sentimiento:
mucho dicen las lágrimas que vierte.
Bien entiende la llama quien la enciende;
y quien los acusa, entiende los enojos;
y quien manda silencios, los entiende.
Suspiros, del dolor mudos despojos,
también la boca a razonar aprende,
como con llanto y sin hablar los ojos.

- CCLXX b -

**Comparación elegante de Hércules con sus penas, y del «non plus ultra»
de sus columnas, que desmintió el Rey Católico**

Si el cuerpo reluciente que en Oeta
se desnudó, en cenizas desatado
Hércules, y de celos fulminado
(ansí lo quiso Amor), murió cometa,
le volviera a habitar aquella inquieta
alma, que dejó el mundo descansando
de monstruos y portentos, y el osado
brazo armaran la clava y la saeta,
sólo en mi corazón hallará fieras,
que todos sus trabajos renovaran,

leones y centauros y quimeras.
El Non Plus Ultra suyo restauraran
su dos columnas, si en tus dos esferas,
Lisi, el fin de las luces señalaran.

- CCLXXI a -

El temor que tenía Lisi de los truenos

¿Temes, ¡oh Lisi!, a Júpiter Tonante,
y pálido tu sol sus llamas mira,
cuando Jove, del ceño de tu ira,
tiembla vencido y de querella amante?
Témale armado el pertinaz gigante
que a la conquista de su trono aspira;
y Juno, que celoso le suspira,
le tema ardiendo y en tu amor constante.
A ti el trueno es requiebro, si amenaza
el tirano, le atiende en el tesoro,
cuando su sien temor precioso enlaza.
Al roble baja en rayo y a ti en oro;
y si renueva Amor la antigua traza,
en lugar de tronar, bramará toro.

- CCLXXI b -

Náufrago amante entre desdenes

Molesta el Ponto Bóreas con tumultos
cerúleos y espumosos; la llanura
del pacífico mar se desfigura,

despedazada en formidables bultos.

De la orilla amenaza los indultos
que, blanda, le prescribe cárcel dura;
la luz del sol, titubeando obscura,
recela temerosa sus insultos.

Déjase a la borrasca el marinero;
a las almas de Tracia cede el lino;
gime la antena, y gime el pasajero.

Yo ansí, náufrago amante y peregrino,
que en borrasca de amor por Lisis muero,
sigo insano furor de alto destino.

- CCLXXII a -

Hermosura cruel y fastosa, y infeliz fortuna de amante

¿De cuál feral, de cuál furiosa Enío
informas el rigor de tus entrañas?

Y con el parto tuyo, ¿qué montañas
tu corazón infama, helado y frío?

¿De cuál tirano aprende señorío
las medidas que ostentas por hazañas?
Esas hermosas furias con que engañas,
¿por qué hipócritas son de afecto pío?
¿Por qué añades el ceño y los enojos,
si al paso que no pueden merecerte,
te siguen de tus triunfos los despojos?
El vencimiento de sobró en mi muerte;
y fue castigo y gloria el ver tus ojos,
cuando fue dicha y fue delito el verte.

- CCLXXII b -

Que amor de una vista se enciende y alimenta la llama

Quien bien supo una vez, Lisi, miraros
y quien pudo arribar a conoceros,
bien merece poder vivir sin veros,
y no poder morir si sabe amaros.
Ni supo veros, ni sabrá estimaros
quien más codicia ver esos luceros;
y quien os vio una vez, osa ofenderos
si otra procura para contemplaros.
Esas lumbres de amor, ricas y avaras,
o tiene las del cielo por centellas,
menores en ardor, si menos raras,
o juntó en vuestros ojos las estrellas
Naturaleza, o vuestras luces claras
dividió por los cielos para hacellas.

- CCLXXIII a -

**Que como su amor no fue sólo de las partes exteriores, que son mortales,
así también no lo será su amor**

Que vos me permitáis sólo pretendo,
y saber ser cortés y ser amante;
esquivo los deseos, y constante,
sin pretensión, a sólo amar atiendo.
Ni con intento de gozar ofendo
las deidades del garbo y de semblante;

no fuera lo que vi causa bastante,
si no se le añadiera lo que entiendo.
Llamáronme los ojos las facciones;
prendieronlos eternas jerarquías
de virtudes y heroicas perfecciones.
No verán de mi amor el fin los días:
la eternidad ofrece sus blasones
a la pureza de las ansías mías.

- CCLXXIII b -

Dice que su amor no tiene parte alguna terrestre

Por ser mayor el cerco de oro ardiente
del sol que el globo opaco de la tierra,
y menor que éste el que a la luna cierra
las tres caras que muestra diferente,
ya la vemos menguante, ya creciente,
ya en la sombra el eclipse nos la entierra;
mas a los seis planetas no hace guerra,
ni estrella fija sus injurias siente.
La llama de mi amor que está clavada
en el alto cenit del firmamento,
ni mengua en sombras ni se ve eclipsada.
Las manchas de la tierra no las siento:
que no alcanza su noche a la sagrada
región donde mi fe tiene su asiento.

- CCLXXIV a -

Amante culpable en todas sus acciones por desdichado

Diome el cielo dolor y diome vida;
el nombre, no los hechos, ha negado
de muerte a mi pasión, pues he quedado
vivo, y ella con nombre de homicida.
Amar, que fue locura bien nacida,
me castiga Fortuna por pecado:
siempre fue delincuente el desdichado:
si no le acusa Amor, Amor le olvida.
Yo persevero y dicen que porfío;
mis sacrificios llama robo el cielo,
cuando en prisión me tiene el albedrío.
Y así se extrema ya mi desconsuelo,
que hasta de breve muerte desconfío,
que hasta de larga vida me recelo.

- CCLXXIV b -

Amor impreso en el alma que dura después de las cenizas

Si hija de mi amor mi muerte fuese,
¡qué parto tan dichoso que sería
el de mi amor contra la vida mía!
¡Que gloria, que el morir de amar naciese!
Llevara yo en el alma adonde fuese
el fuego en que me abraso, y guardaría
su llama fiel con la ceniza fría
en el mismo sepulcro en que durmiese.
De esa otra parte de la muerte dura,
vivirán en mi sombra mis cuidados,

y más allá del Lethe mi memoria.
Triunfará del olvido tu hermosura;
mi pura fe y ardiente, de los hados;
y el no ser, por amar, será mi gloria.

- CCLXXV a -

Advierte con su peligro a los que leyeren sus llamas

Si fuere que, después, al postrer día
que negro y frío sueño desatare
mi vida, se leyere o se cantare
mi fatiga en amar, la pena mía;
cualquier que de talante hermoso fía
serena libertad, si me escuchare,
si en mi perdido error escarmentare,
deberá su quietud a mi porfía.
Atrás se queda, Lisi, el sexto año
de mi suspiro: yo, para escarmiento
de los que han de venir, paso adelante.
¡Oh en el reino de Amor huésped extraño!,
sé docto con la pena y el tormento
de un ciego, sin ventura, fiel amante.

- CCLXXV b -

Sepulcro de su entendimiento en las perfecciones de Lisi

En este incendio hermoso que, partido
en dos esferas breves, fulminando,
reina glorioso, y con imperio blando

autor es de un dolor tan bien nacido;
en esta nieve, donde está florido
mayo, los duros Alpes matizando;
en este Oriente, donde están hablando
por coral las sirenas del sentido;
debajo de esta piedra endurecida,
en quien mi afecto está fortificado
y quedó mi esperanza convertida,
yace mi entendimiento fulminado.
Si es su inscripción mi congojosa vida,
dentro del cielo viva sepultado.

- CCLXXVI a -

Recuerdo que de la felicidad perdida atormenta

Aquí, donde su curso, retorcido,
de parlero cristal, Henares santo,
en la esmeralda de su verde manto
ya engastándose va, y ya escondiendo,
sentí, molesta soledad viviendo,
de engañosa sirena docto canto,
que, blanda y lisonjera, pudo tanto,
que lo que lloro yo, lo está riendo.
Luego mi lira y voz al monte hueco
tu nombre, Lisa esquiva, le enseñaron,
y fue piadoso en repetirle el eco.
Ya todos estos bienes se pasaron
y a mis labios dejaron sólo en trueco
un «¡Ay, que fueron!» «¡Ay, que se acabaron!»

- CCLXXVI b -

Exhorta a Lisi a efectos semejantes de la víbora

Esta víbora ardiente, que, enlazada,
 peligros anudó de nuestra vida,
lúbrica muerte en círculos torcida,
arco que se vibró flecha animada,
 hoy, de médica mano desatada,
la que en sedienta arena fue temida,
 su diente contradice, y la herida
que ardiente derramó, cura templada.

Pues tus ojos también con muerte hermosa
 miran, Lisi, al rendido pecho mío,
templa tal vez su fuerza venenosa;
desmiente tu veneno ardiente y frío;
aprende de una sierpe ponzoñosa:
que no es menos dañoso tu desvío.

- CCLXXVII -

Retrato de Lisi que traía en una sortija

En breve cárcel traigo aprisionado,
con toda su familia de oro ardiente,
el cerco de la luz resplandeciente,
y grande imperio del Amor cerrado.
Traigo el campo que pacen estrellado
 las fieras altas de la piel luciente;
y a escondidas del cielo y del Oriente,

día de luz y parto mejorado.

Traigo todas las Indias en mi mano,
perlas que, en un diamante, por rubíes,
pronuncian con desdén sonoro yelo,
y razonan tal vez fuego tirano
relámpagos de risa carmesíes,
auroras, gala y presunción del cielo.

- CCLXXVIII -

Goza el campo de primavera templada y no el corazón enamorado

Ya tituló al verano ronca seña;
vuela la grulla en letra, y con las alas
escribe el viento y, en parleras galas,
Progne cantora su dolor desdeña.
Semblante azul y alegre el cielo enseña,
limpio de nubes y impresiones malas;
y si a estruendo marcial despierta Palas,
Flora convida al sueño en blanda greña.
La sed aumenta el sol, creciendo el día;
de la cárcel el yelo desatado,
templa el arroyo el ruido en armonía.
Yo solo, ¡oh Lisi!, a pena destinado,
y en encendido invierno l'alma mía,
ardo en la nieve y yélome abrasado.

- CCLXXIX a -

Imagina hacer un infierno para Lisi, en correspondencia del infierno de amor que ya ella le había hecho

Alimenté tu saña con la vida
que en eterno dolor calificaste,
¡oh Lisi!; tanto amé como olvidaste:
yo tu idolatra fui, tú mi homicida.
¿Cómo guarecerá fe tan perdida
y el corazón que, ardiente, despreciaste?
Siendo tu gloria tú, le condenaste,
y ni de ti blasfema ni se olvida.
Mas para ti fabricará un infierno
y pagarán tus ansias mis enojos,
pues negaste piedad al llanto tierno.
Arderán tu victoria y tus despojos;
y así, fuego el Amor nos dará eterno:
a ti en mi corazón, a mí en tus ojos.

- CCLXXIX b -

Niega al amor ser deidad, sino esclavo de Lisi

Quédate a Dios, Amor, pues no lo eres;
que servir a quien sirve es vil locura.
Esclavo eres de Lisi en prisión dura,
¿y qué te sirva yo de esclavo quieres?
Ni templo habites ni holocausto esperes,
pues yaces, sacrificio a la hermosura
de aquella vista que me abrasa pura,
donde, ardiendo, con flechas y arco mueres.
El virote, que fue peso a tu aljaba,
en tu cuello te muestre fugitivo,

de humana majestad, deidad esclava.
Cierra el palacio, en otro tiempo altivo;
forje grillos tu padre, que forjaba
para tu enojo el rayo vengativo.

- CCLXXX a -

**Persevera en las quejas de su dolor y advierte a Lisi del inútil
arrepentimiento que viene de la hermosura pasada**

En una vida de tan larga pena,
y en una muerte, Lísida, tan grave,
bien sé lo que es amar, y Amor lo sabe;
no sé lo que es amor, y Amor lo ordena.
Esa serena frente, esa sirena,
para mayor peligro, más suave,
¿siempre escarmientos cantará a mi nave?
¿Nunca propicia aplaudirá a su antena?
¿No ves que si halagüeñas tiranías
me consumen, que, mustio, cada instante
roba tu primavera en horas frías,
y al ya rugado cárdeno semblante,
que mancillan los pasos de los días,
no volverá a su flor ni amor ni amante?

- CCLXXX b -

Amante ausente escoge por maestro de su amor la piedra imán

Esta, que duramente enamorada,
piedra, desde la tierra galantea

al Norte, que en el cielo señoera
con fija luz la redondez sagrada;
ésta, que sabe amar tan apartada,
maestro de mi amor ausente sea;
y al éxtasi que tiene por tarea,
imite l'alma en astros abrasada.
Y pues sabe del Ponto en la llanura
diferenciar las sendas, y del viento
regula en breve cerco la locura,
enseñe a navegar mi pensamiento;
porque de la atención a su luz pura
no le aparten suspiros ni lamento.

- CCLXXXI a -

Amor de sola una vista nace, vive, crece y se perpetua

Diez años de mi vida se ha llevado
en veloz fuga y sorda el sol ardiente,
después que en tus dos ojos vi el Oriente,
Lísida, en hermosura duplicado.
Diez años en mis venas he guardado
el dulce fuego que alimento, ausente,
de mi sangre. Diez años en mi mente
con imperio tus luces han reinado.
Basta ver una vez grande hermosura;
que una vez vista, eternamente enciende,
y en l'alma impresa eternamente dura.
Llama que a la inmortal vida trasciende,
ni teme con el cuerpo sepultura,

ni el tiempo la marchita ni la ofende.

- CCLXXXI b -

Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, de esa otra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

- CCLXXXII a -

Rendimiento de amante desterrado que se deja en poder de su tristeza

Estas son y serán ya las postreras
lágrimas que, con fuerza de voz viva,
perderé en esta fuente fugitiva,
que las lleva a la sed de tantas fieras.
¡Dichoso yo que, en playas extranjeras,
siendo alimento a pena tan esquiva,

halle muerta piadosa, que derriba
tanto vano edificio de quimeras!
Espíritu desnudo, puro amante,
sobre el sol arderé, y el cuerpo frío
se acordará de Amor en polvo y tierra.
Yo me seré epitafio al caminante,
pues le dirá, sin vida, el rostro mío:
«Ya fue gloria de Amor hacerme guerra.»

- CCLXXXII b -

Solicitud de su pensamiento enamorado y ausente

¿Qué buscas, porfiado pensamiento,
ministro sin piedad de mi locura,
invisible martirio, sombra oscura,
fatal persecución del sufrimiento?
Si del largo camino estás sediento,
mi vista bebe, su corriente apura;
si te promete albricias la hermosura
de Lisi, por mi fin, vuelve contento.
Yo muero, Lisi, preso y desterrado;
pero si fue mi muerte la partida,
de puro muerto estoy de mí olvidado.
Aquí para morir me falta vida,
allá para vivir sobró cuidado:
fantasma soy en penas detenida.

- CCLXXXIII a -

Amante desesperado del premio y obstinado en amar

¡Qué perezosos pies, qué entretenidos
pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me largan los engaños
y en mí se escandalizan los perdidos.
Mis ojos no se dan por entendidos;
y por descaminar mis desengaños,
me disimulan la verdad los años
y les guardan el sueño a los sentidos.
Del vientre a la prisión vine en naciendo;
de la prisión iré al sepulcro amando,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.
Cuantos plazos la muerte me va dando,
prolijidades son, que va creciendo,
porque no acabe de morir penando.

- CCLXXXIII b -

A los ojos de Lisi, volviendo de larga ausencia

Bien pueden alargar la vida al día,
suplir el sol, sustituir la aurora,
disimular la noche a cualquier hora,
vuestrós hermosos ojos, Lisa mía.
Son de fuego y de luz gran monarquía,
donde imperios confines atesora
el dios que, con la llama vengadora,
castiga, y no escarmienta, la osadía.
A verlos vuelvo, si posible ha sido
que truje alma de allá, donde quedaron,

o que pueda volver vivo un ausente.
Serame, por lo menos, concedido
que esto, si es algo, que de mí dejaron,
lo miren reducido a sombra ardiente.

- CCLXXXIV a -

A una niña muy hermosa que dormía en las faldas de Lisi

Descansa en sueño, ¡oh tierno y dulce pecho!,
seguro(¡ay, cielo!) de mi enojo ardiente,
mostrándote dichoso y inocente,
pues duermes, y no velas, en tal lecho.
Bien has a tu cansancio satisfecho,
si menor sol, es más hermoso Oriente,
en tanto que mi espíritu doliente
de envidia de mirarte está deshecho.
Sueña que gozas del mayor consuelo
que la Fortuna pródiga derrama;
que el precio tocas que enriquece al suelo;
que habitas fénix más gloriosa llama;
que tú eres ángel, que tu cama es cielo,
y nada será sueño en esa cama.

- CCLXXXIV b -

**Exhorta a los que amaren, que no sigan los pasos por donde ha hecho su
viaje**

Cargado voy de mí: veo delante
muerte que me amenaza la jornada;

ir porfiando por la senda errada
más de necio será que de constante.
Si por su mal me sigue ciego amante
(que nunca es sola suerte desdichada),
¡ay!, vuelva en sí y atrás: no dé pisada
donde la dio tan ciego caminante.
Ved cuán errado mi camino ha sido;
cuán solo y triste, y cuán desordenado,
que nunca así le anduvo pie perdido;
pues, por no desandar lo caminado,
viendo delante y cerca fin temido,
con pasos que otros huyen le he buscado.

- CCLXXXV a -

Lamentación amorosa y postrero sentimiento del amante

No me aflige morir; no he rehusado
acabar de vivir, ni he pretendido
alargar esta muerte que ha nacido
a un tiempo con la vida y el cuidado.
Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido;
desierto un corazón siempre encendido,
donde todo el Amor reinó hospedado.
Señas me da mi ardor de fuego eterno,
y de tan larga y congojosa historia
sólo será escritor mi llanto tierno.
Lisi, estáme diciendo la memoria
que, pues tu gloria la padezco infierno,

que llame al padecer tormentos, gloria.

- CCLXXXV b -

Muestra el haber seguido el error de otro amante que había sido primero

Por yerta frente de alto escollo, osado,
con pie dudoso, ciegos pasos guío;
sigo la escasa luz del fuego mío,
que avara alumbra, habiéndome abrasado.

Cae del cielo la noche, y al cuidado
presta engañosa paz el sueño frío;
llévame a yerma orilla de alto río,
y busco por demás o puente o vado.
En muda senda, oscuro peregrino,
sigo pisadas de otro sin ventura,
que para mi dolor perdió el camino;
cuando elocuente, Lisi, tu hermosura
califica en tu luz mi desatino
y en tus merecimientos mi locura.

- CCLXXXVI a -

Obstinado padecer sin intercadencia de alivio

Colora abril el campo que mancilla
agudo yelo y nieve desatada
de nube obscura y yerta, y, bien pintada,
ya la selva lozana en torno brilla.
Los términos descubre de la orilla,
corriente, con el sol desenojada;

y la voz del arroyo, articulada
en guijas, llama l'aura a competilla.
Las últimas ausencias del invierno
anciana seña son de las montañas,
y en el almendro, aviso al mal gobierno.
Sólo no hay primavera en mis entrañas,
que habitadas de Amor arden infierno,
y bosque son de flechas y guadañas.

- CCLXXXVI b -

**Astrología del cielo de Lisi, con ocasión de tener un perro en las manos
arrimado al rostro**

También tiene el Amor su astrología,
que acredita en efectos verdadera,
juzgando por tu cielo, en cuya esfera
rigen familia ardiente noche y día.
En ella, la dorada monarquía
más eficaz influye y reverbera:
es tu desdén constelación severa,
y tu favor la que es benigna envía.
Siempre con duplicado Sirio cueces
las entrañas, haciendo hervir los mares
y nadar llamas húmidas los peces.
Dos soles, que confinan en lugares,
miro en el Can, y, con la luz que creces,
multiplica el Amor caniculares.

- CCLXXXVII a -

Metafórica expresión de su afecto amoroso hasta consumada alegoría

Si hermoso el lazo fue, si dulce el cebo,
fue tirana la red, la prisión dura;
esto a mi suerte, aquello a tu hermosura,
preso, y amante, Lísida, les debo.
El lazo me envidiaron Jove y Febo;
Amor, del cebo, envidia la dulzura;
la red y la prisión mi desventura
crece; yo las adoro y las renuevo.
Yo las adoro y nunca las padezco;
y en la red y prisiones amarrado,
lo que viví sin ellas aborrezco.
Igualmente gozoso y abrasado
la llama adoro y el incendio crezco:
¡tan alto precio tiene mi cuidado!

- CCLXXXVII b -

**Continúa la significación de su amor con la hermosura que le causa,
reduciéndole a doctrina platónica**

Lisi, por duplicado ardiente Sirio
miras con guerra y muerte l'alma mía;
y en uno y otro sol abres el día,
influyendo en la luz dulce martirio.
Doctas sirenas en veneno tirio
con tus labios pronuncian melodía;
y en incendios de nieve hermosa y fría,
adora primaveras mi delirio.
Amo y no espero, porque adoro amando;

ni mancha al amor puro mi deseo,
que cortés vive y muere idolatrando.
Lo que conozco y no lo que poseo
sigo, sin presumir méritos, cuando
prefiero a lo que miro lo que creo.

- CCLXXXVIII a -

Persevera en la exageración de su afecto amoroso y en el exceso de su padecer

En los claustros de l'alma la herida
yace callada; más consume, hambrienta,
la vida, que en mis venas alimenta
llama por las medulas extendida.
Bebe el ardor, hidrópica, mi vida,
que ya, ceniza amante y macilenta,
cadáver del incendio hermoso, ostenta
su luz en humo y noche fallecida.
La gente esquivo y me es horror el día;
dilato en largas voces negro llanto,
que a sordo mar mi ardiente pena envía.
A los suspiros di la voz del canto;
la confusión inunda l'alma mía;
mi corazón es reino del espanto.

- CCLXXXVIII b -

Prosigue en el mismo estado de sus afectos

Amor me ocupa el seso y los sentidos;

absorto estoy en éxtasi amoroso;
no me concede tregua ni reposo
esta guerra civil de los nacidos.
Explayose el raudal de mis gemidos
por el grande distrito y doloroso
del corazón, en su penar dichoso,
y mis memorias anegó en olvidos.
Todo soy ruinas, todo soy destrozos,
escándalo funesto a los amantes,
que fabrican de lástimas sus gozos.
Los que han de ser, y los que fueron antes,
estudien su salud en mis sollozos,
y envidien mi dolor, si son constantes.

- CCLXXXIX a -

Pide al amor que, siquiera ya por inútil, le despida

Ya que pasó mi verde primavera,
Amor, en tu obediencia l'alma mía;
ya que sintió mudada en nieve fría
los robos de la edad mi cabellera;
pues la vejez no puede, aunque yo quiera,
tarda, seguir tu leve fantasía,
permite que mi cuerpo, en algún día,
cuando lástima no, desprecio adquiera.
Si te he servido bien, cuando cansado
ya no puedo, ¡oh Amor!, por lo servido,
dame descanso, y quedará premiado.
Concédeme algún ocio, persuadido

a que, estando de Lisi enamorado,
no le querré acertar, aunque le pido.

- CCLXXXIX b -

Desea, para descansar, el morir

Mejor vida es vivir que vivir muerto,
¡oh piedad!; en ti cabe gran fiereza,
pues mientes, apacible, tu aspereza
y detienes la vida al pecho abierto.
El cuerpo, que de l'alma está desierto
(ansí lo quiso Amor de alta belleza),
de dolor se despueble y de tristeza:
descanse, pues, de mármoles cubierto.

En mí la crueldad será piadosa
en darme muerte, y sólo el darme vida
piedad será tirana y rigurosa.

Y ya que supe amar esclarecida
virtud, siempre triunfante, siempre hermosa,
tenga paz mi ceniza presumida.

- CCXC a -

Artificiosa evasión de la muerte, si valiera

Pierdes el tiempo, Muerte, en mi herida,
pues quien no vive no padece muerte;
si has de acabar mi vida, has de volverte
a aquellos ojos donde está mi vida.

Al sagrado en que habita retraída,

aun siendo sin piedad, no has de atreverte;
que serás vida, si llegase a verte,
y quedarás de ti desconocida.
Yo soy ceniza que sobró a la llama;
nada dejó de consumir el fuego
que en amoroso incendio se derrama.
Vuélvete al miserable, cuyo ruego,
por descansar en su dolor, te llama:
que lo que yo no tengo, no lo niego.

- CCXC b -

Amante apartado, pero no ausente, amador de la hermosura del alma, sin otro deseo

Puedo estar apartado, mas no ausente;
y en soledad, no solo; pues delante
asiste el corazón, que arde constante
en la pasión, que siempre está presente.
El que sabe estar solo entre la gente,
se sabe solo acompañar: que, amante,
la semblanza de aquel bello semblante
a la imaginación se le consiente.
Yo vi hermosura y penetré la alteza
de virtud soberana en mortal velo:
adoro l'alma, admiro la belleza.
Ni yo pretendo premio, ni consuelo;
que uno fuera soberbia, otro vileza:
menos me atrevo a Lisi, pues, que al cielo.

- CCXCI a -

Refiere la edad de su amor, y que no es trofeo del poder del que llaman Dios, sino de la hermosura de Lisi

Hoy cumple amor en mis ardientes venas
veinte y dos años, Lisi, y no parece
que pasa día por él; y siempre crece
el fuego contra mí, y en mí las penas.
Veinte y dos años ha que estas cadenas
el corazón idólatra padece;
y si tal vez el pie las estremece
oigo en sus eslabones mis sirenas.
Si Amor presume que su fuerza dura
tiene mi libertad en tal estado,
véngase a mí sin tu belleza pura;
que yo le dejaré desengañado
de que el poder asiste en tu hermosura,
y en él un nombre ocioso y usurpado.

- CCXCI b -

Laméntase, muerta Lisi, de la vida, que le impide el seguirla

¿Cuándo aquel fin a mí vendrá forzoso,
pues por todas las vidas se pasea,
que tanto el desdichado le desea
y que tanto le teme el venturoso?
La condición del hado desdeñoso
quiere que le codicie y no le vea:
el descanso le envidia a mi tarea
parasismo y sepulcro perezoso.

Quiere el Tiempo engañarme lisonjero,
 llamando vida dilatar la muerte,
 siendo morir el tiempo que la espero.
 Celosa debo de tener la suerte,
pues viendo, ¡oh, Lisi!, que por verte muero,
 con la vida me estorba el poder verte.

- CDXV -

Encarece los años de una vieja niña

«Antes que el repelón» eso fue antaño:
 ras con ras de Caín; o, por lo menos,
 la quijada que cuentan los morenos
 y ella, fueron quijadas en un año.
 Sécula seculorum es tamaño
muy niño, y el Diluvio con sus truenos;
 ella y la sierpe son ni más ni menos;
y el rey que dicen que rabió, es hogaño.
No había a la estaca preferido el clavo,
 ni las dueñas usando conejiles;
es más vieja que «Préstame un ochavo».
 Seis mil años le lleva a los candiles;
 y si cuentan su edad de cabo a cabo,
puede el guarismo andarse a buscar miles.

- CDXVI a -

A un hombre de gran nariz

Érase un hombre a una nariz pegado,

érase una nariz superlativa,
érase una alquitara medio viva,
érase un peje espada mal barbado;
era un reloj de sol mal encarado,
érase un elefante boca arriba,
érase una nariz sayón y escriba,
un Ovidio Nasón mal narigado.
Érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era;
érase un naricísimo infinito,
frisón archinariz, caratulera,
sabañón garrafal, morado y frito.

- CDXVI b -

**La Plaza de Madrid, cuando nueva, envidia la ventura que cuando vieja
había tenido**

Mientras que fui tabiques y desvanes,
desigual en cimiento y azotea,
tela fina en lacayos fue librea:
ya no me puedo hartar de tafetanes.
Hoy, hermosa, me faltan los galanes,
y el silbo bien bebido me torea;
yo tuve la ventura de la fea,
como la pronostican los refranes.
Tan sola siempre, tan a pie me hallo,
que, vueltos en andrajos los rejonés,
tengo el fuego de Troya, no el caballo.
Los bravos son mis altos y escalones;

no los toros, pues tengo, y no los callo,
más hombres en terrados que en balcones.

- CDXVII a -

A las sillas de mano cuando van acompañadas de muchos gentilhombres

Ya los pícaros saben en Castilla
cuál mujer es pesada y cuál liviana,
y los bergantes sirven de romana
al cuerpo que con más diamantes brilla.

Ya llegó a tabernáculo la silla,
y, cristalina, el hábito profana
de la custodia, y temo que mañana
añadirá a las hachas campanilla.

Al trono en correones, las banderas
ceden en hacer gente, pues que toda
la juventud ocupan en hileras.

Una silla es pobreza de una boda,
pues, empeñada en oro y vidrieras,
antes la honra que el chapín se enloda.

- CDXVII b -

Mujer puntiaguda con enaguas

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?;

si pirámide andante, vete a Egipto;

si peonza al revés, trae sobrescrito;

si pan de azúcar, en Motril te encajo.

Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?

Si de disciplínate mal contrito
eres el cucurucho y el delito,
llámente los cipreses arrendajo.
Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?
Si cubilete, saca el testimonio;
si eres coraza, encájate en las viejas.
Si buida visión de San Antonio,
llámate doña Embudo con guedejas;
si mujer, da esas faldas al demonio.

- CDXVIII a -

Hastío de un casado al tercer día

Anteayer nos casamos; hoy querría,
doña Pérez, saber ciertas verdades:
decidme, ¿cuánto número de edades
enfunda el matrimonio en sólo un día?
Un anteayer, soltero ser solía,
y hoy, casado, un sin fin de Navidades
han puesto dos marchitas voluntades
y más de mil antaños en la mía.
Esto de ser marido un año arreo,
aun a los azacanes empalaga:
todo lo cotidiano es mucho y feo.
Mujer que dura un mes, se vuelve plaga;
aun con los diablos fue dichoso Orfeo,
pues perdió la mujer que tuvo en paga.

- CDXVIII b -

Casamiento ridículo

Trataron de casar a Dorotea
los vecinos con Jorge el extranjero,
de mosca en masa gran sepulturero
y el que mejor pasteles aporrea.
Ella es verdad que es vieja, pero fea;
docta en endurecer pelo y sombrero;
faltó el ajuar, y no sobró dinero,
mas trújole tres dientes de librea.
Porque Jorge después no se alborote
y tabique ventanas y desvanes,
hecho tiesto de cuernos el cogote,
con un guante, dos moños, tres refranes
y seis libras de zarza, llevó en dote
tres hijas, una suegra y dos galanes.

- CDXIX a -

Prefiere la hartura y sosiego mendigo a la inquietud magnífica de los poderosos

Mejor me sabe en un cantón la sopa,
y el tinto con la mosca y la zurrapa,
que al rico, que se engulle todo el mapa,
muchos años de vino en ancha copa.
Bendita fue de Dios la poca ropa,
que no carga los hombros y los tapa;
más quiero menos sastre que más capa:
que hay ladrones de seda, no de estopa.
Llenar, no enriquecer, quiero la tripa;

lo caro trueco a lo que bien me sepa:
somos Píramo y Tisbe yo y mi pipa.
Más descansa quien mira que quien trepa;
regüeldo yo cuando el dichoso hipa,
él asido a Fortuna, yo a la cepa.

- CDXIX b -

**Túmulo de la mujer de un avaro que vivió libremente, donde hizo esculpir
un perro de mármol llamado «Leal»**

Yacen en esta rica sepultura
Lidio con su mujer Helvidia Pada,
y por tenerla solo, aunque enterrada,
al cielo agradeció su desventura.
Mandó guardar en esta piedra dura
la que, de blanda, fue tan mal guardada;
y que en memoria suya, dibujada
fuese de aquel perrillo la figura.
Leal el perro que miráis se llama,
pulla de piedra al tálamo inconstante,
ironía de mármol a su fama.
Ladró al ladrón, pero calló al amante;
así agrado a su amo y a su ama:
no le pises, que muerde, caminante.

- CDXX a -

Epitafio de una dueña, que idea también puede ser de todas

Fue más larga que paga de tramposo;

más gorda que mentira de indiano;
más sucia que pastel en el verano;
más necia y presumida que un dichoso;
más amiga de pícaros que el coso;
más engañosa que el primer manzano;
más que un coche alcahueta; por lo anciano,
más pronosticadora que un potroso.
Más charló que una azuda y una aceña,
y tuvo más enredos que una araña;
más humos que seis mil hornos de leña.
De mula de alquiler sirvió en España,
que fue buen noviciado para dueña:
y muerta pide, y enterrada engaña.

- CDXX b -

Desnuda a la mujer de la mayor parte ajena que la compone

Si no duerme su cara con Filena,
ni con sus dientes come, y su vestido
las tres partes le hurta a su marido,
y la cuarta al aceite le cercena;
si entera con él come y con él cena,
mas debajo del lecho mal cumplido,
todo su bulto esconde, reducido
a chapinzanco y moño por almena,
¿por qué te espantas, Fabio, que, abrazado,
a su mujer, la busque y la pregone,
si, desnuda, se halla descasado?
Si cuentas por mujer lo que compone

a la mujer, no acuestes a tu lado
la mujer, sino el fardo que se pone.

- CDXXI a -

A una fea, y espantadiza de ratones

¿Lo que al ratón tocaba, si te viera,
haces con el ratón, cuando, espantada,
huyes y gritas, siendo, bien mirada,
en limpiezas y en trampas ratonera?
Juzgara, quien huyendo de él te viera,
eras de queso añejo fabricada;
y con razón, que estás tan arrugada,
que pareces al queso por de fuera.
¿Quién pensó (por si así tu espanto abones)
que coman solimán, que, atenta, guardas
el que en tu cara juntas a montones?
¿Saltan huyendo quieres aun las bardas,
cuando en roer no piensan los ratones
tu tez de lana sucia de las cardas?

- CDXXI b -

Al tabaco en polvo, doctor a pie

¡Oh doctor yerba, docto sin Galeno,
barato sin barbero y sin botica,
en donde el bote suele ser de pica
para el que malo está, y aun para el bueno!
Tú, que sin mula vas, de virtud lleno,

a la nariz del pobre que te aplica,
que no orinal ni pulso te platica,
ni el que con barba y guantes es veneno,
como el oro (por Indias graduado,
sin el martirologio de la vida,
de sólo en papelillo acompañado),
hoy medicina a la otra preferida.
¡Cuánto va, si se mira con cuidado,
de la que es moledora, a la molida!

- CDXXII a -

Desacredita la presunción vana de los cometas

A venir el cometa por coronas,
ni clérigo ni fraile nos dejara,
y el tal cometa irregular quedara
en el ovillo de las cinco zonas.
Tiénenle, sin por qué, las más personas
por malquisto del cetro y la tiara,
y he visto gran cometa de luz clara
no hartarse de lacayos y fregonas.
Yo he visto diez cometas veniales,
a quien, desesperados, los doctores
maldijeron, porque eran cordiales.
Tres cometas he visto de aguadores,
uno de ricos, siete de oficiales,
y ninguno de suegras y habladores.

- CDXXII b -

Mañoso artificio de vieja desdentada

Quéjaste, Sara, de dolor de muelas,
porque juzguemos que las tienes, cuando
te duelen por ausentes, y, mamando,
bocados sorbes y los sorbos cueles.
De las encías quiero que te duelas,
con que estás el jigote aporreando;
no lames sacamuelas: ve buscando,
si les puedes hallar, un sacaabuelas.
Tu risa es, más que alegre, delincuente;
tienes sin huesos pulpas las razones,
y el raigón del mascar, lugarteniente.
No es malo, en amorosas ocasiones,
el no poder jamás estar a diente,
aunque siempre te falten los varones.

- CDXXIII a -

Calvo que no quiere encabellarse

Pelo fue aquí, en donde calavero;
calva no sólo limpia, sino hidalga;
háseme vuelto la cabeza nalga:
antes greguescos pide que sombrero.
Si, cual Calvinio soy, fuera Lutero,
contra el fuego no hay cosa que me valga;
ni vejiga o melón que tanto salga
el mes de agosto puesta al resistero.
Quiérenme convertir a cabelleras

los que en Madrid se rascan pelo ajeno,
repelando las otras calaveras.
Guedeja réquiem siempre la condeno;
gasten caparazones sus molleras:
mi comezón resbale en calvatrueno.

- CDXXIII b -

Calvo que se disimula con no ser cortés

Catalina, una vez que mi mollera
se arremangó, la sucedió... ¿Direlo?
Sí, que no se la pudo cubrir pelo,
si no se da a casquete o cabellera.
Desenvainado el casco, reverbera;
casco parece ya de morteruelo;
y, por cubrirle, a descortés apelo,
porque en sombrero perdurable muera.
Porque la calva oculta quede en salvo,
aventuro la vida, que yo quiero
antes mil veces ser muerto que calvo.
Yo no he de cabellar por mi dinero;
y pues de la mollera soy cuatralbo,
sírrame de cabeza mi sombrero.

- CDXXIV a -

Felicidad barata y artificiosa del pobre

Con testa gacha toda charla escucho;
dejo la chanza y sigo mi provecho;

para vivir, escóndome y acecho,
y visto de paloma lo avechicho.
Para tener, doy poco y pido mucho;
si tengo pleito, arrímome al cohecho;
ni sorbo angosto ni me calzo estrecho:
y cárame que soy hombre machucho.
Niego el antaño, píntome el mostacho;
pago a Silvia el pecado, no el capricho;
prometo y niego: y cárame muchacho.
Vivo pajizo, no visito nicho;
en lo que ahorro está mi buen despacho:
y cárame dichoso, hecho y dicho.

- CDXXIV b -

Burlase de la astrología de los eclipses

¿Porqué el sol se arreboza con la luna
en la cabeza horrible del severo
dragón, pretendes, pérfido agorero,
amenazar de túmulo a la cuna?
El metal de sus rayos importuna
tu ciencia, con examen de platero,
cuando eclipsarse el sol en el Carnero
influye calidad sólo ovejuna.
Hoy se eclipsa en Carnero, y otro día
se eclipsará de viernes en los Peces,
signo Corvillo en buena astrología.
Eclipses hay picaños y soeces,
amigos de canalla y picardía:

que no son linajudos todas veces.

- CDXXV a -

Bebe vino precioso con mosquitos dentro

Tudescos moscos de los sorbos finos,
caspa de las azumbres más famosas,
que porque el fuego tiene mariposas,
queréis que el mosto tenga marivinos;

aves luquetes, átomos mezquinos,
motas borrachas, pájaras vinosas,
pelusas de los vinos envidiosas,
abejas de la miel de los tocinos;
liendres de la vendimia, yo os admito
en mi gaznate, pues tenéis por sogá
al nieto de la vid, licor bendito.

Tomá en el trago hacia mi nuez la boga;
que, bebiéndoos a todos, me desquito
del vino que bebistes y os ahoga.

- CDXXV b -

Al mosquito de la trompetilla

Ministril de las ronchas y picadas,
mosquito postillón, mosca berbero,
hecho me tienes el testuz harnero,
y deshecha la cara a manotadas.

Trompetilla que toca a bofetadas,
que vienes con rejón contra mi cuero,

Cupido pulga, chinche trompetero,
que vuelas comezones amoladas,
¿por qué me avisas, si picarme quieres?
Que pues que das dolor a los que cantas,
de casta y condición de potras eres.
Tú vuelas, y tú picas, y tú espantas,
y aprendes del cuidado y las mujeres
a malquistar el sueño con las mantas.

- CDXXVI a -

**Un enfermo a quien los médicos fatigan con la dieta, se burla de su
regimiento**

Si vivas estas carnes y estas pieles
son bodegón del comedor rascado,
que, al pescuezo y al hombro convidado,
hace de mi camisa sus manteles;
si emboscada en jergón y en arambeles
no hay chinche que no alcance algún bocado,
refitorio de sarna dedicado
a boticario y médicos crueles,
hijo de puta, dame acá esa bota:
bebereme los ojos con las manos,
y túllanse mis pies de bien de gota.
Fríeme retacillos de marranos;
venga la puta y tárdesese la flota:
y sorba yo, y ayunen los gusanos.

- CDXXVI b -

A un tratado impreso que un hablador espeluznado de prosa hizo en culto

Leí los rudimentos de la aurora,
los esplendores lánguidos del día,
la pira y el construye y ascendía,
y lo purpurizante de la hora;
el múrice, y el tirio, y el colora,
el sol cadáver, cuya luz yacía,
y los borrones de la sombra fría,
corusca luna en ascua que el sol dora;
la piel del cielo cóncavo arrollada,
el trémulo palor de enferma estrella,
la fuente de cristal bien razonada.
Y todo fue un entierro de doncella,
doctrina muerta, letra no tocada,
luces y flores, grito y zacapella.

- CDXXVII a -

Pronuncia con su nombres los trastos y miserias de la vida

La vida empieza en lágrimas y caca,
luego viene la mu, con mama y coco,
síguense las viruelas, baba y moco,
y luego llega el trompo y la matraca.
En creciendo, la amiga y la sonsaca:
con ella embiste el apetito loco;
en subiendo a mancebo, todo es poco,
y después la intención peca en bellaca.
Llega a ser hombre, y todo lo trabuca;

soltero sigue toda perendeca;
casado se convierte en mala cuca.
Viejo encanece, arrégase y se seca;
llega la muerte y todo lo bazuca,
y lo que deja paga, y lo que peca.

- CDXXVII b -

A Apolo siguiendo a Dafne

Bermejazo platero de las cumbres,
a cuya luz se espulga la canalla,
la ninfa Dafne, que se afufa y calla,
si la quieres gozar, paga y no alumbres
Si quieres ahorrar de pesadumbres,
ojo del cielo, trata de compralla;
en confites gastó Marte la malla,
y la espada en pasteles y en azumbres.
Volvióse en bolsa Júpiter severo;
levantose las faldas la doncella
por recogerle en lluvia de dinero.
Astucia fue de alguna dueña estrella,
que de estrella sin dueña no lo infiero:
Febo, pues eres sol, sírvete de ella.

- CDXXVIII a -

A Dafne, huyendo de Apolo

«Tras vos, un alquimista va corriendo,
Dafne, que llaman Sol, ¿y vos, tan cruda?»

Vos os volvéis murciélago sin duda,
pues vais del Sol y de la luz huyendo.
»El os quiere gozar, a lo que entiendo,
si os coge en esta selva tosca y ruda:
su aljaba suena, está su bolsa muda;
el perro, pues no ladra, está muriendo.
»Buhonero de signos y planetas,
viene haciendo ademanes y figuras,
cargado de bochornos y cometas.»
Esto la dije; y en cortezas duras
de laurel se ingirió contra sus tretas,
y, en escabeche, el Sol se quedó a oscuras.

- CDXXVIII b -

Contiene una grande advertencia a los reyes; conviene a saber: que con ser tan soberanos por la alteza de su dignidad, los que con su obligación no cumplen dignamente, se hacen despreciables en la estimación y en la memoria después

En caña de pescar trocó Artabano
El cetro, y las insignias soberanas
ocupó diligente en pescar ranas,
por acallar el cieno de un pantano.
Emperador araña, Domiciano,
cazando moscas, infamó sus canas;
cuando cerrando puertas y ventanas,
pudo limpiar las siestas al verano.
Fortuna, ¿no estuvieran más decentes
puestas en un moscón y un renacuajo
las dos coronas, que en tan viles frentes?

Témome que el reinar oficio es bajo,
pues que ruegas, a costa de las gentes,
con cetro a un mosqueador y a un espantajo.

- CDXXIX a -

Contra Pilatos, juez que pregunta a los acusadores lo que ha de sentenciar

«¿Queréis que suelte a Barrabás o a Cristo?»,
preguntas, Pilatillos, muy lavado;
porque, a costa de Dios, no hay mal letrado
que no trueque lo justo o lo bienquisto.
¿En qué consejo u decisión has visto
que sentencie el que acusa al acusado?
La ley que has de guardar, has condenado,
muypreciado de imperio meromixto.
¡Qué a mano hallan las Pascuas los ladrones!
Y soltar Barrabases aun hoy dura,
y todos para Dios somos prisiones.
Tu mujer sueña, y duerme tu cordura;
mas presto, con garnacha de tizones,
te diremos el sueño y la soltura.

- CDXXIX b -

A Judas Iscariotes, ladrón no de poquito

¿Quién es el de las botas, que, colgado,
es arracada vil de aquel garrote?
Es Judas, el apóstol Iscariote.
Habéis los portugueses despenado.

Bien está lo bermejo a lo ahorcado
¿No es éste el de los pobres y el del bote?
Este fue despensero y sacerdote,
y presidió en la hacienda interesado.
Para los pobres dijo que quería
vender el bote, y darles el dinero;
¿Y entre los cinco mil no hurtó aquel día?
Fue Judas gran ministro, no ratero,
las migajas dejó, porque atendía
a embolsarse su dueño todo entero.

- CDXXX a -

Hechicera antigua que deja sus herramientas a otra reciente

Esta redoma, rebosando babas,
el cedazo que sabe hacer corvetas;
éstas, que se metieron a profetas,
con poco miramiento, siendo habas;
estas ollas, que fueron almadrabas
del marisco de mozas y alcahuetas;
estos lazos, que, en vuelcos y en maretas,
a dos gazzates mices fueron trabas;
las cecina, de sapos conjurada;
el gato negro, que la dicha aruña;
el licenciado imán, piedra barbada,
cansada de ser carne y de ser uña,
los ofrezco a mi nieta la Cascada,
para cuando concierte, junte y gruña.

- CDXXX b -

Ladrón que se despide de sus instrumentos y se recoge a profesión más estrecha

Yo, que en este lugar haciendo Hurtados,
tanto extendí la casa de Mendoza;
yo, que desde el alcázar a la choza
sofaldé cerraduras y candados;
estos dos garabatos sazonados,
con quien toda ventana se retoza,
galgos de mucho trasto y mucha broza,
ministros del agarro corcovados;
esta lima, esta llave, con que allano
todo escondite, ofrezco ante las aras
del aruñón de bolsas cortesano;
y compungido de maldades raras,
harto de hurtar a palmos con la mano,
quiero alguacil, hurtar con ella a varas.

- CDXXXI a -

Mató un médico su candil estudiando, por despabilarle, y reconoce el candil justa aquella pena por su culpa

Si alumbro yo porque a matar aprenda,
¿de qué me espanto yo de que me apague?
Pues en mí «Quien tal hace que tal pague»
justifica el doctor se comprenda.
Despabila al que cura y a su hacienda;
cura al que despabila, aunque le halague;
basta para matar que sólo amague:

de calaveras es su estudio tienda.
Por ser matar la hambre comer, come;
hasta a su mula mata de repente;
ninguno escapa que a su cargo tome.
Es matalos hablando eternamente;
será el mundo al revés siempre que asome,
pues el amanecer vuelve Occidente.

- CDXXXI b -

Médico que para un mal que no quita, receta muchos

La losa en sortijón pronosticada
y por boca una sala de viuda,
la habla entre ventosas y entre ayuda,
con el «Denle a cenar poquito o nada».
La mula, en el zaguán, tumba enfrenada;
y por julio un «Arropele si suda;
no beba vino; menos agua cruda;
la hembra, ni por sueños, ni pintada».
Haz la cuenta conmigo, dotorcillo:
para quitarme un mal, ¿me das mil males?
¿Estudias medicina o Peralvillo?
¿De esta cura me pides ocho reales?
Yo quiero hembra y vino y tabardillo,
y gasten tu salud los hospitales.

- CDXXXII a -

**Insinúa con donaire que las miserias de esta vida dignamente pueden ser
motivo de llanto y de risa también**

¿Qué te ríes, filósofo cornudo?
¿Qué sollozas, filósofo anegado?
Sólo cumples, con ser recién casado
como el otro cabrón, recién viudo.
¿Una propia miseria haceros pudo
cosquillas y pucheros? ¿Un pecado
es llanto y carcajada? He sospechado
que es la taberna más que los sesudo.
¿Qué no te ahogues tú, qué no te corras,
bufonazo de fábulas y chistes,
tal, que ni con los pésames te ahorras?
Diréis, por disculpar lo que bebistes,
que son las opiniones como zorras,
que uno las toma alegres y otro triste.

- CDXXXII b -

Duélese un preso en los términos mismos de sus visitas

Preso por desvalido y delincuente,
más pagó la prisión que mi pecado.
Yo tengo de señor lo visitado
y del yermo, lo solo y penitente.
No entiendo, ¡vive Cristo!, aquesta gente;
mandan que siga, y tiéненme cerrado;
lo de a prueba y estése me ha cansado,
y el ser el susodicho eternamente.
Siempre me están pidiendo los derechos:
conversación que a Bártulo cansara

y a cincuenta letrados barbihechos.

Yo presento testigos cara a cara;
mas si pudiera presentar cohechos,
el siga como el diablo, se soltara.

- CDXXXIII a -

La horca se queja de que la dan los que ella merece y no los que la merecen a ella

Si a los que me merecen me entregara
la Justicia, no holgara la madera.
¡Oh qué notable colgadura hiciera!
En oro a la de Túnez despreciara.
En un credo, oficiales despachara
que en despachar se tarda una era;
menos el ruido que las nueces fuera,
y el pino fruto de nogal llevara.
Hubiera en mí más varas que no palos;
presos y prendedores y renglones;
de pobres me extendiera a ricos malos.
Ladrones, y quien hurta a los ladrones,
gozaran igualmente mis resbalos,
aunque el adagio los trocó en perdones.

- CDXXXIII b -

Huye la casa del campo (donde está el coloso del Señor Rey Felipe III) la competencia del Retiro

Piedras apaño cuando veis que callo;
y, pudiendo vendérselas, las tiro

al edificio que envidiosa miro,
pues Roma se preciara de envidiallo.

Si por tener tan sólo este caballo
no he podido jamás juntar un tiro,
mal podré competir con el Retiro,
en quien echó la arquitectura el fallo.

¿Qué puede sucederme en este río,
que no se harta de agua en el invierno
y aun no lava sus pies en el estío?

Si va por ermitaño, sempiterno
el ermitaño que en el Ángel crío,
puede tener un Juan Guarín por yerno.

- CDXXXIV a -

Vieja verde, compuesta y afeitada

Vida fiambre, cuerpo de anascote,
¿cuándo dirás al apetito «Tate»,
si cuando el Parce mihi te da mate
empiezas a mira por el virote?

Tú juntas, en tu frente y tu cogote,
moño y mortaja sobre seso orate;
pues, siendo ya viviendo disparate,
untas la calavera en almodrote.

Vieja roñosa, pues te llevan, vete;
no vistas el gusano de confite,
pues eres ya varilla de cohete.

Y pues hueles a cisco y alcrebite,
y la podre te sirve de pebete,

juega con tu pellejo al escondite.

- CDXXXIV b -

Refiere la provisión que previene para sus baños

Yo me voy a nadar con un morcón,
queso, cecina, salchichón y pan:
que pro comer más rancio que no Adán,
dejo la fruta y muerdo del jamón.
L'hambre y la sed de aqueste corpachón
con estas calabazas nadaran;
la edad, señor doctor, pide Jordán;
Manzanares, la niña y la ocasión.
No me acompaña fruta de sartén,
taza penada o búcaro malsín;
jarro sí, grueso, y el copón de bien.
Caballito será de San Martín
mi estómago, mi paso su vaivén,
y, orejón, nadaré como delfín.

- CDXXXV a -

Pinta el «aquí fue Troya» de la hermosura

Rostro de blanca nieve, fondo en grajo;
la tisne, presumida de ser ceja;
la piel, que está en un tris de ser pelleja;
la plata, que se trueca ya en cascajo;
habla casi fregona de estropajo;
el aliño, imitando a la corneja;

tez que, con pringue y arrebol, semeja
clavel almidonado de gargajo.
En las guedejas, vuelto el oro orujo,
y ya merecedor de cola el ojo,
sin esperar más beso que el del brujo.
Dos colmillos comidos de gorgojo,
una boca con cámaras y pujo,
a la que rosa fue vuelven abrojo.

- CDXXXV b -

**Fragilidad de la vida, representada en el mísero donaire y moralidad de
un candil y reloj justamente**

A moco de candil escoge, Fabio,
los desengaños de tu intento loco:
que en los candiles es muy docto el moco,
y su catarro, en el refrán, es sabio.
Tiene el moco en la llama lengua, y labio
en el índice, que habla poco a poco;
contador que a la edad sirve de coco,
y es del vivir imperceptible agravio.
Con llama y con aceite te retrata
cuantas veces te alumbra, si lo advierte
tu salud presumida y mentecata.
La mano del reloj es de la muerte,
y la de Judas, pues las luces mata,
si no las soplan ni el candil se vierte.

- CDXXXVI a -

Hermosa afeitada de demonio

Si vieras que con yeso blanqueaban
las albas azucenas; y las rosas
vieras que, por hacerlas más hermosas,
con asquerosos pringues las untaban;
si vieras que al clavel le embadurnaban
con almagre y mixturas venenosas,
diligencias, sin duda, tan ociosas,
a indignación, dijeras, te obligaban.
Pues lo que tú, mirándolo, dijeras,
quiero, Belisa, que te digas cuando
jabelgas en tu rostro las esferas.

Tu mayo es bote, ungüentos chorreando;
y en esta tez, que brota primaveras,
al sol estás y al cielo estercolando.

- CDXXXVI b -

Procura advertir la loca opinión de las piedras preciosas

Si el mundo amaneciera cuerdo un día,
pobres anohecieran los plateros,
que las guijas nos venden por luceros
y, en migajas de luz, jigote al día.

La vidriosa y breve hipocresía
del Oriente nos truecan a dineros;
conócelos, Licino, por pedreros,
pues el caudal los siente artillería.
Si la verdad los cuenta, son muy pocos

los cuerdos que en la Corte no se estragan,
si ardiente el diamantón los hace cocos.
Advierte cuerdo, si a tu bolsa amagan,
que hay locos que echan cantos, y otros locos
que recogen los cantos y los pagan.

- CDXXXVII a -

**Un casado se ríe del adúltero que le paga el gozar con susto lo que a él le
sobra**

Díceme, don Jerónimo, que dices
que me pones los cuernos con Ginesa;
yo digo que me pones casa y mesa;
y en la mesa, capones y perdices.
Yo hallo que me pones los tapices
cuando el calor por el octubre cesa;
por ti mi bolsa, no mi testa, pesa,
aunque con molde de oro me la rices.
Este argumento es fuerte y es agudo:
tú imaginas ponerme cuernos; de obra
yo, porque lo imaginas, te desnudo.
Más cuerno es el que paga que el que cobra;
ergo, aquel que me paga, es el cornudo,
lo que de mi mujer a mí me sobra.

- CDXXXVII b -

**Marido paciente, que imagina satisfacerse de su deshonra con hacer a
otros casados ofensas**

Sólo en ti se mintió justo el pecado,

siendo injusto en trabajos y placeres;
pues que, quitando a muchos sus mujeres,
con tu mujer a muchos has pagado.
Si los cuernos que pones te han quitado
de tus sienes los huesos, ¿qué prefieres?
No pones cuernos, si entenderlo quieres:
cuernos truecas con premio de contado.
Cobras, no haces, Filemón, cornudos;
adulterado adúltero desquitas
duras afrentas de los ganchos mudos.
Ni es desquitarlos, pues que no te quitas
ni uno de cuantos peinas puntiagudos:
haces lo que padeces, y te imitas.

- CDXXXVIII a -

Justifica su tintura un tiñoso

La edad que es lavandera de bigotes
con las jabonaduras de los años,
puso en mis barbas a enjugar sus paños,
y dejó mis mostachos Escariotes.
Yo guiso mi niñez con almodrotes
y mezclo pelos rojos y castaños:
que la nieve que arrojan los antaños
aun no parece bien en los cogotes.
Mejor es cuervo hechizo que canario;
mi barba es el cienvinos todo entero,
tinto y blanco, y verdea y letuario.
Negra fue siempre, negra fue primero;

jalbegola después el tiempo vario:
luego es restitución la del tintero.

- CDXXXVIII b -

Imitación de Virgilio en lo que dijo a Eneas queriendo dejarla

Si un Eneíllas viera, si un pimpollo,
sólo en el rostro tuyo, en obras mío,
no sintiera tu ausencia ni desvío
cuando fueras, no a Italia, sino al rollo.
Aquí llegaste de uno en otro escollo,
bribón Troyano, muerto de hambre y frío,
y tanpreciado de llamarte pío,
que al principio pensabas que eras pollo.
Mira que por Italia huele a fuego
dejar una mujer quien es marido:
no seas padrastro a Dido, padre Eneas.
Del fuego sacas a tu padre, y luego
me dejas en le fuego que has traído
y me niegas el agua que deseas.

- CDXXXIX a -

Riesgo de celebrar la hermosura de las tontas

Sol os llamó mi lengua pecadora,
y desmintiome a boca llena el cielo;
luz os dije que dábades al suelo,
y opúsose un candil, que alumbra y llora.
Tan creído tuviste ser aurora,

que amanecer quisiste con desvelo;
en vos llamé rubí lo que mi abuelo
llamara labio y jeta comedora.
Codicia os puse de vender los dientes,
diciendo que eran perlas; por ser bellos,
llamé los rizos minas de oro ardientes.
Pero si fueran oro los cabellos,
calvo su casco fuera, y, diligentes,
mis dedos los pelaran por vendellos.

- CDXXXIX b -

Significa la interesable correspondencia de la vida humana

El ciego lleva a cuestas al tullido:
dígola maña, y caridad la niego;
pues en ojos los pies le paga al ciego
el cojo, sólo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
si a discurrir en sus astucias llego:
pues yo te asisto a ti por tu talego;
tú, en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me das los pies, te doy los ojos:
todo este mundo es trueco interesado,
y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado:
pues unos somos ciegos y otros cojos,
ande el pie con el ojo remendado.

- CDXL -

Enseña que las dignidades y puestos altos se suelen ocupar de sujetos indignos e ignorantes

Resístete a la rueda que procura
subas a donde el verte escandalice;
atiende al Job que la humildad te dice,
no al arre, en que te aguija la locura.
Caminas a la albarda y matadura,
si no luz racional lo contradices;
y para que el rebuzno te autorice,
con la oreja asnina se conjura.

El Viejo cojitranco cada día
te pensará, y a esa otra hija del diablo
ya la tendrás cargada, ya vacía.
Bestia, contigo (seas quien fueres) hablo:
crecer en cola, y no en filosofía,
es figurar salón el que es establo.

- CDXLI a -

Diferencia de dos viciosos en el apetito de las mujeres

Por más graciosa que mi tronga sea,
otra en ser otra tronga es más graciosa;
el mayor apetito es otra cosa,
aunque la más hermosa se posea.
La que no se ha gozado, nunca es fea;
lo diferente me la vuelve hermosa;
mi voluntad de todas es golosa:
cuantas mujeres hay, son mi tarea.
Tú, que con una está amancebado,

yo, que lo estoy con muchas cada hora,
somos dos archidiablos, bien mirado.

Mas diferente mal nos enamora:
pues amo yo, glotón, todo el pecado;
tú, hambrón de vicios, una pecadora.

- CDXLI b -

**Procura también persuadir aquí a una pedidora perdurable la doctrina
del truco de las personas**

Que no me quieren bien todas, confieso;
que yo no soy doblón para dudallo.
Si alguno tengo, gusto de guardallo;
si me aborrecen, no será por eso.
Con quien tiene codicia, tengo seso;
en pagar soy discípulo del gallo,
y yo ningún inconveniente hallo
en estas retenciones que profeso.
Es lenguaje de poyos y de establo
«Tengamos y tengamos»; y «lo cierto
es lo de taz a taz», si yo le entablo.
No se tome en la boca el perro muerto:
quebrems de esta vez el ojo al diablo;
y pues cojuelo le hay, háyale tuerto.

- CDXLII a -

Búrlase del camaleón, moralizando satíricamente su naturaleza

Dígote pretendiente y cortesano,

llámete Plinio el nombre que quisiere;
pues quien del viento alimentarte viere,
el nombre que te doy tendrá por llano.

Fuelle vivo en botarga de gusano,
glotón de soplos, que tu piel adquiere;
mamón de la provincia, pues se infiere
que son tus pechos vara y escribano.

Si del aire vivieras, almorzaras
respuestas de ministros y señores;
consultas y decretos resollaras;
fueran tu bodegón aduladores,
las tontas vendederas de sus caras,
sastres, indianos, dueñas y habladores.

- CDXLII b -

**A la venida del Duque de Humena, cuyos camaradas trajeron muchos
diamantes falsos**

Vino el francés con botas de camino
y sed de ver las glorias de Castilla;
y la corte, del mundo maravilla,
le salió a recibir como convino.

Anduvo el duque por extremo fino;
mas los monses, juntos en cuadrilla,
anduvieron vidriosos en la villa,
aun más en lo galán que en lo mohíno.

Esmeráronse grandes y señores,
por servir a su rey, en regalallos:
joyas y potros de valor les dieron.
Y hasta las trongas de Madrid peores

los llenaron a todos de caballos
y mal francés al buen francés volvieron.

- CDXLIII a -

A una mujer afeitada

«Perrazo, ¿a un español noble y cristiano,
insolente, presumes hacer cara?
¡Y quieres (¿puede ser cosa tan rara?)
que te bese un Mahoma en cada mano!
»Arrebozas en ángel castellano
el zancarrón que Meca despreciara.
Líquido galgo, huye como jara,
y éntrate en la botica de un marrano.
»A hermosura que está en algarabía,
el Alcorán se llegue a requebralla:
tez otomana es asco y herejía.
»Invocaré al besar, como a batalla,
a Santiago.» Así trató Pernía
al solimán con que se afeita Olalla.

- CDXLIII b -

**El que no atiende a lo que dicen en su ausencia estará muy expuesto a
murmuraciones y lejos también de enmendarse**

¡Oh Jano, cuya espalda la cigüeña
nunca picó, ni las orejas blancas
mano burlona te imitó a las ancas:
que tus espaldas respetó a la seña!

Ni los dedos, con luna jarameña,
de la mujer parlaron faldas francas;
con mirar hacia atrás las pullas mancas,
cogote lince cubre en ti la greña.
Quien no viere después de haber pasado
y quien después de sí no deja oído,
ni vivirá seguro ni enmendado.
Eumolpo, esté el cerebro prevenido,
con rostro en tus ausencias desvelado:
que avisa la cigüeña con graznido.

- CDXLIV a -

Burla de las amenazas cuando se toca la campana de velilla

Conozcan los monarcas a Velilla,
por la superstición de la campana;
que a mí, por una pícara aldeana,
me la dio a conocer la seguidilla.
Crédulo, ¿por qué pasas a Castilla
agüeros de Aragón? ¡Oh plebe insana!
Siempre ceñuda con la alteza humana,
nunca propicia a la primera silla.
Yo temo que se toquen las mujeres,
que denota los moños y arracadas,
apretador y cintas y alfileres.
Mas tocarse campanas apartadas
de mi sueño y mi casa y mis placeres,
aquí, y en Aragón, son badajadas.

- CDXLIV b -

Vieja vuelta a la edad de las niñas

¿Para qué nos persuades eres niña?
¿Importa que te mueras de viruelas?
Pues la falta de dientes y de muelas
boca de taita en la vejez te aliña.
Tú te cierras de edad y de campiña,
y a que están por nacer, chicota, apelas;
gorgeas con quijadas bisagüelas
y llamas metedor a la basquiña.
La boca, que fue chirlo, agora embudo,
disimula lo rancio en los antaños,
y nos vende por barbas el engrudo.
Grandilla (porque logres tus engaños),
que tienes pocos años no lo dudo,
si son los por vivir los pocos años.

- CDXLV a -

Al señor de un convite, que le porfiaba comiese mucho

Comer hasta matar la hambre, es bueno;
mas comer por cumplir con el regalo,
hasta matar al comedor, es malo,
y la templanza es el mejor Galeno.
Lo demasiado siempre fue veneno:
a las ponzoñas el ahíto igualo;
si a costumbres de bestia me resbalo,
a pesebre por plato me condeno.

Si engullo las cocinas y despensas,
seré don Tal Despensas y Cocinas.
¿En qué piensas, amigo, que me piensas?
Pues me atiestas de pavos y gallinas,
dame, ya que la gula me dispensas,
el postre en calas, purga y melecinas.

- CDXLV b -

Reprehende en la araña a las doncellas, y en su tela, la debilidad de las leyes

Si en no salir jamás de un agujero,
y en estar siempre hilando, te imitaran
las doncellas, ¡oh araña!, se casaran
con más ajuar y más doncel dinero.

Imitan tu veneno lo primero,
luego tras nuestra mosca se disparan;
por esto, si contigo se comparan,
más tu ponzoña que sus galas quiero.

De manojos de zancas rodeado,
barba juriconsulta a tu cabeza
forjas, con presunciones de letrada;
pues en tus telas urdes con destreza
leyes al uso, donde queda atada
culpa sin brazos, vuelo sin grandeza.

- CDXLVI a -

Despídese de la ambición y de la corte

Pues que vuela la edad, ande la loza;

y si pasare tragos, sean de taza;
bien puede la ambición mondar la haza,
que el «satis est» me alegra y me remoza.
Ya dije a los palacios: «Adiós, choza.»
Cualquiera pretensión tengo por maza;
oigo el dácala y siento el ambaraza,
y solamente el libre humor me goza.
Menos veces vomito que bostezo:
la hambre dice que el ingenio aguza,
y que la gula es horca del pescuezo.
El pedir a los ricos me espeluzo,
pues saben mi mendrugo y mi arrapiezo,
y darme saben sólo en caperuza.

- CDXLVI b -

Sacamuelas que quería concluir con la herramienta de una boca

¡Oh, tú, que me comes con ajenas muelas,
mascando con los dientes que nos mascas,
y con los dedos gomias y tarascas
las encías pellizcas y repelas;
tú, que los mordiscones desconsuelas,
pues en las mismas sopas los atascas,
cuando en el migajón corren borrascas
las quijadas que dejas bisagüelas;
por ti reta las bocas la corteza,
revienta la avellana de valiente,
y su cáscara ostenta fortaleza!
Quitarnos el dolor, quitando el diente,

es quitar el dolor de la cabeza,
quitando la cabeza que le siente.

- CDXLVII a -

Boda de matadores y mataduras; esto es, un boticario con la hija de un albéitar

Viendo el martirologio de la vida
con música bailar, y viendo al preste,
dije: «Sin duda hay nuevas de la peste,
o la epidemia viene bien podrida.»
Supe que era una boda entretejida
de albéitar y botica, en que la hueste
de Hipócrates, unánime y conteste,
«¡Calavera!» por «¡Himen!» apellida.

El barbero tocaba el punteado
de la lanceta en guitarrón parlero;
de bote en bote el novio está atestado.

El dote es mataduras en dinero;
y el médico, de barbas enfaldado,
bailaba el Rastro siendo el Matadero.

- CDXLVII b -

Vieja que aún no se quería desdecir de moza. Castígala con la similitud del jardín y del monte

Ya salió, Lamia, del jardín tu rostro;
huyó la rosa que vistió la espina;
y la azucena huyó y la clavellina,
y, en el clavel, el múrice y el ostro.

Entro en el monte, a profesar el mostro,
tu cara reducida a salvajina;
toda malezas es, donde la encina
mancha a la leche el ampo del calostro.
Los que fueron jazmines son chaparros,
y cambroneras son las maravillas,
simas y carcabuezos, los desgarros.
Jarales yertos, manos y mejillas;
y los marfiles, rígidos guijarros.
¿Por qué te afeitas ya, pues te traspillas?

- CDXLVIII a -

A la hermosura que se echa a mal, prendada de un capón

Amaras un ausente, que es firmeza;
o un muerto, que es piedad, cuando faltara
un presente y un vivo que te amara
con jugo y con sazón y con fineza.
¡Miren donde fue a dar con su belleza
la que al sol con melindre se compara,
sino en todo un capón, a quien la cara
tuerce, por no lo ver, Naturaleza!
La tuya es comenzón de sarna seca,
que, rascada, se irrita y se atribula:
capones nunca hicieron polla clueca.
Tu golosina mal se disimula,
pues, aunque torpe, en la lujuria peca:
mucho capón pecado es de la gula.

- CDXLVIII b -

A un hipócrita de perenne valentía

Su colerilla tiene cualquier mosca;
sombra, aunque poca, hace cualquier pelo;
rápesele del casco y del cerebelo:
que teme nadie catadura hosca.
La vista arisca y la palabra tosca;
rebosando la faz libros del duelo,
y por mostachos, de un vencejo el vuelo;
ceja serpiente, que la mirar se enrosca.
Todos son trastos de batalla andante
u de epidemia que discurre aprisa:
muertos atrás y muertos adelante.
Si el demonio tan mal su bulto guisa,
el moharrache advierta, mendicante,
que pretende dar miedo, y que da risa.

- CDXLIX a -

Toreador que cae siempre de su caballo y nunca saca la espada

Si caístes, don Blas, los serafines
cayeron de las altas jerarquías;
y cuantas fiestas hay caen en sus días;
y porque caen las rentas, hay cuatrines.
Pues ¿qué mucho que caigan tres rocines,
por lo manchado y por lo hambriento arpías?
Si queréis remediarlo, gasta en lías
lo que gastaste en lacayos ruines.

Como si ellos cayeran, los enfada
veros caer; y no hay balcón sin fallo,
que el toro le obligó a sacar la espada.
Callen y guarden, como aguardo y callo;
que caerá de su asno, si le agrada,
quien tantas cae de su caballo.

- CDXLIX b -

Valimiento de la mentira

Mal oficio es mentir, pero abrigado:
eso tiene de sastre la mentira,
que viste al que la dice; y aun si aspira
a puesto el mentiroso, es bien premiado.
Pues la verdad amarga, tal bocado
mi boca espuma con enojo y ira;
y ayuno, el verdadero, que suspira,
envidie mi pellejo bien curado.
Yo trocaré mentiras a dineros,
que las mentiras ya quebrantan peñas;
y pidiendo andaré en los mentideros,
prestadas las mentiras a las dueñas:
que me las den a censo caballeros,
que me las vendan Lamias halagüeñas.

- CDL a -

A una roma, pedigüeña además

A Roma van por todo; mas vos, roma,

por todo vais a todas las regiones.

Sopa dan de narices los sayones:

no hay que aguardar, que el prendimiento asoma.

Por trasero rondaran en Sodoma
el coran vobis vuestro y sus facciones.

Por roma os aborrecen las naciones
que siguen a Lutero y a Mahoma.

Si roma como vos la Roma fuera
que Nerón abrasó, fuera piadoso,
y el sobrenombre de cruel perdiera.

El olfato tenéis dificultoso
y en cuclillas, y un tris de calavera,
y a gatas en la cara lo mocososo.

- CDL b -

Leyes bacanales de un convite

Con la sombra del jarro y de las nueces,

la sed bien inclinada se alborota;

todo gazzate esté con mal de gota,

hasta dejar las cubas en las heces.

Los brindis repetidos y las heces

crezcan el alarido y la chacota;

y la aguachirle, que en las peñas trota,

buen provecho les haga a rana y peces.

De medio abajo se permiten voces;

para los gormadores hay capuces;

a los alegres se pondrán terlices.

Los aguados se vistan albornoces;

los mosquitos sean plaga a los testuces,
y levántense zorras, y no mices.

- CDLII a -

Gabacho tendero de zorra continua

Esta cantina revestida en faz;
esta vendimia en hábito soez;
este pellejo, que, con media nuez,
queda con una cuba taz a taz;
esta uva, que nunca ha sido agraz,
el que con una vez bebe otra vez;
éste, que deja a sorbos pez con pez
las bodegas de Ocaña y Santorcaz;
éste, de quien Panarra fue aprendiz,
que es pulgón de las viñas su pestuz,
fantasma de las botas su nariz,
es mona que a los jarros hace el buz,
es zorra que al vender se vuelve miz,
es racimo, mirándole a la luz.

- CDLII b -

Al día del Ángel en la Puente

Paréceme que van las Cardenillas
pidiendo para dulce a los ingleses,
y que se zurce a un coche de franceses
la Vera, y que los chupa las canillas.
Los Castillos, podridas y amarillas,

me parecen que escalan portugueses,
y que entra, echando tajos y reveses,
la Faxe, por la Puente, en angarillas.
Muchas carrozas rebosando dueñas;
toda pura buscona en coche ajeno;
 señorías y limas por regalo;
doncellas desvirgándose por señas.
Si esto se ve el día del Ángel bueno,
¿qué se verá el día del Ángel malo?

- CDLIII a -

Pecosa y hoyosa y rubia

Pecosa en las costumbres y en la cara,
podéis entre los jaspes ser hermosa,
si es que sois salpicada y no pecosa,
y todo un sarampión, si se repara.
 Vertís de tabardillo la antipara;
 si las alas no son de mariposa,
es piel de tigre lo que en otras rosa:
 pellejo de culebra os pintipara.
Hecha panal con hoyos de viruelas,
 sacabocados sois de zapatero,
 o cera aporreada con las muelas.
Malas manchas tenéis en ese cuero;
lo rubio es de candil, no de candelas;
la cara, en fin, lamprea en un harnero.

- CDLIII b -

Diálogo de galán y dama desdeñosa

Hace tu rostro herejes mis despojos.
No es mi rostro Calvino ni Lutero.
Tus ojos matan todo el mundo entero.
Eso es llamar doctores a mis ojos.
Cruel, ¿por qué me das tantos enojos?
¿Requiebras al verdugo, majadero?
¿Qué quieres más de un hombre? Más dinero,
y el oro en bolsa y no en cabellos rojos.
Toma mi alma. ¿Soy yo la otra vida?
Tu vista hierre. ¿Es vista puntiaguda?
Róbame el pecho. Más valdrá una tienda.
¿Por qué conmigo siempre fuiste cruda?
Porque no me está bien el ser cocida.
Muérome, pues. Pues mándame tu hacienda.

- CDLIV a -

Confusión por los mandamientos

Padre, yo quiero al prójimo, y me muero
por cumplir lo que en esto se me ordena.
Yo no cudicio la mujer ajena,
que antes todos cudician la que quiero.
A mí solo me hurto yo el dinero.
Las fiestas guardo yo, no mi cadena.
No temo, por no honrar los padres, pena;
ni peco en la avaricia del logrero.
Por mí estarán eternamente echados

los testimonios, y mi lengua muda
para jurar ni aun reyes coronados.
¿Si gracia alcanzaré con esta ayuda?
Ya que no ha de absolverme mis pecados,
padre fray Gil, absuélvame la duda.

- CDLIV b -

Que la pobreza es medicina barata y descuido seguro de peligros

Mi pobreza me sirve de Galeno,
menos bestial por falta de la mula;
presérvame de ahítos y de gula,
y el barro de acechanzas de veneno.
Cenas matan los hombres; yo no ceno;
ni ladrón ni heredero me atribula;
güevos me dan sufragio de la bula,
mas no la bula sin sufragio ajeno.
Nunca maté la sed en la taberna,
que aun de sed no es matante mi dinero,
y abstinencia forzosa me gobierna.
Mi hambre es sazonado cocinero,
pues del carnero me convierte en pierna
hasta los mismos güesos del carnero.

- CDLV a -

**Indígnase mucho de ver propagarse un linaje de estudiosos hipócritas y
vanos ignorantes compradores de libros, me escribió este**

Alma de cuerpos muchos es severo

vuestro estudio, a quien hoy su honor confía
la patria, ¡oh, don José!, que en librería
cuerpos sin alma tal, más es carnero.
No es, erudito, que es sepulturero,
quien sólo entierra cuerpos noche y día;
bien se puede llamar libropesía
sed insaciable de pulmón librero.
Hombres doctos de estantes y habitantes,
en nota de procesos y escribanos,
los podéis gradüar por estudiantes.
Libros cultos, de fuera cortesanos,
dentro estraza, doctoran ignorantes
y hacen con tablas griegos los troyanos.

- CDLV b -

**En una conversación hicimos los dos el soneto siguiente, en cláusulas
amabeas o alternadas**

Cornudo eres, Fulano, hasta los codos,
y puedes rastillar con las dos sienes;
tan largos y tendidos cuernos tienes,
que, si no los enfaldas, harás lodos.
Tienes el talle tú que tienen todos,
pues justo a los vestidos todos vienes;
del sudor de tu frente te mantienes:
Dios lo mandó, mas no por tales modos.
Taba es tu hacienda; pan y carne sacas
del hueso que te sirve de cabello;
marido en nombre, y en acción difunto,
mas con palma o cabestro de las vacas:

que al otro mundo te hacen ir doncello
los que no dejan tu mujer un punto.

- CDLVI -

Título crepúsculo entre dos luces, si titulece no titulece

Son los vizcondes unos condes bizcos,
que no se sabe hacia qué parte conden;
a mercedes humanas no responden,
(y a las damas regalan con pellizcos.
Todas tus rentas son pizcas, y pizcos
sus estados, y nísperos que monden:
es conde cada cual de los que esconden
los mendrugos, que comen a repizcos.

Andan a titulillos; cosa fea;
y aún del rey mismos a no admitir se aúnan
lo de «O como la nuestra merced sea».
Sus despensas traspasos son que ayunan;
mas no, aunque su hambre hasta morir pelea,
de la merced de Dios se desayunan.)